



FAZINE

AQUI
ESTA
PROHIBIDO
BAÑARNOS

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
ARTES Y LETRAS
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

Nº IV - 0.20.0CT5.

EDITORIAL CLARIDAD

DIRECTOR:
ANTONIO ZAMORA

PUBLICACIONES:

LOS PENSADORES

BIBLIOTECA CIENTIFICA

LOS NUEVOS

CLASICOS DEL AMOR

BIBLIOTECA

COSMOS

LOS POETAS

EDICIONES POPULARES

LIBROS Y REVISTAS

Dirija toda la correspondencia a

EDITORIAL CLARIDAD
CASILLA DE CORREO
736

BUENOS AIRES

SUMARIO

- REDACCION *Al margen de la vida que pasa* (comentarios).
ALVARO YUNQUE *La crítica de la mesa de café.*
PEDRO PRADO *El engaño de la velocidad.*
LEONIDAS BARILETTA *Nuestra máxima culpa.*
ANSELMO PELOSIO *La farsa.*
JUAN PAPINI *Sin ninguna razón* (novela).
LUIS DE FILIPO *El sindicalismo de León Duguít.*
RABINDEANATH TAGORE *Superioridad.*
RENATÓ MARAN *De vuelta a Francia.*
JOSE S. ALVAREZ *Tirado al aire.*
(Fray Mocho)
HERMINIA C. BRUMANA *Chafalonías.*
EDMUNDO DE AMIGOS *El secreto de Georgina* (novela).
NEMESIO TREJO *Amor gaucho.*
MARIO ARISTO *Noche en familia* (poesía).
JOSEFA ROSSI *Santas manos* (poesía).
NICOLAS OLIVARI *Cuadro sinóptico de mi existencia* (poesía).
C. DELGADO FITO *La niña decía...* (poesía).
P. STORINO RAIMONDI *Mi hermana Celia* (poesía).
PEDRO SOTILLO *La mecanógrafa* (poesía).
PROUDHON *Sus doctrinas.*
ADOLFO TIALASSO *Imágenes del amor oriental en Afganistán.*
TRISTAN DE KAREOL *Los grandes músicos: Mozart.*
HENRI BARBUSSE *Ellos y ellas.*
LOS GRANDES PENSADORES *Sócrates.*
EDGARD A. POE *El retrato oval.*
SHAKESPEARE *Hamlet a los cómicos.*
LA VOZ DE LOS MUERTOS *Frases de Benán.*
MULTATULI *Origen de una autoridad.*
MANUEL BUENO *El retrato.*
MAHATMA GANDHI *El preludeo de la lucha.*
JUAN RICHEPIN *La paja húmeda de los calabozos.*
ELIAS CASTELNUOVO *Agua abajo.*
REDACCION *Bibliografía.*
ANIBAL MARG GIMENEZ *Tres sonetos en vollos.*
REDACCION *Desagüe...*

ANECDOTAS Y CURIOSIDADES



DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 736

Administración:
BOEDO 837
U. T. 4999 y 6197, Mitre
CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
:: ARTE, CRITICA Y LITERATURA ::
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD
APARECE EL 2.º Y 4.º MARTES DE CADA MES

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
de la convención postal
AÑO . . . \$ 5.- M/N
SEMESTRE .. 2.50 ..
En los demás países
AÑO . . . \$ 3.- ORO
CADA EJEMPLAR 20 CTS.

AÑO III

Buenos Aires, 27 de Enero de 1925

Núm. 104

AL MARGEN DE LA VIDA QUE PASA...

El mundo antiguo se desmorona

Un telegrama de Texas nos hace saber que el 21 inició sus funciones de gobernadora de dicho Estado la señora Ferguson. El mismo telegrama nos pone en antecedentes que la susodicha señora es la primer mujer que ocupa semejante cargo en los tiempos modernos. Lo primero que hizo la señora Ferguson, fué dar una licencia de 6 días—bajo palabra de honor—a un preso.

Después... después no dice lo que hizo, pero suponemos que se compró un par de zapatos, un vestido de pieles, un Pañar, etc., etc.

Suponemos por nuestra cuenta que el preso que se menciona no volverá más al presidio. Las cárceles libres dejan de ser cárceles. Y los presos o son presos o no son presos. Y las mujeres están mejor en la cocina que en la magistratura. Los griegos no dejaban entrar a las mujeres en los teatros. Y los griegos constituían un pueblo extraordinariamente sensato. Las mujeres que fracasan como mujer aspiran a convertirse en hombres. Quieren competir con nosotros en nuestras actividades peculiares. Todo tiene un límite en la naturaleza y la actividad y función de la mujer no puede escapar a la regla. La misma repulsa que nos inspira el varón que va adquiriendo los caracteres del sexo contrario, la misma nos inspira la mujer que se masculiniza.

El atractivo mayor de la mujer es justamente su femineidad. ¡Estaría bueno que mañana nos gobernara una mujer! ¿Os parece poca desgracia que nos gobierne un hombre? ¿Un hombre como Alvear? Añadid una Alveara y... y... es como para emigrar a Bengala.

John J. Pershing nos visita

Decididamente es este un desgraciado país. Nosotros no vamos a decir que la culpa la tiene Irigoyen, ni que la tiene Alvear.

Pero la verdad es que este es un país desgraciado, muy desgraciado.

¿Nos visita un gran artista? La prensa le dedica dos párrafos y en sus conferencias, en sus representaciones, el público brilla por su ausencia. ¿Vienen al país unos músicos famosos? Los pobres no pueden ni costearse los gastos. ¿Un filósofo, un hombre de ciencia? Vuelven a sus lares con una mano detrás y otra delante.

Pero, de repente, se anuncia la visita de un príncipe con cara de ganso y el país se revoluciona, se hacen gastos extraordinarios, las mujeres tan recatadas de continuo se dejan apre-

tujar y estropear con tal de ver la cara de ganso del infante real.

Ahora llega el General Pershing y otra vez se revoluciona el país y otra vez la prensa tira estupendos editoriales.

¿Y quién es el General Pershing? Es un hombre que abrazó la carrera de las armas, como dicen los retóricos. Hizo la campaña contra Panchito Villa; hizo la campaña contra los indios apaches y contra los indios sioux, contra Hispania y estuvo además en Filipinas, y comandó las fuerzas norteamericanas en la última desgraciada guerra.

Ha escrito que: "La humanidad hizo casi todos sus adelantos con el sacrificio de vidas humanas". (¡atención, terroristas!).

Ahora bien. ¿quién es este General Pershing? Es un hombre que ha matado muchas criaturas humanas y por eso se le ha condecorado y se le ha dado el grado de General.

¡Salud, Mateo Banks!

Poetas remonanos

"La Nación" publicó en un suplemento domini- cal una página de *poetas laureados*. Figuraban tres primeros premios municipales (\$ 15.000); luego venían dos terceros premios (\$ 4.000); total: \$ 19.000... en versos. Aquel que haya tenido la estupefaciente paciencia de leer dicha página, se habrá hecho, sin duda, una serie de preguntas más o menos razonables. Se habrá dicho, primero: que la Municipalidad está derrochando la plata de la comuna. En efecto, todos esos poetas juntos no alcanzan a valer 19 centavos. Alguno de ellos están todavía en déficit con la colectividad y en vez de premios merecerían castigos durísimos por muchas razones. La primera y la más fundamental es porque carecen de sexo definido... ¿Pertenecen al sexo masculino o al sexo femenino? ¿O pertenecen al sexo neutro ¿A qué género pertenecen?

Hay muchos hombres a quienes se les debía prohibir terminantemente el uso de pantalones. Nos referimos a esos hombres que son hombres por un error lamentable del padre o de la madre o de la naturaleza. Hay hombres que debían ser mujeres. O se los debía incluir en un tercer género. Un género híbrido: ni femenino ni masculino. Esto es; ni fo, ni fá. Se los debía incluir para deslindar posiciones y a los efectos de saber distinguir luego al primer golpe de vista cuál es hombre y cuál es mujer. Los sexos bien determinados por la naturaleza no deben ser altera-

dos artificiosamente por la humanidad. Digamos que esos poetas laureados como los otros que aspiran a laurearse el año que viene, carecen de virilidad. Son poetas maricas. Remononos que le cantan al pastito, a la pajita, al perrito o a la perrita o al principito de Italia. Digamos que con Alfamaerte murió el último poeta que usaba pantalones. Ahora están manoseando el pudor de las Musas una caterva de poetitas melindrosos y pollerudos que dicen *mamá, alongar, pichana y cacatúa* y creen con ello dejarnos bizcos a nosotros los ignorantes que desconocemos las partes íntimas del diccionario. A todos ellos se les puede reconocer porque están enfermos de la misma enfermedad: espermatorrea verbal. Son este punto como las niñas bonitas que no tienen nada que decir y lo dicen todo admirablemente. Coquetos como ellas, se afeitan todos los días y todos los días se miran con deleite al espejo. Padecen narcisismo intelectual. No miran para afuera: miran para adentro. Se contemplan. Hablan y se escuchan extasiados. Se festejan ellos mismos y se escriben interiormente tarjetas postales de felicitación. Poseen un estilo impecable. Un estilo-cisne. Le hacen cosquillas al diccionario y se turban todos ante la majestuosa blancura de una palabra casta... Luego, sueñan con ella o con otras y sufren como decimos un derrame verbal... Cualquiera contrariedad los saca de sus cabales como les suele ocurrir también a las niñas bonitas. Y mientras que en las niñas bonitas las emociones o sensaciones se traducen por gritos y pataleos, en ellas cobra una forma elegante, rítmica, metronómica. ¿Tiene nuestro vate una trifulca con mamá o con papá? Bueno... ¡versos!

“Estoy triste, triste:
mamá no me quiere,
papá, oh dolor, tampoco...”

(Todos los poetas maricas tienen mamá y papá: papá que le compra cigarrillos y pijamas y mamá que le dice remoquetes y le abrocha la *Wagueta*).

¿Tiene nuestro vate un disgusto con la novia de quien posee varias ediciones de retratos, pelos largos y cortos, cintitas, chirimbolos? ¡Versos! ¿Se pelea con un amigo de la misma calaña que él? (La pelea no pasa de un duelo verbal. Uno le dice al otro: ¡Ohusma! o ¡chusmita!, y el otro le responde: ¡Salvajón!; el primero retruca: ¡miercoles! o ¡miercolitos! y el segundo, sin respirar: ¡odioso, antipático, maleducado, guarango, conventillero, verdulero; sal, sal, no puedes negar que te has criado en un caño maestro! Si las cosas pasan a mayores uno de los dos amenaza con llamar al vigilante y el otro con pegarle un *tirito* con un instrumento que lleva en el bolsillo del chaleco y al cual llama *pistolita*).

Bien. ¿Ocurre semejante disgusto? ¡Más versos! Esta vez, epitafios... Un epitafio duece más que una trompada. Se bombardean así. Se epitafiolapidan...

Sigamos. ¿Ve nuestro vate laureado pasar un gato por la azotea corriendo a una gata? Se asusta y... ¡más versos! Miau, miau... ¿Un perro ladra? ¡Versos! Guau, guau... ¿Coge una margarita y la deshoja? ¡Otra andanada de versos!

Sí, no... sí, no... ¿Llueve y se moja? ¡Toma, tiempo ingrato, toma, toma: versitos! Los temas más pueriles y superficiales le sirven de pretexto para eructar su inspiración. Advirtamos que hacen ellos todo lo malo que hacen las niñas bonitas cuando tienen un amante. Son espectaculares como ellas, lloran y se lamentan como ellas y como ellas hablan siempre de dolores hipotéticos y patalean en última instancia. El máximo de la pasión de una niña bonita se traduce por un pataleo vertiginoso y fenomenal.

Advirtamos asimismo que su voz, su vozecita es femenina, dulce, encantadora, guitarrera... Vibra y excita. Quizás el jurado municipal — una punta de viejos sátiros, — se deja marear por la voz y los premia...

¡Salvajones!

A su A. R. el monarca español

Señor,

En América sabemos que los alcaldes de V. M. os regalarán un bastón de mando que ha costado cerca de 50.000 pesetas, cuajado en hermosa pedrería, el puño, de oro, y a uno y otro lado los escudos real y de España y vuestro dignísimo nombre.

Hemos leído, señor, el vibrante discurso que pronunciasteis en Córdoba y que ha llegado a todos los vastos dominios, y casi innumerables súbditos de V. M. y, transponiendo fronteras ha repercutido en los últimos términos del orbe.

Y bien, os hacemos llegar nuestro aplauso por haber contribuido a higienizar el pantano de Guadalmellato, con la ayuda de los terratenientes, por la cual obra quedaréis en el corazón del pueblo y en el trono, sin peligro de que os manche el lodo que quieran arrojáros.

V. M. ha tenido mucha benignidad con los ajusticiados, de no, hubiera reprimido las primeras voces calumniosas. No debió desterrar a Unamuno sino fusilarlo, lo mismo a Soriano que a Blasco Ibáñez ya que en lugar de escribir cánticos entusiastas a la epopeya siempre noble y gloriosa del país, sacaron a relucir la podredumbre de vuestro reino, que tanto os había costado mantener oculta.

Debéis encarcelar y fusilar a los que hablan mal de la campaña en Marruecos, donde hay cementerios llenos de gloriosos patriotas, porque sino, después de tanto tiempo, después de haber sucumbido tantos soldados y haberse empleado tanto dinero, sería una lástima no poder sacar nada de provecho.

Ahí está sino la historia que os dice que después de sacrificios sin cuento, cuando vuestros antepasados quisieron ejercer la dominación en el Plata, fueron ingratamente arrojados de sus dominios.

Hay que precaverse de estas posibles contingencias y mandar frecuentes remesas de soldados a Melilla, a luchar por V. M., bajo la bandera española, contra esos moros infames que no quieren ser súbditos de S. A. R.

Este es el pensamiento de los almaceneros de América, que se prometen del amor de V. M., que aceptará benignamente este mensaje.

Metáforas hediondas

La cienaga, alcantarilla, suelo con limo, Nilo municipal de las cloacas, caño maestro de la imágen, tubo de desagüe de la metáfora, vuelca su cuantioso líquido en tierras tropicales. Lugones, el bravo ex maestro Lugones, si continúa así será intervenido por las obras de salubridad de la Nación (Charcas y Callao).

Reclamamos de los poderes que nos rigen una medida de energética social, de higiene pública. Y no la reclamamos con el romanticismo prudente del Partido de la Salud Pública, sino con el énfasis y amago de agresión que se estila en la turbulenta provincia de Boedo.

Debe oponerse un dique de San Roque a la verborrea militarista de Lugones. El dique de San Roque se ha secado. ¿Misterio? No, todo su caudal se vuelca en tierras de Ayacucho: "¡Viva la Patria!" "Permiso mi general." "Con su venia mi capitán." "Las fanfarrias con voz de perradas." Todo este caudal, y hay más en casa, lo dice Lugones en pleno trópico y sin quitasol. Y los sesos en ebullición, bajo un sol de fuego trastorna las palabras del erudito Lugones y dice perradas, fanfarrias y otras groserías, pero no es suya la culpa sino del sol. Lugones padece de insolación lírica que es la peor de las insolaciones.

No hay que extrañarse. En la calle San Martín los rascacielos hacen una sombra decente que ataja la insolación. Ahí Lugones nunca se insoló. Lo más que pudo sucederle, como dicen los "ultraístas", es un "coup de chaleur" de romances. Y los romances no dañan a nadie. Y aun es posible que gusten a ese ser abstracto que Oliverio Girando encuentra en las plazas públicas succionando los haberes de las mucamas y de las cocineras.

Pero las metáforas en el trópico son fatales. Estallan como los corpiños de las amas de cría o como cocos rebiandecidos por el calor. Y sus gérmenes deletéreos transmigran a veces, con la complicidad celestinesca del viento, hasta la calle Florida. Pero en el camino pierden su fuerza y sólo alcanzan a infeccionar la testa hueca de los niños elegantes.

¡Eureka! Hemos descubierto el génesis de la literatura fifi, que hasta ahora pasaba por ser un invento petrolero de Castelnuovo.

Flor azul químicamente pura, del paludismo la metáfora hedionda florece en tierras del Norte. Su perfume descompuesto se exhala en los mensajes a los poderes por parte de los gobernadores y en los versos bárbaros (Castalia bárbara con traje de raso) de los poetas que han inventado el folklore para cantar a los chivitos y a las pitangas en tono menor y en tono mayor a la cordillera, al Chimborazo y al ronco clarín de etc., etcétera...

Lugones tiene la culpa. Si él solo meneara el plectro sonoro o le diera solo manija a la heptacorde de marras, todo iría bien. Fuera, en la árida tierra de las antologías futuras, una flor seca más. Y en el presente, con ese alegre escepticismo que nos enseñó en parte la carestía de

los artículos de primera necesidad y por otra parte la prédica heroica de Nicolás Coronado, sería un loco lindo. Pero sucede, sucedió y sucederá (como dicen los ultraístas) que la metáfora es contagiosa y el suero que la neutralice es aún desconocido. Será la literatura italo-criolla de Boedo, o la exasperación unanimista, mixta y compleja de Proa el suero que aniquile a los polluelos que cobijó impávida y generosa la incubadora Lugones (Primer premio Nacional).

Pepe Tranquilo y el Papa

La cuestión del arzobispado quedó por lo visto definitivamente resuelta. Pronto tendremos arzobispo con la venia del Papa y de Alvear. Los católicos pueden dormir ahora tranquilos. Aunque en este año santo están ocurriendo cosas no santas, caímos nuevamente en la gracia de Dios. Claro está que Dios no se mezcla en estos lios de la política y la clerigalla, pero aunque él no se mezcle, lo mezclan que es la misma cosa. Y el Padre Eterno tiene que soportar la lectura de los mensajes y los contramensajes y la presencia de Mussolini en el Vaticano, que es el enemigo más terrible de las potencias celestiales. Mussolini es una especie de Atila sin caballo. Y el Papa quiere estar bien con Dios y con el diablo. Y Alvear quiere estar bien con todos para poderse retratar tranquilamente todos los días. Gracias a su transigencia se solucionó el conflicto.

Alvear no solo vela por nuestra salud física sino que vela y se desvela también por la salvación del alma argentina. Es una monada de gobernante que no gobierna ni des gobierna. En ningún período de nuestra historia se observó un fenómeno de presidente tan pacato, tan elegantito, tan moderado, tan Pepe Tranquilo... Los años de su presidencia van pasando y no nos apercebimos que pasan. Pasan sin él. Todos dan señales de vida menos él, que ocupa el primer lugar. Nos acordamos de él cuando ocurre un incidente sin importancia como este del arzobispado y donde él interviene *con eficacia*. En los asuntos vitales de la nación, nuestro primer magistrado brilla por su ausencia. Va a la Casa Rosada como antes iba al cinematógrafo. Y lee los decretos como antes leía las novelas de Paul de Kock. Posee la tranquilidad y el aplomo de los hombres satisfechos. Y cuando termine su presidencia no tendremos que reprocharle ni agradecerle nada. Total: 0.

El 35 aniversario del imperio alemán

¿Qué imperio alemán? Hasta ahora creíamos que Alemania se halla constituida en república. Sin embargo, un grupo de caraduras alemanes celebraron el 17 ppto. el 53.º aniversario del Imperio Alemán.

Hube discursos y cantos y números de variedades y hasta la banda de policía — ¡Ah! la policía! — prestó su desinteresado concurso.

¡Hay que ser caraduras! Pero... en este país todo es posible. No sería de extrañar que un día de estos la Liga Patriótica diera un banquete en el Plaza Hotel al Czar de todas las rusias.

El caso de la señora Caso

La señora Juana Caso de Sedano Acosta, directora de la Escuela Normal N.º 6, de Maestras de la Capital Federal, ex comisionada por el Poder Ejecutivo de la Nación para organizar la Sección Pedagogía Argentina en la Exposición Internacional de Bruselas y autora de un libro titulado "Enseñando Castellano", texto oficial, envió una colaboración al semanario *Verdad*, que acaba de aparecer.

Dicha colaboración merece ser reproducida íntegramente para que se estime a qué grado de cretinismo intelectual ha llegado el magisterio argentino. En efecto, no se explica cómo una señora con tantos títulos y contra-títulos escriba semejantes blandicias literarias. La mitad del esperimento a que nos referimos está en prosa; la otra mitad en verso. La prosa dice así:

PARA "VERDAD"

Veo a simple vista dos sugestivas palabras: "ver" y "dad".

"Ver", significa: conciencia anímica, distinción, dirección, consejo, apoyo, comprensión y hasta perdón.

(Ver, según nuestro diccionario, significa: sentido de la vista; percibir por los ojos; etc.)

"Dad" quiere decir: generosidad, equilibrio, nivelación, caridad, altruismo y acción.

Dad, no quiere decir equilibrio ni acción. Consulte el mataburras.)

El todo: "VERDAD" es el apoyo de la metafísica, de la fuerza del derecho y del arte.

Es sinónimo de Ley, de imperio, de fuerza y de belleza.

La hipótesis de hoy, es generalmente la "verdad" del mañana. Expresa entonces: evolución, movimiento, la vida en fin.

Este término, elegido portada de una revista, obliga a mucho.

Entonces, a manera de bautizo:

Pocas veces se leen parrafadas tan vacías como éstas.

Ahora viene la milonga:

QUE:

VERDAD sea una bandera
de Fe y de Prosperidad.

(Vidalitá)

VERDAD sea un monumento
de Amor y de Honestidad.

(Vidalitá)

Que en sus columnas campeen
el granito y la plomada;

(¡El granito y la plomada!)

Y en el abierto nacimiento
haya una Fuente sagrada;

Y en el cristal de sus aguas
se beba el Agua descada;

Y haya niños y asucenas
y haya Moldes de Carrara.

Que a la entrada de este Templo
haya un gran enterratorio,
para aplastar y quemar
todo lo que sea infamia.

Y allá entre los capiteles
entre palomas y cactus
haya este lema que mande:
¡Soy como aguja inmantada!

VERDAD nace para "Reyes"
que en el zapato de plomo
la hebilla sea una Estrella
hacia el oriente del aula.

(Vidalitá)

Los versos del basurero que hemos transcripto en el número anterior, no eran inferiores a los de la señora Caso. Con esta diferencia todavía, que el basurero, es basurero y la señora Caso es una ilustre educadora y autora de un libro para enseñar el idioma castellano. Ahora nos preguntamos: ¿qué puede enseñar esta señora a quien le hace falta aprender tanto?

El anticipo carnavalesco

Este año las carnestolendas se han anticipado en treinta días. La idea ha nacido en España, y fué ocurrencia de la importante agrupación de hombres serios que proveen de víveres, armas, municiones y ropas al ejército español que se sacrifica en Marruecos.

Un carnaval semejante constituye una novedad. Figúrese el lector que hasta los frailes y toda clase de hombres con sotana y tonsura, han participado del coso celebrado en Madrid. Las mascaritas han usado un disfraz originalísimo: una escarapela nacional en la solapa y una máscara de "monarquismo" sobre la faz; esto es, es disfraz que usan todos los días y se han echado a la calle a berrear expresiones laudatorias para el disfrazado máximo que, nuevo dios Momo, permaneció sentadito en su áurea silla, mostrando esa cara de idiota que tanta ayuda le presta y tanta falta le hace...

La mascarada resultó a pedir de boca. Fué una mascarada histórica que no caerá en el olvido fácilmente. Pero es honrado decir la verdad, y la verdad es esta: era necesaria la acción de alguna persona hábil en cuestiones carnavalescas para que diese impulso, brillo y solemnidad al acto. Y esta persona fué el general Primo de Rivera, especie de Mussolini español, personaje hábil en llevar y en aconsejar el uso de toda clase de carretas.

Lo lamentable ha sido que en dicha carnestolenda no se hayan organizado concursos con premios a los vencedores. Primo de Rivera habría obtenido el premio a la mejor máscara suelta.

Si, suelta, porque máscara semejante debiera estar entre rejas...

El año santo

En ocasión del Año Santo, el papa, según Giovanni Papini, quiere la paz. El papa conoce su oficio y a Giovanni Papini se le ha reblandecido el caletre. Es imposible reconocer en sus nebulosas escritos al que fué, un momento, el intelectual más vigoroso de Italia.

Pero volvamos al papa, que se muestra en sus dominios "con la riqueza de Asiria, la majestad de Salomón, la autoridad de San Pedro, y que habla la lengua de Virgilio bajo las bóvedas de Miguel Angel, acompañado por las notas de Palestina."

¿Qué quiere el papa? El papa ha dicho a los romeros que quiere la paz.

- 1.o Reconciliación perfecta de todo hombre con Dios;
- 2.o Reconciliación sincera entre los ciudadanos de un mismo pueblo;
- 3.o Reconciliación leal entre pueblo y pueblo;
- 4.o Reconciliación amorosa de los cristianismos separados con la Iglesia Universal

Este viejo papa...natas pide en primer término que el hombre se reconcilie con Dios.

¿Conciliación con Dios? ¿Qué Dios? ¿San Dios? Los únicos que pueden estar bien con San Dios son los que lo pasan bien lucrando cristianamente con el pellejo de sus amados hermanos. Los otros, los que en vida sufren las de Caín, esos no le temen a la muerte, ni les importa ganarse la bienaventuranza celestial. Más de lo que soportaron en la tierra no tendrán. En cambio los que vivieron de la sangre de sus hermanos, tienen muchísimo interés en ganarse la voluntad de San Dios, no sea que del paraíso en que viven sean arrojados al infierno que conocen por el Dante. Y para ésto se concentran en Italia, de todos los ámbitos del mundo (en todas partes hay canallas) y se allegan al papa y le llevan la bendición en unos cuadritos que vende a buen precio el fotógrafo oficial de su santidad.

Pero no cualquiera puede llegarse hasta este "monarca por derecho divino". Las compañías de vapores cobran una enormidad de liras, las piezas de los hoteles se adjudican a precios fabulosos y los que rodean el Sacro Romano Imperio Católico hacen su agosto.

Y al fin de cuentas los únicos que se llevan una recomendación del papa para San Dios, son los que no la necesitan, pues que en la tierra vivieron regaladamente.

Ahora lo que hay que ver es si San Dios no cumple aquello que está escrito en la Biblia:

Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos.

AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS

Esto dice el segundo pedido del papa...natas. ¿Cómo va a ser posible una "conciliación sincera entre los ciudadanos de un mismo pueblo"?

¿Cree Pío Décimoprimer que los que tienen la sartén por el mango la soltarán por el temor de Dios? Está muy equivocado. Como no ha salido de Lombardía sino para meterse de cabeza

en el Vaticano, no conoce a los hombres. Todos los que van a visitarlo en esta romería del Año Santo se llevan la sartén para no soltarla.

Medita, Pío, medita. ¿Cómo se van a llevar de acuerdo el dueño de un conventillo y las mil quinientas familias piojotas que habitan cuatrocientas pocilgas y utilizan cuatro letrinas?

No, no. Su Santidad no entiende de letrinas.

NO MAS GUERRAS

Ah, ¿sí? ¿No más guerras? ¿Amor entre los pueblos? ¿Y qué van a hacer los militares? ¿Y qué vamos a hacer de las armas, de los frailes, de los cañones? ¿Para qué nos van a servir los aeroplanos y los buques acorazados y los rayos mortíferos?

¿Y vamos a permitir que los moros no se civilicen? ¿Y vamos a permitir que quieran gobernarse ellos y no nos den participación en las minas y en los ferrocarriles? ¿Y vamos a permitir que los egipcios no se europeicen? ¿Y vamos a permitir que los hindúes vayan todavía con la toalla enrollada en la cabeza?

Medita, Pío, medita. Esto de la pacificación del mundo no lo vá a conseguir la iglesia. Acaso lo consiga el proletariado, en una última guerra.

UNION DE FRAILES

Este es el último ruego del sumo pontífice. Que todas las iglesias se fundan en la Iglesia Universal. Que la Iglesia presente a sus enemigos un solo frente. Entonces, si esta "maravillosa reconciliación soñada viene", veremos con ojos no menos asombrados frente a la línea de las iglesias monumentales, llenas de oro y pedrerías, de vitraux y mosaicos, una corta línea de casitas humildes, chaflas, donde un centenar de niños cantan el abecedario.

Y la cartilla ha de vencer al catecismo. Si antes la escoba del proletariado no da al traste con las ilusiones de Pío Décimotercero.

Las aventuras de Conan Doyle en los mares antárticos

En el próximo número empezaremos a publicar las memorias del célebre escritor inglés, traducidas especialmente para LOS PENSADORES.

Es la última obra del ingenioso creador de grandes personajes aventureros. En ella describe Conan Doyle sus propias aventuras en los mares antárticos y en la India.

Las maravillas de la naturaleza desiertas en la forma que lo hace Conan Doyle constituyen el relato más atrayente y emocionante que imaginarse puede.

El doctor Palacios y el socialismo

En el próximo número publicaremos un reportaje hecho al doctor Alfredo L. Palacios sobre el movimiento socialista.

Como el doctor Palacios continúa siendo militante socialista, aunque no sea afiliado al partido, sus declaraciones tienen el doble valor que su honradez y su inteligencia acreditada.

LA CRITICA DE LA MESA DE CAFE

— POR —

ALVARO YUNQUE

¡La crítica de la mesa de café! ¡La calumnia da crítica de la mesa de café! ¡Por qué todos los "artistas", los que a su vez la ejecutan, se dan en hablar pestes contra la crítica de la mesa de café? Mas, dígame cuanto se quiera: es la voz de la posteridad, allí se formula el juicio que las generaciones venideras darán sobre nuestras obras de hoy, ese juicio que nuestros contemporáneos hablan, pero no exhiben. Porque la crítica de la mesa de café, es la única sincera, la única en absoluto independiente. A la crítica de la mesa de café, tan desdeñada, debería escucharse con más atención; es la única crítica valiente o, por lo menos, es la más valiente. Lo más despreciado y audaz que se escribe, no llega a ser ni caricatura de la fuerza y el color de lo que se oye en la mesa de café.

En nuestro ambiente "artístico", pequeño en cantidad y mezquino en calidad, donde no existen grupos antagonicos que, sino por sinceridad o impulsados violentamente por su orientación espiritual, se digan las verdades por rencor; no hay otro sitio para oír la verdad que la mesa de café. En ella, todos los días, ¡cosa única!, se oye la voz de la posteridad fallando inapelablemente sobre tal actriz, hoy adulada, o sobre el libro de tal personaje influyente, acerca del que nada se escribe para no escribir mal de él. Y tan justa y certera es la crítica de la mesa de café que ahorra hasta palabras: un gesto, una mueca; ¡y ya están juzgado un libraco de mil páginas o un melodramón en cinco actos! Y están juzgados bien, no merecen más: un gesto, una mueca...

Los ambientes "artísticos" pequeños como el de Buenos Aires, se caracterizan por la falta de crítica, crítica veraz, implacable, recia, a veces enconada; pero reveladora siempre de independencia intelectual, de valor. El silencio es síntoma de cobardía; y el silencio es lo que predomina en nuestro ambiente. Silencio gráfico, no verbal; silencio pensante, en rigor, porque de croniquillas laudatorias vienen atiborrados periódicos y revistas, grandes y chicos, burgueses y no burgueses: crítica de cotarros hecha a miel y sonrisa, y que aguarda retribución. Bien, este silencio cobarde, se rompe en la mesa de café. Entre los llamados "artistas" que frecuentan el café, existe algo así como una especie de complicidad, no camaradería. Se va a él a desahogarse, a decir lo que no se atreven a escribir. Sino existiera la mesa de café, en torno de la que puede hablarse mal de quien se piensa mal; ¡y hablar impunemente!, más de un "artista" de esos se moriría autointoxicado con la tinta que le segrega vaya a saber cuál de sus glándulas internas. Esto de las glándulas internas está aún poco averiguado y caben todas las hipótesis a su alrededor.

Hay tres "artistas" en torno a una mesa de café, se hallan hablando mal de un cuarto "artista". ¡Hablando mal, no!, hablando la verdad, sencillamente, la verdad que piensan ellos. Se va uno, los dos cómplices que están hablando mal

de él, dicen la verdad sobre él; y no hay miedo de que éste la sepa; su complicidad los salvaguarda. De los dos que quedaron, se va uno, pues, el que resta habla mal del que se fué. ¿Con quién? Pues, con el mozo que le sirve. Nada sería más curioso, que el hacer un reportaje a ciertos mozos de cafés frecuentados por "artistas". Casi sería el modo de saber qué pensará la posteridad sobre una obra tan unánimemente elogiada como *La Divisa Puzó* de Groussac, sea el caso, o sobre qué pensarán las generaciones venideras acerca de cómo se distribuyen los premios municipales, ya que por lo común, comentando esta distribución, sólo se da la noticia escueta, en ocho líneas, como se la da de un accidente callejero sin importancia. A estar por lo que se escribe, los premios anuales que concede la Municipalidad, están a la altura de un choque de tranvías.

Colegas o cómplices: ¡Elogiemos a la mesa de café! ¡Loor a su crítica sincera, veraz, valiente, con visos de ser la definitiva, la que dará el futuro! ¡Loor a la mesa de café, sí! Porque la mesa de café es un oasis en un desierto. Es un oasis en medio de este arenal de cobardías que es nuestro ambiente "artístico".

Diciembre 1924.

El engaño de la velocidad

El tren venía de muy lejos e iba más lejos aún. En medio de los campos verdes en la hoscaga garganta de una sierra, a la orilla de un río claro, en ciudades alegres, el tren se detiene cada vez y descienden los que terminan su viaje y suben los que comienzan el suyo.

Camina con una velocidad vertiginosa que no turba la paz de los vagones donde la gente conversa y se ríe. Todos comienzan por observar el paisaje que atraviesan, pero el desfile incansable fatiga los ojos que se vuelven hacia el refugio del pequeño interior. Y todos se encuentran tranquilos, porque se sienten arrebatados por ese tren que avanza en línea recta.

¡Ah! pero he aquí los viajeros que descienden en los pueblos desconocidos se encuentran desorientados. Ninguno sabe hacia que lado sale el sol, y los vecinos se burlan cuando yerran al señalar los puntos cardinales.

Cuando partimos dicen los viajeros, el oriente estaba a la derecha de la vía, hemos venido de norte a sur; ¿cómo es posible que ahora se encuentre a la derecha?

Un buen hombre, compadeciéndose de la inquietud de los desorientados, les dijo: "¿Quién os ha dicho que habéis venido siempre en esa dirección? Es el engaño que produce la velocidad; ella nos hace creer que avanzamos sobre una línea recta. Cuando se va con rapidez, se cree al corto tiempo, estar muy lejos del punto de partida sin embargo, si sólo se ha dado una gran vuelta que desconcierto al encontrarse nuevamente en él!"

Pedro PRADO.

NUESTRA MÁXIMA CULPA

□ POR LEONIDAS BARLETTA □

Si yo mismo cayera mañana bajo el puñal homicida sabría de antemano que soy un inocente.

Cualquier exceso del hombre está justificado ante mi conciencia, incluso el crimen.

Dicen los cristianos que todos somos culpables, que el castigo nos vendrá del cielo. Es cierto, somos culpables; pero, ¿por qué el castigo no nos puede venir del hombre mismo?

Contribuimos a sostener una sociedad corrupta. Una minoría de astutos gobierna y exprime a una mayoría de brutos. El día que uno de estos brutos apela a la violencia para reprimir la astucia, ponemos el grito en el cielo.

¿Por qué? Es el caso del torero y el toro. El torero molesta, lastima y mata al toro, con su malicia. La plebe aplaude. Si la bestia acierta una cornada y despanzurra al torero, la plebe clama y se lamenta.

¿Por qué? El mismo derecho a la vida tiene el uno como el otro. Acaso el hombre quiera alegar que tiene más derecho que la bestia. Concedido. Pero que haya hombres que pretendan tener más derecho que otros hombres, esto sí que me parece absurdo.

Nunca me he podido explicar esas tan debatidas cuestiones del "instinto criminal", del "criminal nato", tec., tec. Siempre me he inclinado a suponer que estos "criminales natos" obedecen a los dictados de una subconciencia que los impulsa a hechos tales. No nos podrían ellos explicar porque mataron, sino que a tal pregunta sonreirían con un gesto de ferocidad. ¡Y esto sí que lo comprendo! Es la sorda rabia de vivir en una más ignominiosa esclavitud que la abolida, es la miseria cerniéndose en gruesos nubarrones sobre sus vidas miserandas, es la prostitución de sus madres, de sus hermanas, de sus novias, las ciénagas del vicio, las enfermedades...

¿Qué moral, qué nobleza de sentimientos podemos exigir de estos hombres?

Los otros, los rectos, los virtuosos, constituyen tribunales, dictan leyes para mantener al pueblo en la posición que mejor convenga a sus intereses. Castigan los desmanes, juzgan como dioses, se abrogan el derecho divino de sepultar en vida. Pero la verdad es que si la sociedad humana es de una tal deficiencia que se basa en la miseria y la ruina del pueblo para el encumbramiento de unos pocos, tampoco tiene el derecho de juzgar a los que, como una fuerza ciega, asesinan a los inocentes culpables de nuestros días.

Y entonces, ¿defendería al que mató a la

telefonista? Sí; yo defendiendo al que mató a la telefonista infortunada.

El crimen me repugna; pero no por esto me voy a poner en sentimental y voy a dejar de reconocer que estos crímenes que espeluznan a las generaciones de cretinos que nos rodean son apenas una pálida sombra de los crímenes que la sociedad admite sin estremecimientos.

Un político que desencadena una guerra es un criminal agasajado. Un militar en acción es un criminal de una ferocidad satánica. Mira con sus anteojos de campaña la multitud de hombres, morenos, rubios, cobrizos, que del



otro lado de la línea se mueven, se agitan, se sonríen ajenos al peligro y dispone sus baterías y manda hacer fuego y he aquí que caen en curiosa confusión, rubios y morenos y cobrizos y aquel dejó a su madre que era ciega y tal otro a su hermana y tal otro tenía unos nenos que extenderán en vano sus bracitos.

Y bien, a este bárbaro asesino que dió la orden de hacer fuego, le pondrán una medalla al pecho.

Y en otro orden de cosas: el propietario de una fábrica, que se enriquece con el producto del trabajo de un millar de muchachas que pierden la salud día a día y acaban en la tuberculosis, también es más asesino que el que mata en la calle sin disimular su siniestra intención.

Y el propietario de un conventillo donde se

LA FARSA

pudren hacinadas centenares de criaturas, es más que un asesino feroz.

Y los que para duplicar sus ganancias adulteran los alimentos, superan al criminal más refinado.

Y estos criminales, estos verdaderos criminales, no tienen disculpa ni atenuante.

Pero esta clase de crímenes la sociedad los reprime suavemente. Cien pesos de multa a la Granja Blanca por poner soda cáustica en cinco mil litros de leche, es decir, por tratar de envenenar impunemente a diez mil personas. Cien pesos a los licoristas, cien pesos a los que venden conservas...

Pero si un hombre que nació en la basura, que traía ya consigo todas las taras que la miseria prodiga, que no recibió educación alguna, que fué perseguido por el hambre, por el frío y la roña, toma un cuchillo desnudo y, frente a frente, mano a mano, se lo clava en el vientre al primero que pasa, para él, el presidio y los grillos, la tortura y la reclusión perpétua.

Todos somos culpables. Nuestro silencio es complicidad. Nuestra cobardía es culpable.

Pongámonos la mano sobre el corazón. ¿Verdad que sólo pensamos para nosotros mismos? ¿Nos turbó el pensamiento de que la misma noche que caíamos en brazos de una mujer, en mullido lecho, alguien con sus huesos en el suelo, sin lecho y sin amor?

¿Nos angustió el pensamiento de que en el mismo momento que engullíamos, alguien, un hermano nuestro, desesperado y hambriento se roía los puños sin tener que comer?

¿Se nos ocurrió pensar en esas pobres que a la hora en que nosotros nos hundimos blandamente en el sueño, siguen moviendo el pedal de la máquina de coser?

¿Nos inquietó el pensamiento de las mujeres que se venden como reses, mientras nuestras hermanas componen muecas frente al espejo?

Ah, ¿no? ¿Y qué diríamos si una noche, en una encrucijada, nos detuviera uno de esos hombres, cuchillo en mano, para pedirnos cuentas de nuestro bienestar?

¿Y qué culpa tenemos? Tampoco ellos tienen culpa y viven la más abyecta vida.

Mientras la muchedumbre goza, yo observo que aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira.

Rodó.

La adusta perfección jamás entrega y el secreto Ideal duerme en la sombra.

Darío,

El espíritu guerrero y el egoísmo patriótico son la negación de toda justicia.

Berta de Süttnes.

Juanillo Pichón fué soldado un año: lo llevaron para que aprendiera a defender a la patria. Y aún no sabe como se defiende; a pesar de haber sido asistente del coronel. Como todos los días le hacían lustrar los distinguidos botines de su jefe, lo atormenta una duda: ¿qué tiene que ver la patria con los botines del coronel?

¡Vaya uno a saberlo!

* * *

La democracia es como algunas mujeres vistosas: lindas de lejos, horribles de cerca. Si no queréis desilusionaros no examinéis mucho. Es una barbaridad mirar una carita de mujer con lente de aumento. Tengamos el tacto de no poner jamás la democracia bajo el microscopio.

* * *

Cuando contrajo matrimonio la hija de don Juan Caciello, el ricachón de mi pueblo, se invitaron solo a los ricos. Cuando murió su esposa todo el pueblo fué participado. ¿Sólo servirán los pobres para asociarse a los dolores?

* * *

No siempre la muerte ha de ser motivo de tristezas. Ayer los empleados de un comercio, estaban colocando en la puerta de la casa la tarjeta anunciadora de lo fatal: "Cerrado por duelo". Había muerto el patrón. Me pareció adivinar que los tres jóvenes que allí había, gozaban ante la perspectiva de dos días de asueto, sin acordarse para nada que el finado era su amo.

* * *

Carnaval. Pasan las mascaradas armando infernal algarabía. Todo el mundo ríe; yo me pongo triste.

* * *

No sé si para la mayoría de los hombres será más convincente la palabra dulce y suave de un Tolstoy, o el aullido salvaje de la dinamita. Mucho me sospecho que lo último sea más elocuente. Y la elocuencia siempre ha cautivado a los hombres.

* * *

He deshojado una rosa en el gallinero; los pétalos eran brillantes y como de raso, las gallinas no repararon y se los comieron.

* * *

Los amigos son como el papel secante: cuando se hace necesario hay que buscarlo y recién se encuentra cuando la tinta se ha secado sola.

* * *

Dos hombres honrados hablan:

Juan.—¿Qué le parece, amigo, un golpe como el de Rodríguez?

Pedro.—¿Una quiebra fraudulenta? Nunca; eso es inmoral.

Juan.—¡Valiente! En el comercio como en la política, quien se detiene a analizar lo moral y lo inforal fracasa.

Pedro.—Pero, ¿cómo quiere que yo de el golpe si no me fían!

ANSELMO A. PELOSIO.

Ba. Aires, Enero de 1925.



L'ANTIOPE

Famoso cuadro de Correggio que se conserva en el museo de Louvre



Al salir de su cuartujo apestado por el humo de la pipa, Sieroska no sospechaba que iba al encuentro de la muerte. El sol había salido aquel 17 de febrero un minuto antes que el día anterior y Sieroska, que a menudo meditaba sobre las páginas de los almanaques, había vigilado la aparición del astro para sorprender en error a los astrónomos. Pero todo transcurrió de acuerdo con las previsiones de la ciencia y se habría dicho que el resto del día debía transcurrir con la misma regularidad. Sieroska, por su parte, no abrigaba el menor propósito de cambiar el curso de los sucesos.

Después de haber tomado la acostumbrada taza de chocolate en el café de la Croix, se encaminó, como los demás días, por la calle del Monte Blanco y llegó poco después al parapeto bajo el cual corren, rápidas y claras, las aguas del Ródano. Y allí, como otras mañanas, se detuvo, con el sombrero echado sobre los ojos, a causa del viento. Sieroska, aunque ruso, de Kief, que había venido a Ginebra con el vago propósito de estudiar química, no era en modo alguno un revolucionario, y dejaba que la vida viviese en él con plena libertad y sin programas preconcebidos. Por eso no asistía casi nunca a las clases y en cambio se detenía todas las mañanas para contemplar el Ródano. Decía a los amigos, las pocas veces que el coñac le avivaba la lengua, que lo extremado de la distinción filosófica consiste en hallar la diferencia entre las cosas iguales y que ninguno de los papagayos de Heráclito había logrado advertir la diversidad de las aguas de un mismo río en dos momentos sucesivos. Agregaba, si alguien le contradecía, que semejante ocupación era digna de llenar la vida de un hombre que sostenía que muchos pescadores de caña no son más filósofos, disfrazados a fin de no llamar demasiado la atención de los imbéciles. Más de una vez dió a entender que él mismo era uno de esos buscadores de diferencias y se extendía en alabanzas al Ródano por la fresca y verde claridad de las aguas, jurando que todos los demás ríos, comparados con éste no eran más que vulgares piletas de lavanderas.

Hubo en la Cervecería Central muchas discusiones a este respecto, y los que tomaban en serio las palabras de Sieroska, veían un fuerte argumento en el hecho seguro y demostrado, de que todas las mañanas se trasladaba a la orilla del río y permanecía contemplándolo durante diez, quince y hasta veinticinco minutos.

El diez y siete de febrero, Sieroska fué como de costumbre a ver el río, pero a poco de apoyarse en el parapeto, y contemplar la onda compacta y límpida, sintió que alguien le tocaba en el hombro y le llamaba por su nombre. Dióse vuelta con leve sobresalto: era un ruso como él, joven como él y estudiante como él.

—¿Qué haces?—preguntóle el recién llegado.

—Pienso,—repuso Sieroska, secamente.

—Yo también pienso, alguna que otra vez,—replicó el otro—pero no basta eso... Ahora el intelectualismo no está de moda... El profesor Simmel demostraba el año pasado, en Berlin, algo que no necesita ser demostrado... Verde es el árbol de la vida, decía Goethe, y Goethe es grande, Goethe es el mundo, Goethe es la naturaleza misma que ha tomado la pluma y se ha hecho publicar los libros por una casa editora... Tú, Sieroska, eres bueno. Contéstame: ¿se puede pensar solamente?

—No,—replió con seriedad Sieroska, dirigiendo al río una mirada oblicua y sin manifestar sorpresa por esas divagaciones.—No se puede pensar *solamente* porque el pensamiento *solo* no existe.

—Sieroska—continuó el otro con voz casi amenazadora.—No comprendes, no quieres comprenderme. No hagas caso de la cita de Goethe: no es más que una vieja costumbre escolar. Tenía un amigo que poseía todas las obras de Goethe. Eran veinticinco volúmenes encuadernados en cuero color sangre. Cierta vez perdió uno de esos volúmenes. Es decir, no lo perdió: yo se lo robé. Hace algún tiempo traté de venderlo y nadie lo quiso; esta mañana me ha ocurrido lo mismo. Pero esta vez no se trata de un libro alemán. Mi revólver es de fabricación belga; por lo menos así me lo dijeron cuando lo compré. Sieros-

ka, tú eres bueno. Contéstame: si alguien se te presentara delante y te dijera que no tiene más que este revólver ni más disyuntiva que disparárselo entre los ojos para no sufrir hambre o venderlo para librarse del hambre, dime, Sieroska, tú que eres un hombre de corazón: ¿qué harías?

—¿Tienes de veras un revólver para vender?— preguntó Sieroska con cierto aire incrédulo.

—Sieroska—continuó el otro en voz más baja.—No tengo sólo el revólver sino también el hambre. Y nadie lo quiere, nadie sabe qué hacer con él. Fui a ver esta mañana a ese señor rico que vive en el primer piso y cuya mujer... No lo ha querido: me dijo que tenía dos *sin usar*. Fui a ver a la cajera de la cervcería y le hablé así: "Señorita, usted es hermosa, pero llegaré un día en que sus ojos brillarán un poco menos y entonces alguien la abandonará". No lo creó, Sieroska: se puso pálida y me dijo tales palabras que si un hombre me las hubiera dicho en este momento no estaría aquí. Pero tú, Sieroska, ¿en qué piensas? ¿No piensas nunca en la muerte?

Sieroska no era rico, pero vio en los ojos del amigo la fiebre del hambre. Se sacó del bolsillo una moneda de cinco liras, en las que un rey barbudo y de largo cuello, parecía indiferente a todo cuanto ocurría en el mundo.

—No puedo darte más—dijo,—espera hasta los primeros días del mes.

El otro recibió la moneda, la hizo desaparecer bajo la capa, sacó un paquetito, lo deslizó rápidamente en un bolsillo de Sieroska, y se alejó de prisa, sin decir una palabra, ni siquiera las gracias. Al verlo por detrás daba lástima. El taco de uno de sus botines estaba por desprenderse y gemía sordamente a cada paso que daba sobre las piedras húmedas.

II

Esa noche, mientras Sieroska se desvestía para acostarse, después de un día horriblemente igual a los demás, sacó el paquete del bolsillo y lo colocó sobre la cómoda, en el círculo rosado de la luz. Era un envoltorio común de lustroso papel amarillento, gastado y sucio en los pliegues de ambos lados. Durante el día, al poner en los bolsillos las manos amoratadas por el viento frío, sus dedos habían tropezado con el paquetito caído en el fondo por su peso, y, palpándolo había sentido algo duro y frío bajo el papel. Pero Sieroska no era curioso, no por virtud, sino por un pecado peor que el de la curiosidad: por apatía, por pereza. Además, la compra forzada de esa mañana, le había turbado un poco y trataba de no pensar en ella. Pero, por la noche, cuando vio delante de sí el envoltorio, todavía intacto, sintió que un enemigo había entrado en su casa. Sintió deseos de abrir la ventana y arrojarlo a la calle sin abrirlo; pero pensó en el ruido de la caída; y además, un revólver... ¿Si estuviese cargado?...

Por último abrió el paquete. No contenía nada de raro: un revólver, un pequeño revólver de señora. Sieroska lo tomó con precaución y advirtió que estaba cargado, pero que tenía pues-

ta la trabilla de seguridad. Se veían las puntas relucientes de los proyectiles, colocados en círculo en los agujeros. Sieroska aplicó el ojo al caño y después colocó el arma sobre la hoja de papel abierta sobre la cómoda. Se quitó el saco y los botines, se desbizo el nudo de la corbata y tiró a un lado la camisa. Tomó entonces el revólver y lo puso sobre la mesita al lado de la cama; y junto a la luz. Concluyó de desvestirse, se metió en la cama y dió vuelta a la llave de la lámpara, para quedar a oscuras. Odiaba ese cuartucho suizo, demasiado vacío para el lirismo eslavo. Frente al lecho, en una cornisa sin molduras, una litografía de 1850 representaba a un adiposo Napoleón con cara de pacífico portero uniformado. Ese napoleón se había convertido en su enemigo más atroz: bastaba que lo mirara para que se le fueran por todo el día las ganas de hacer algo y toda aspiración de cosas elevadas.

Por la noche no leía, a fin de estar sin luz para no verlo; mas como no lograba dormirse en seguida, pensaba. ¿Cuántas novelas compuso desde las diez hasta las tres! ¿Cuántos sistemas de filosofía escogió con la cabeza inmóvil en la almohada! El insomnio nocturno era un excitante y sus obras no escritas, se alineaban noche a noche en su memoria, como otros sueños conservados con algún artificio. Esa noche el punto de partida fué el revólver...

—Esa arma—pensaba Sieroska—que no he buscado, que en el fondo no quería, que no me agrada en modo alguno, parece formar parte del sistema de mi vida. Deben entrar en uno u otro modo en alguno de mis actos. Si así no fuese, las leyes de Newton no serían verdaderas... Por lo demás—prosiguió después de una línea negra de inconsciencia,—por lo demás, soy hombre, y, por consecuencia, un ser racional y económico. Como ser racional, no puedo permitir que un medio no tenga un fin y que un instrumento no se adapte a su trabajo. Como ser económico, no puedo tolerar que un basto, que en el fondo es sacrificio, haya sido hecho sin esperar de él un resultado. Las armas son instrumentos para matar y el gobierno admite que la gente las fabrique y las compre, sabiendo perfectamente que un revólver no puede servir más que para quitar la vida a alguien. No hay, pues, en la existencia de un revólver nada que turbe el derecho de gentes. Pero este revólver ahora es mío, está en mi casa, lo tiene mi mano, está cargado, está listo en cualquier momento. La cosa no tiene muchas soluciones. ¿Cómo usarlo? No hay más que dos posibilidades: tomar por blanco a mis semejantes o descargarlo en mi cabeza o en mi corazón. La primera posibilidad hay que descartarla, por lo menos de mi parte. No creo tener valor para descargar el revólver contra los demás, aunque fueran los perros más repugnantes del mundo. Por otra parte, el gobierno tiene en su mano los códigos y los lee como quiere. ¿Buen negocio perder la libertad propia por dársela a otro! Una libertad violenta con un medio desagradable, es cierto, pero al fin y al cabo, son mejores los emplastos del médico y los costosos venenos del boticario!

La otra posibilidad se presenta ahora por primera vez a mi mente. Lástima que se presente solo ahora. Es un asunto en el cual se debe deflexionar temprano, aún desde niños, si fuera posible. Si debo elegir uno de los dos caminos, quiero considerar también el otro, quiero saber adónde va. Realmente, en mi caso, no hay ninguna razón importante para quitarse la vida: no muero de hambre, no me hastío más que los demás; soy flaco pero sano; ninguna mujer me ha desdeñado... Tal vez porque no he interesado a ninguna. Pero después de todo, ¿es necesario que haya una razón? Vayamos al fondo del asunto: consideremos la cosas con ingenuidad. Cuando se tiene una razón decisiva, entonces, matarse parece una cosa lógica y natural. Pero una razón es ya un motivo demasiado interesado por lo común. De aquí se deduce que nadie se ha suicidado jamás en el sentido puro y absoluto de la palabra. Matarse por una razón, que las más de las veces nada tiene de racional, no es una elección: es una caída. La caída en un precipicio sin fondo, pero no calculada de antemano con toda la libertad de la inteligencia. El verdadero suicida sería aquel que *sin ninguna razón* personal, sin ningún motivo interesado, sin estar ennegrecido por ninguna desventura doméstica y sin ningún programa metafísico, se pusiera a considerar serena y objetivamente la muerte y la vida y se matase con entera libertad, sin motivos de ninguna clase, por una decisión de la voluntad pura. Todos nuestros actos están dictados e impuestos por motivos que no admiten escapatoria y por esto digo y sostengo que no son realmente actos como no llamamos personalidad activa a la pelota que va lejos porque le doy un puntapié.

Estoy, pues, en las mejores condiciones para suicidarme efectiva y realmente y no ser arrastrado a la muerte, por la fuerza de las cosas, como los demás. Es preciso ver, sin embargo, si tengo razones para no matarme y si esas razones son tan imperiosas que basten a impedirlo. Ahora no las veo, pero pensaré mejor mañana, con la luz, con el sol..."

Sieroska trató de dormirse pero no lo consiguió. Su teoría del suicidio desinteresado le solicitaba obstinadamente la atención y le exigía que la modelara con ideas y la vistiera con actos. Alargó el brazo: el revólver estaba siempre allí, sobre la mesita, más frío que el mármol. Por último, se cubrió la cabeza con las ropas del lecho: trató de pensar en las aguas del Ródano y poco después de medianoche roncaba ligeramente con un brazo sobre la cara.

III

Sieroska dormía poco, sobre todo las noches en que lo turbaba un sueño que lo perseguía desde los trece a catorce años. Se despertó temprano, antes que la claridad del día coloreara las flores bordadas de las cortinas. Al destellar el fósforo con que iba a encender la luz vio brillar el revólver, con el caño negro dirigido hacia la cabeza. Todos los razonamientos y las ideas de la víspera, le invadieron la memoria se vistió len-

tamente contemplando uno tras otro, las medias, los botines, los puños. Y no podía evitar decirse:

—Es la última vez que me pongo todo esto...

Se acercó a la mesa, arrojó al suelo los diarios de los últimos días en que se había amontonado sobre ella y cubrían un frasco de tinta, un portaplumas verde y un cuadernillo de papel carta. Dispuso todo para escribir. Tomó la pluma, la mojó lentamente en el tintero y en la primera hoja que tenía delante se puso a trazar líneas irregulares, caprichosas, desordenadas. Quiso después reunir las y dirigir las a un mismo punto y las unió prolongándolas. En los espacios intermedios, trazó con minucioso cuidado finas diagonales. Su mano trabajaba con amor, con paciencia, con escrúpulo. Poco a poco los tentáculos geométricos avanzaban hasta los ángulos y llenaban la hoja toda con su intrincamiento.

Pero en ese instante la llama de la lámpara bajó y se apagó; no había más petróleo.

Sieroska se arrojó al lecho, medio vestido, y entonces, en la obscuridad, le invadió de nuevo la idea atroz.

—En fin—le sugería el invisible revólver que sentía a su lado en la obscuridad,—si no tienes ninguna razón para matarte, tampoco tienes ninguna razón decisiva para seguir viviendo. ¿A quién dejarías? Tu madre, allá en la casa lejana, tiene seis hijos, sin contar a ti, y, por lo demás, no es una mujer muy sentimental: pronto se consolaría. Tus cinco hermanos te odian porque los desprecias. Tu hermana está tan enferma que no tiene tiempo para pensar en ti. Tienes una novia porque es costumbre que a los veintisiete años un hombre piense en el amor, pero confiesa que Mascia es un poco fastidiosa, muy coqueta y que tú no la amas. Cuando la ves no puedes dejar de imaginártela vieja, con guedejas blancas sobre los ojos y la boca vociferante. Tus amigos son buenos muchachos capaces de privarse entre todos de algunos rublos para adornar con unas flores tu coche negro de tercera clase, pero, ¿son tan jóvenes y la cerveza embrutece tanto! No lamentarás por cierto a Rusia, que ningún bien te ha hecho, ni la ciencia que no conoces, ni los placeres estúpidos de alguna noche de bacanal. Tienes veintisiete años y la vida gris delante de ti. La vejez es peor que la muerte y la muerte ha de llegar un día, peor que ahora. ¿Acaso no es mejor llamarla en la juventud de las fuerzas y tenerla en la propia mano, en vez de tenerla más tarde, cada día, como una acreedora inevitable? ¿Ser un verdadero héroe en un solo momento de la vida y que ese momento sea el último, pero el más grande, el único verdadero y místicamente libre?

Sieroska no pudo resistir al nuevo asalto de las ideas. Veía y juzgaba su vida hasta el fondo, como nunca lo había hecho, y sentía, decidía y preveía que seguiría así, que nada más había que hacer. Se alzó otra vez del lecho, con gesto agitado. Moviéndose con el brazo, sin quererlo el pequeño revólver. Se estremeció un poco al ruido del hierro en el mármol y se acercó a la ventana. La abrió violentamente con manos nerviosas. Un viento húmedo invadió la habitación. Sieroska se

laró la cara y las manos con agua fría y concluyó de vestirse. Afuera no se veía más que un poco de niebla, ligeramente plateada por un sol que parecía más lejano que de costumbre. Sieroska se sentó de nuevo junto a la mesa y, de un cajón sacó los sobres. Puso siete u ocho delante de sí y escribió las direcciones con mano firme.

Una era para la madre, otra para Mascia, otra para un tío de Kief—el único que no lo había despreciado cuando era niño—y las demás para los amigos de los últimos tiempos, los amigos de Ginebra. Preparados los sobres, se puso a escribir las cartas, cartas breves, muy semejantes entre sí en el estilo, sin ningún punto de exclamación. Les decía que había resuelto matarse sin ninguna razón y les rogaba que no pensarán en él. Su afectísimo, etc., etc.

Ni un beso para nadie: cartas que parecían circulares. Las dobló, las colocó en los sobres y buseó los sellos de correos en la cartera. Luego se puso la gorra, se echó la capa a los hombros y salió a la calle, con el manojito de cartas en una mano y el revólver en el bolsillo. Se dirigió al edificio principal del correo, imaginando que partiendo de allí las cartas llegarían con más seguridad.

Cuando cayeron, una tras otras, en el buzón de hierro, le pareció que todo había concluido. Ya no se podía volver atrás, ni siquiera detenerse. Palpó el revólver y se encaminó hacia el Ródano, eternamente límpido y fugitivo. Allí estaba el río amado, allí el parapeto de piedra, allí el lugar en que el otro había venido a verle, con la muerte bajo la capa.

—Pronto, pronto, es mejor pronto...—pensó Sieroska, y sacó del bolsillo el arma fría y corrió la trabilla de seguridad.—Miró a su alrededor; estaba pronto y la niebla matutina era su cómplice. Las pocas sombras que rasaban de prisa, lo habrían advertido demasiado tarde. Sieroska palideció, alzó la mano a la altura de la frente y apretó con fuerza el gatillo...

IV

¡Nada! Silencio. Nada sonó, nada cayó. Sieroska, con la mano alzada, esperó en vano, dos, tres, segundos.

¿Qué había pasado? El gatillo no se había movido y por más esfuerzos que hacía con el índice trémulo el suicida frustrado, el revólver no disparaba. Sieroska lo agarró airado con ambas manos y lo examinó, dándole vueltas. Todo parecía estar bien: el arma era nueva y limpia, los proyectiles se hallaban en su sitio, la trabilla estaba corrida y, sin embargo, Sieroska no lo graba mover el gatillo.

Durante tres o cuatro minutos se apasionó como en un juego mecánico, olvidándose completamente del fin para el cual tenía en las manos ese objeto de metal. Por último perdió la paciencia y, sin saber cómo, el revólver cayó al agua y se oyó apenas un tímido ruido en el fragor monótono de la vasta corriente. El sol empezó a dorar la niebla lejana; una nube blanca emergió del lago aéreo, radiante y rubia so-

bre el fondo de un cielo gris azulado. Una maravilla primaveral traspasó las gotitas sus penas en el aire y animó las escuálidas sombras de los árboles deshojados. Sieroska respiró, por primera vez, con voluptuosidad.

—¡Vaya todo al diablo!—exclamó—Yo iba a matarme! Yo iba a matarme hace un momento?

Esa ridícula descompostura de una mala arma había trastornado todo su mundo. Miró de nuevo en torno suyo y le pareció que todo había rejuvenecido de improviso. La ciudad comenzaba a vivir. Los chicuelos de mejillas rosadas corrían dirigiéndose a la escuela. En las puertas de los negocios retiraban ruidosamente los postigos. Recordó que no había probado bocado. Cruzó el puente y entró en el mejor café de Ginebra, con ese sentimiento de prodigalidad propio de quien acaba de salvarse de un peligro. Chocolate, leche y masas: ¡un desayuno de goloso!

Hasta los mozos sonreían; eran, sin duda, buenos muchachos, un poco cansados, pero amables sin interés. Sabió, subió a un tranvía, bajó a poco trecho, y recorrió a pié, largo rato, uno de los suburbios de la ciudad. Vió un coche desocupado y lo llamó. Reclinado en los almohadones del coche pensaba en la vida y sentía el bienestar que viene de la sangre cuando corre cálida por todo el cuerpo, a pesar del invierno y del viento. El sol estaba alto y la niebla se perdía en lontananza.

Sieroska recordó el aire de un vals tontísimo y lo canturreó durante todo el día.

V

A la mañana siguiente, cuando se despertó con la boca seca y la cabeza pesada por la borrasca de la noche, se acordó de las cartas. Algunas, las de la ciudad, debían de haber llegado a su destino; las demás estaban en viaje y era imposible detenerlas. Habría podido escribir de nuevo, telegrafiar, explicarse, pero no quiso. Sin ninguna razón, repetía para sí. Nada había cambiado: ¿cómo justificar su actitud? ¿Con qué motivo cómico del revólver descompuesto? Nadie le creería y él sería considerado un bufón co-barde.

Salió y caminó por las calles hasta mediodía con la expresión inquieta de quien espera ser descubierto de un momento a otro. Caminaba, temeroso junto a las paredes, casi como pidiendo disculpa por respirar, por moverse, por vivir. Había prometido suprimirse y, sin embargo, está ahí todavía, ocupando la vereda, consumiendo aire, sin derecho alguno. Trataba de hacerse humilde, de hacerse disculpar y perdonar. Sus miradas prometían que jamás molestarían a nadie, que se contentaría con vivir, apartado, silencioso, en un pedacito de tierra bastante para tenderse y fumar desde la primavera hasta el otoño.

Al llegar a una esquina sintió que corría detrás de él, lo alcanzaba y lo abrazaba un hombre que reía. Volvióse: era uno de aquellos a quienes había escrito el día anterior.

—¡Sieroska, Sieroska!—Yo tenía razón! Sabía que se trataba de una broma. Sin ninguna

EL SINDICALISMO DE LEON DUGUIT

PEREGRINAS TEORIAS DE UN HOMBRE
CON MAS FAMA QUE MERITOS

Por LUIS DI FILIPPO

I

Acaba de aparecer, traducido al castellano por José G. Acuña, un libro de León Duguit; creo que es la última obra del profesor de Burdeos. Bajo el título de "Soberanía y Libertad" ha recogido sus 13 conferencias leídas en la Universidad de Columbia en los últimos meses del 1920 y comienzo del 21.

El libro es mediocre y nada agrega a toda la obra anterior de Duguit; para este señor la filosofía no ha salido de Comte; y el Derecho (con mayúscula) sigue tranquilamente divorciado de la justicia sin que él sienta la menor necesidad de advertirlo.

No tengo la pretensión de juzgar la doctrina de Duguit. Solo quiero anotar algo de lo que me sugiere su duodécima conferencia titulada "La Libertad de Asociación y el Sindicalismo". En

razón. Esta frase me quedó impresa. Ahí está la clave del enigma. Has querido asustarnos, pero no lo has conseguido. Semenoff, que es demasiado serio, que sí y yo que no y que no. Pero oye, Sieroska, te lo digo para otra vez: tu broma no es nada nueva... Volveremos a hablar en otro momento: ahora no puedo. Nos veremos esta noche en la cervecería. La rubia ha preguntado por tí. Adiós.

Y el amigo se alejó sonriendo, como si todo fuese claro y natural. Sieroska, aunque no era de temperamento violento sintió que una rabia bestial le subía al pecho y se le anudaba en la garganta. ¡Así lo juzgaban! ¡Así le hablaban! ¡Así reían en su presencia de una de las resoluciones más serias y altas del mundo! ¡Y los otros? A través de la turbación que lo ofuscaba, la mirada veía pasar en rápida procesión rostros de jóvenes, de mujeres y de viejos. Todos lo miraban con ojos severos, con ceño de reproche, y parecía que se lamentasen, sin querer manifestarlo, de que él estuviese todavía allí, en medio de ellos, dentro de esta vida que había rechazado. Ese día el sol no lograba hender y colorear la niebla baja y pesada. Sieroska se sintió abandonado en el límite de los dos mundos. No conseguía considerarse de nuevo en el río del universo; había adoptado un compromiso que no debía olvidar.

Los hombres lo arrojaban allí, en un rincón y el cielo era pesado como la lápida de un sepulcro. Sieroska sintió que las lágrimas se le agolpaban en las pupilas empañadas. Apuró el paso, cruzó las calles como en una visión y llegó al parapeto del Ródano, en ese mismo sitio donde la muerte se le había presentado y después se le había fugado.

—Sin ninguna razón—repitió una vez más, casi gritando.—Eché atrás la capa, se asomó, se balanceó y se arrojó de cabeza, reteniendo la respiración; pero sus últimas lágrimas cayeron antes que él en la clara, rápida y ancha corriente del Ródano.

su libro "Las Transformaciones del Estado" también trata este tema y, naturalmente, en el mismo sentido y con el mismo criterio, ¿puede, acaso, un insigne profesor universitario de fama mundial tomarse la molestia de rectificar o corregir algunas de sus apreciaciones?

A través de conversaciones tenidas con algunos de los raros estudiantes que, a pesar de la Universidad, se sienten tocados de curiosidad intelectual, he advertido que muchos leían a Duguit como si fuese un sociólogo revolucionario y algunos se documentaban en él — lo mismo que en A. Posada — para poder luego disertar o escribir sobre los fenómenos sociales que provoca el sindicalismo obrero. Creo necesario advertir a mis amigos y camaradas que están en un error; que este sindicalismo de los juristas y la carabina de Ambrosio son la misma cosa. Y que nada tiene de común la luminosa doctrina sindical de Fernand Pelloutier (de quien Sorel se sirvió a discreción) o la del gran maestro contemporáneo Enrique Leone, con la de estos sociólogos que están zumbando alrededor de las mortecinas luces estatílatas.

II

Esta conferencia es una diatriba contra el sindicalismo revolucionario con la pretensión de oponerle un sindicalismo "sui generis" en cuyas filas las clases obrera y capitalista se desarrollen en un amigable ambiente de colaboración. Lo que el socialismo reformista parlamentario fué incapaz de realizar con la política democrática, pretenden realizarlo estos sociólogos en el terreno de la economía, vale decir, en el terreno de los intereses, donde la injusticia social es más evidente y donde las luchas de predominio son más feroces.

El fascismo, al asumir el poder, aceptó e incorporó a su programa práctico de "pacificación social" esta doctrina colaboracionista, imponiéndola abiertamente con la creación de las organizaciones sindicales fascistas. Creyó así trasladar a otro terreno la lucha de clases y eliminar de esta forma las fuerzas revolucionales que actuaban sindicalmente desde la Unione Sindacale Italiana y la Confederazione Generale del Lavoro.

Bien pronto el fracaso más rotundo demostró que el sindicalismo revolucionario no es una fuerza artificiosa, creada por "insensatos criminales", sino que es el fruto de una especial actitud que las masas obreras sienten la necesidad de adoptar para defenderse y para emanciparse.

En Italia las huelgas no terminaron y ahora son los sindicatos fascistas quienes "perturban el orden" y hacen inconciliable la disputa secular entre el trabajo y sus explotadores. El fascismo quiso imponer la "libertad de trabajo" y en definitiva solo sancionaba la libertad de explotación, antes limitada por el control sindical.

El sindicalismo hoy no puede ser otra cosa que una fuerza de desequilibrio. Mañana, sí, será un

instrumento de armonía social, pero antes debe realizar su gran obra: la de destruir todas estas viejas instituciones de privilegio que le cierran el paso y que se empeñan en asfixiarlo dentro de las instituciones estatales para que se convierta en un resorte más de la burocracia. Por esa finalidad ulterior que le hace actuar como una fuerza de devenir, el sindicalismo revolucionario es, además de una asociación de intereses sojuzgados, una asociación de voluntades. En él se manifiesta un deseo de libertad, una corriente idealista de renovación que rebasa su estructura originariamente gremial. Es algo más que un instrumento, es también una idea. Es físico y es espiritual, le agitan fuerzas económicas y sentimentales, por eso todas las reacciones del mundo desde las más solapadas hasta las más groseramente sanguinarias, no lograron desterrarlo del escenario social.

No lo entiende así Duguit por eso afirma que: "con la palabra sindicalismo se designa una doctrina que pretende descansar sobre los hechos, pero que los interpreta mal, que está, por el contrario, en contradicción con ellos, y que por ello mismo, por la influencia que ejerce, falsea la evolución normal, la retrasa o la dificulta en detrimento mismo de aquellos a los cuales pretende servir, y a quienes debiera aprovechar el máximo resultado del advenimiento del nuevo orden de cosas que podría advenir en un porvenir próximo, de una evolución que se realiza normalmente y formas naturales y contados pasos". (Pág. 265).

La virtud del sindicalismo revolucionario reside precisamente en negar ese fatalismo que lo quieren injertar, con matices diversos, el reformismo jurídico y el reformismo marxista. El sindicalismo no se resigna a sufrir la historia sino a hacerla. No se somete a los hechos, sino que los violenta o los provoca. ¿Hay aún gentes que creen sinceramente en el "advenimiento de un nuevo orden que se realiza normalmente, por lenta evolución, y por sus naturales pasos?" No es tan creyente el proletariado; tiene sus dudas. Las fuerzas de la economía capitalista evolucionan y progresan, sí, ya lo vemos, pero evolucionan y progresan de acuerdo con su ritmo peculiar, con su naturaleza originaria, perfeccionando sus formas de explotación, pero sus raíces se alimentan siempre en la sangre del pueblo, y la máquina no ha suprimido al esclavo ni el trust ni el "cartel", ni el proteccionismo o el libre cambio han amenguado la miseria de los asalariados. También progresa y evoluciona la democracia de acuerdo con ese fatalismo risueño y candoroso de Duguit y contemplamos la dictadura militar en España, el fascismo en Italia, a Mac Donald derrotado en Inglaterra...

No se puede hablar de una evolución fatal hacia la libertad. Habrá más o menos libertad mientras los hombres la deseen y la necesiten, mientras exista voluntad de conquistarla.

La historia es hembra y cuando hay virilidad los hombres la fecundan y la preñan de posibilidades.

recho, pero lo saben por instinto o por intuición las masas casi analfabetas. Esas masas que crean esos nuevos derechos que luego los Duguit del porvenir harán abstrusos y laberínticos gracias a sus luminosas interpretaciones.

Ya se sabe que quienes se someten *sufren* la historia y que quienes se rebelan pretenden dominarla, por eso el sindicalismo obrero debe ser revolucionario.

III

La claridad de visión se manifiesta portentosa en Duguit cuando sin mucho esfuerzo logra descubrir que: "En casi todos los países modernos, y en Francia más que en otra parte, la igualdad civil y la igualdad política son potentes realidades". (Pág. 266). Ya puede tomar nota don Manuel Carlés, este dichoso estado de igualdad no es un invento exclusivamente argentino.

En la pág. 274 se lee este párrafo que es otro descubrimiento: "Predican (los sindicalistas) una teoría que pretenden contrastar con hechos, y que tiene por consecuencia falsear la evolución natural y normal del sindicalismo, crear la miseria, el sufrimiento, la destrucción y la muerte, sobre todo en la clase obrera, a la que los criminales que están a la cabeza del movimiento pretenden servir de esta manera..."

¡Esto es cierto! Cualquier manual de historia puede atestiguarla; en efecto antes de nacer el sindicalismo no existía la miseria, ni el sufrimiento, ni la guerra... La era que vivió Duguit en Europa desde el año 1914 hasta la fecha, es una era típicamente... sindicalista.

París, Noviembre 1924.

SUPERIORIDAD

Madre, tu niña es una tonta. ¡Qué ridícula y qué simple es la pobre! ¡No sabe distinguir entre las luces de la calle y las estrellas! Si jugamos a comer chinitas, se cree que son comida de verdad, y quiere tragárselas. Si le doy mi libro y le digo que tiene que aprender el a, b, c, rompe las hojas y se ríe alegremente como si hubiera hecho una gran cosa. Le regañó, entonces, enfadado, moviendo la cabeza, y le digo que es muy mala... Y vuelve a reír, y le parece un juego muy divertido. Todo el mundo sabe que papá no está aquí; pero si yo, jugando, grito: "¡Papá!", vuelve la cabeza como una loca, y cree que papá está con nosotros. Cuando le doy clase a los borricos que trae la lavandera para cargar la ropa y le digo a tu niña que yo soy el maestro, se pone a gritar sin razón y me llama. ¡Dada, Dada! Luego, quiere coger la luna. Le dice a Ganesh, Ganush, y se le figura que es una gracia. Madre, tu niña es una tonta. ¡Qué simple y qué ridícula es!

DE VUELTA A FRANCIA

UNA NARRACION DE VIAJE DEL CELEBRE ESCRITOR NEGRO

RENATO MARAN

Me marchó, estoy decidido. Voy a emprender el regreso... Hace ocho días, por correo especial, envié mi solicitud de retiro a Kokaya, cabeza del partido de Chari-Logone. Acaban de contestarme que podía ponerme en camino cuando quisiera.

Voy para mi casa... Haré mis maletas esta misma noche...

Estamos al final de la estación seca y en domingo, al medio día. La vacía posta de correos se cuece con el sol blanco. Al igual que si fuese un cementerio en que los cajones hiciesen las veces de mausoleos, la posta se aburre de sentirse tan sola. El campo de guardias mismo, no sabiendo que hacer, duerme al abrigo de sus altas murallas almadenadas.

No se puede salir. Hace demasiado sol. Rojo o blanco, la arena reverbera toda la luz que puede acaparar. Los villorrios, las negras plantaciones que cercan los poblados; las carreteras, caminos y senderos que llevan a estas plantaciones y a estos pueblos, imitan al campo de guardias y duermen el mismo alarmante sueño. Sea leonado, rojo, blanco, amarillo paja, o negro, la arena, la arena, y siempre la arena interminable, reverbera rutilante hasta lo infinito, donde la arena volviéndose arena, va aún, con el viento, hacia otras arenas...

Todo se transtorna. Párpados e ideas adquieren por momentos más pesadez. El cuerpo se anquilosa. Al propio tiempo que parece apartarse de uno mismo, que se vuela poco a poco hacia otro mundo, negro y ligero, donde oyendo y comprendiendo todo lo que pasa y se dice a su alrededor, se encuentra, sin embargo, absolutamente incapaz de moverse, ni de contestar.

Pero al instante, cual si se abriese una trampa, cae uno al hondo de un tétrico pozo negro. La caída sigue, sigue, sigue... De momento, lleno de zozobra, uno trata de remontarse. Agítase. Respira fatigosamente. Cárganse las venas de lavas en fusión, que se expanden y se transforman en sudor. Se quieren abrir los ojos. Pero vano esfuerzo, el sueño los aplasta cual losa de plomo. y acaba uno por resignarse dejándose por fin llevar del hechizo de un negro y placentero sueño...

Repentinamente, uno despierta sobresaltado. ¿Ha soñado? Con el cuerpo molido por el calor, falta de vigor y fuerzas, se decide recorrer con su vista los objetos que le son familiares: perchas cargadas de ropa, la rica mesa llena de libros, sillas, maletas, fotografías...

La cabeza oscila aún, pesada. Los párpados se cierran y los ojos están empañados. Pero las sábanas mojadas por el sudor, con su olor aere, la camisa se pega a la piel y la sed que taladra la garganta, expulsan del lecho al dormilón...

Además el sol ya no calienta tanto, los pajarracos, por el cielo, recomienzan a alternar su vuelo lento, en espiral y planeado. Cabritos, carneros y puercos van a la ventura, buscando plantaciones de patatas o campos de maíz. Las gallinas cloquean y las palomas se arrullan. Por las carreteras, momentos antes desiertas, desde la le-

janía del horizonte donde el viento había lanzado sinuosos remolinos de arena, se revuelven lentamente, cubiertos de polvo—hombres, mujeres y chicos,—pequeños grupos de nómadas que abandonan sus villorrios...

La noche ha llegado...

Hace ya algunas semanas, que he encerrado mis efectos, que los he puesto todo en orden, hecho el inventario de los muebles y de los archivos que debo dejar a mi sucesor. Tan solo mis libros no están aún embalados. Día a día, voy diferiendo ese sacrificio. Voy tomando unos después de los otros y me entretengo en aquellas páginas que había hecho mi delicia, releyendo una vez más las que tantas veces había leído...

Me vuelvo. Ha sido necesario encarcelarlos. Ese acto me ha hecho doler el corazón...

Libros míos, vosotros que sois los únicos amigos que me habéis seguido en esas regiones, perdonad mi sacrilegio. Si os he dulcemente contrariado, ha sido por no separarme jamás de vuestro silencio viviente. Puesto que me seguisteis aquí, no quiero dejaros entre manos de indiferentes. No quiero abandonaros ni a los ratones ni a la polilla, ni a ninguno de estos insectos enemigos que devoran el pensamiento humano o lo reducen a polvo. Tan solo os he aprisionado por el deseo de guardarlos. ¡Perdonadme, perdonadme! Vosotros sabéis bien que soy vuestro servidor; que creo siempre a despecho de aquéllos que os prostituyen, en todas vuestras maravillosas promesas, que hay quien llama milagros... ¡Perdonadme!...

La atmósfera caliente mi rostro cansado y fiebroso. Mis sienas golpean y mis orejas zumban. Mis libros no están más allí. Los he encerrado. Todo mi coraje es cual el de un ahogado que flota a la deriva. Me parece que estoy más solo que nunca...

Han transcurrido los días. Ya estoy a un día de Kokaya. En lo sucesivo, durante horas y horas, tendré que vivir sobre esta ballenera, abandonado al buen gusto de esos "pagayeurs", que se burlarán de mí, tal como tienen costumbre de hacerlo con todos los viajeros que se les confían. Mecerán mi tristeza con sus cantos rasgados y monótonos, mientras que el "capitán" que los gobierna, inmóvil en el timón, taciturno, dirigirá de una orilla a la otra de la corriente, la marcha incierta de mi prisión flotante.

Pese al "chimbeck" de paja trenzada que cuelga desde lo alto de la tienda hinchado con mis bagajes y mi persona, el sol o la lluvia, las *tes-tes* y los mosquitos me incomodarán todos los días...

He cerrado los ojos. Creo que estamos en Kinchassa. Hora, las siete de la mañana. El tren rueda, de Derecha a izquierda, hasta lo infinito, una gran abertura de espacio, la llanura inmensa. Se despliega, sin un árbol, verde inmóvil, plana monótona. Las ruedas huyen sobre los rieles. Iner-

tes, relucientes, y calentados por el sol, se aplastan bajo las ruedas del convoy. Kadakadak... kadakadak... kadakadak... Adormilado, escucho la estrepitosa canción de las ruedas sobre los rieles...

Apariciones fugitivas, una casa de rojos ladrillos cubiertos de tejas, chozas aplastadas con tejambre de rastros, se dibujan al fondo de una avenida en la que, haciendo cerco, los árboles neoplan con la lluvia de su hojarasca serpientes venenosas y formigas rojas.

La locomotora lanza al espacio un adiós breve y estridente. Por ambos lados de las vías, varios negros agitan trapos y gorras. Estamos ya lejos...

El tren rueda, rueda... Diríase que quiere hojadar el horizonte. Arrastradas por la velocidad, nubes de polvo se levantan del estrecho camino, precipitándose en su persecución. Cuando pasa entre paredes de piedra, un clamor vehemente y roncoteo se escucha a un mismo tiempo. Al cruzar un platanar o un bosque de palmeras, violento remolino de hojas muertas revolotean a su alrededor cual vuelo prodigioso de secas mariposas. Atravesando las curvas de algún puente, cual si fuera a hundirse detrás suyo, oyesse gran estrépito de herrajes. Y veloz, veloz, el tren rueda, jadea, silba, huye...

Hay veces, al acercarse algún pueblo, que retiene su forzada marcha. Surgen casas, y negros que a todo correr, se lanzan en su persecución. Gritan, rien, se empujan, tropiezan o se caen en algún charco, y, levantándose, vuelven a correr...

De pronto toma de nuevo impulso. Su velocidad se acelera. Vuelan más numerosas las chispas encendidas. Dispérsase el polvo nuevamente, mezclándose al humo negro, caliente y áspero. Por fin el pueblo entero se hunde detrás de una enorme montaña de roca.

Pasada la roca, a izquierda, a derecha, aún y siempre, hasta donde alcanza la vista, no se ve más que la misma sucesión de llanuras solitarias, no hay más que el eterno tapiz verde, de un verde desesperante, ilimitadas, sin ondulaciones, sin repliegues, sin accidentes, sobre el cual el sol clava sus ardorosos e implacables rayos...

El tren rueda, rueda...

Ahora las montañas han reemplazado a las llanuras. Los bosques coronan con su vegetación las alturas abruptas. El convoy pasa tan pronto bajo la sombra de árboles gigantes, como atraviesa montañas enormes de piedra. Por encima suyo, los hilos telegráficos siguen sus caprichos. El aire está cargado de esencias florales. Y las líneas, de una rama a la otra, lanzan sus puentes suspendidos de verdura fogosa.

Un alto. Hemos llegado a una de las múltiples estaciones que escalan el trayecto entre Kinchassa y Matadi...

El jefe, un senegalés alto y fornido, mientras sigue mascando nuez india, se pone en comunicación telefónica con la estación próxima. Agita una campanilla, hace sonar largamente una trompeta. Podemos partir. La vía está libre...

Apesar de ello el tren no arranca. El maqui-

nista sigue fumando su pipa. Espera al foguista, que ha desaparecido detrás de una empalizada próxima...

Pero al momento, silba la locomotora y se pone el tren en marcha inmediatamente. Los pasajeros toman sus coches al vuelo. Sin embargo el tren vuélvese a parar. La gorra del maquinista ha caído en la vía...

A las cinco de la tarde, allí a lo lejos, en una elevación del terreno se divisa Thysville. Las ruedas siguen huyendo por los rieles. Kadakadak... kadakadak... ka... dak... El tren salva contorneándose innumerables peligros y ahogándose persiste en su loca carrera.

Al declinar el sol dora maravillosamente las brozas. Los pájaros enmudecen. Un reconfortante fresco apacigua la tarde. Los poblados que atravesamos están ya sumidos y silenciosos. Sus habitantes descansan a lo largo de rojas y ahumadas fogatas.

Por fin, un prolongado y estridente silbido desgarrar el aire. Entramos en una estación. Es de noche y los andenes están iluminados con lámparas eléctricas.

Estamos en Thysville... Hace frío...

Estas son las impresiones que inquietan mi espíritu mientras los "pagayeurs" (portadores) cantan. De vez en cuando, arreglan su "pagaie", y hacen avanzar la ballenera donde yo dormito, valiéndose de una larga percha a la cual llaman "tombo". La apoyan cadenciosamente en el fondo arenoso de la ruta de agua que vamos descendiendo, y empujan jadeantes.

Pero ese espectáculo, lo he visto tantas y tantas veces, que ya no me interesa más. Los ademanes y los gestos de los "pagayeurs", me son tan conocidos, que ya ni los miro. Me basta saber que su simultaneidad es tan monótona como el canto de esos hombres que su voz, como los "tombo", se eleva y se baja alternativamente...

¿Que hora será? Y, ¿dónde está Piter, mi perro?

Ves tu, Piter, los hombres son a veces cobardes, ilógicos e infieles.

Tu también, estoy seguro, me tenías tanta estimación como yo a tí. Me seguías por todas partes, sabiamente pegado a mis piernas o a mi sombra. Para seguirme has gastado tus pobres patas por todos los caminos de la subdivisión de Mousananga. Tus bellos ojos respetuosos buscaban la aprobación de los míos. Te acariciaba muy a menudo, rara vez te reñía, inquietábanme tus pequeñas escapatorias, y cuidaba de tu comida. Por esto tú me eras adicto. Comprendías tú muy bien que yo te amaba...

Pues, esa mañana, traídoramente, te llamé. Tú obedeciste enseguida, como tenías costumbre de hacerlo siempre. Por última vez te acaricié, largamente, con tristeza. Moviste tu muñón de cola y me lamiste las manos, para darme gracias.

¡Me lamiste las manos. Y yo iba a darte a otro. Piter, ¡iba a separarme de tí!...

Si tú hubieses nacido en Europa, no hubiera tenido la vergonzosa valentía de dejarte aquí. Pero eres de aquí. El calor, los espacios ilimitados, como también la libre vida de todos los

TIRANDO AL AIRE

por FRAY MOCHO

—Mire don Antonio, que la muchacha lo quiere!... Yo sé lo que le digo... No vé que yo m'he fijao en lo que hace y que ya no soy una nena que se chupa el dedo?... Cuand'una muchacha como ella, tan señorita — porque no es porque sea sobrina de mi marido, pero es muy señorita — dentra a no encontrar nada que le venga bien y hasta echa p'al diario la pollerita e'dominguar, no le quepa duda qu'es porque anda interesando...

—Así será...! Ma... qué quiere que le diga?... lo ho pavura de tute le donne dil paese!... Ho visto tante purquerie!... E dopo... ¿cosa saco io con tuto cuesto de l'inamoramiento...? Macana!

—¿Cómo qué saco? Y qué quiere sacar... Cré qu'el amor es alguna lotería?... Mirenlón al hombre!... Gringo había'e ser pa ser interesado... Si quedrá que le paguen también por tomarle el pulso?... Habráse visto insolente igual!...

—Ma... dícame un poco?... Io me ho meti-

seres nacidos en países cálidos de sol inagotable, son necesarios para tu salud.

Además la Francia está lejos. Habrías tenido que atravesar, para seguirme, regiones inmensas, apestadas, donde pululan infinidad de moscas hostiles a tu raza... Tú tan alegre, tan vivo y tan precipitado, la enfermedad del sueño se hubiera cebado pronto contigo... Tu boca y tu cuello habrían sido en seguida presas por la hinchazón. ¿Después?... Después tu cuerpo extenuándose poco a poco, poco a poco, lo mismo que una brasa encendida apagándose bajo su ceniza.

Te habría visto echarte al lado de tu escudilla llena, sin siquiera molestarte, pese a mis exhortaciones, tocar a la comida.

En fin, un buendía, por la mañana, al levantarme para doblar y guardar mis bagajes y emprender la etapa cotidiana, te habría hallado al pié de mi cama, sobre la estera que me sirve de tapiz, la cabeza alargada, vidriosos los ojos, estiradas las patas...

Pues bien, no he querido yo eso!... He preferido que te quedés ladrando'e a la muerte, sentado en tus patas traseras, en la casa del nuevo amo que te he dado...

Adiós, Piter... Adiós, bello amigo perro... Fuí para tí un buen amo, hasta podría decir un buen padre, — las bestias son siempre los hijos de quienes les aman...

Las sombras del crepúsculo avanzan. Mis "paga-yeurs" continúan su canto, apoyándose en el "tombo" con esfuerzo...

Acamparemos en el próximo banco de arena...

do con la muchacha... Noa é propriamente lei qui si venga in garpone é me fa di euella murisquetite con il vestito... così e così... sorridendo é guardándome con quelli oquione safao é fachéndome ina cusquilería di la gran siefe, propio come si io fosse di leño...? Mira...! Ho pasato con euella donna, la piú dificoiltosa de tute le hore di la mia vita... Bisoña habere ina forza dil diavolo per esere sicuro con euella birbanta di muchacha qui fa bruchare il sangue in euell garpone maledeto! E non é cuesto tuto l'affare ¿sapete?... Dopo ha incominchato ina conversacione con euella maniera così simpática e così calda qui ha de parlare... é ma'fatto venire in cane di filo tremendo!... Propriamente, io, non só ancora un vequio formone mellato é tanta afiladura m'ha fato diventat capache di farle la barba a lo stesso archivescovo... Io vi dico que cuesto non é vita, mia cara signora...! Li non só buono per soffrire tuta questa bruchatura in corpo é restarm; così tranquilo... Sapete bene...? Dun Antonio é dun Antonio, ma per cuesto non é il santo di suo nome.

—Bueno!... Vé?... Eso es amor!... Al fin me ha confesao la partida...! Como lo ha dicho muy bien, usted no es todavía un formón mellao y así le decía yo a la muchacha: "no te aflijás, m'hijija, el hombre es extranjero, pero te ha'ó saber entender..."; y ya vé como no me había equivocado... Una muchacha como esa no es de desperdiciar, don Antonio!... Buena como el pan, hacendosa, ahorrada... y linda com'una bendición!

—Ma... vedi... tuto cuesto mi guasta l'anima, per Baco...! Cuesto é l'affare!

—Pero y si ella no le es indiferente y usted está seguro de que lo quiere, como que por usted dejó al escribiente aquel de la comisaría que le andaba arrastrando l'áala... casese...! Pá que andar con vueltas?

—Ma... cuesto é l'affare, mia signora... io sono amollato da cinque ani in Italia...

—Casao en Italia?... Gringo pillo...! Mirá con la que venís a salirnos aura... Esto sí que se llama llevarse un chasco!... Y por qué no hablaste antes, gringo condenao!

—Io voleva vedere... cosa faceva l'amore miracoloso... Ma... tute le donne hanno le estesa maniera di pensare... l'amore é il matrimonio... e niente altro...!

—Y qué más quedrá este condenao...? Se necesita ser un gringo afilador, pa créz que una muchacha como mi sobrina sea capaz de fijarse en él si no es pa casarse...! Pá qu'estarán los criollos...? Aura mismo le habí'avisar al escribiente que no habías sido lo que parecés... condenao!... Si hasta la facha é'eriminal en tu tierra t'estoy encontrando... verás con qué te has metido a tirar tiros al aire...!

Trad. de J. SERRA.

UNA MUCHACHA

Conozco una muchacha que escandaliza a las mujeres honestas diciendo al presentarles un hijo que tuvo de jovencita:

"Este es mi hijo: a mí no me engañaron. Lo tuve porque quise".

(Las "decentes" se hacen cruces: — ¡Todavía lo dice, la sinvergüenza!)

Yo por primera vez en mi vida he tenido la sensación — una inexplicable sensación de orgullo — de haber hallado en mi camino una mujer.

LA MUJER Y EL TRABAJO

Hay una profunda haraganería en la mujer. Tanto, que, por no trabajar hace imposibles. Si es bonita y pobre, antes que obrera, mujer pública.

Si es de la clase media se dedica a la caza del marido que ha de mantenerla porque dedicarse a una profesión u oficio no le resulta.

Hablo de nuestro país. Y lo notable es que tanto la mujer que vende sus caricias por unos pesos y la niña casada por el interés de tener quien le compre vestidos — prostitutas ambas — tienen la aprobación general.

"Si, la miseria la arrastró el fango..."

¿Cómo! ¿Y entonces, cómo hay tantos hombres que desean su mujercita, argentinos e inmigrantes, trabajadores y buenos que irían a poblar las gobernaciones desiertas? ¿Es qué no hay lugar y pan para todas las mujeres de nuestro país en tanto territorio? ¿Cómo es que hay escuelas sin maestras en los pueblos alejados de la ciudad?

Es que para ser la compañera de un trabajador se necesita plantar la ciudad, ir al campo, a la chocita, a cuidar gallinas y ajarse las manos.

Y entonces, a la que tiene linda carita sobre todo, le resulta sencillamente más cómodo vender su cuerpo y quedarse quietecita en la ciudad, con buenos vestidos y cuidadas manos. Y resulta también más, sonreírle y "afilarse" al consejero escolar para obtener la maestra el puesto en plena ciudad — no por la mejor oportunidad para estudiar — sino porque es demasiado sacrificio ir a la campaña donde no hay "cine".

Haragana, la mujer. Y lo comprueba el hecho de que, pudiendo pagar, no hay ninguna mujer que haga los quehaceres de su casa, cocina y lavado sobre todo. Tiene sirvienta. Y para pagarla el marido cobra más caro el pan y la carne que vende al hombre pobre. De modo que éste se ve doblemente despojado: de su dinero y de la mujer que debió corresponderle naturalmente en este país donde hay lugar y pan para todas las mujeres que no tienen miedo al desierto, ni al vestido de percal, ni a la "quemadura" de sus manos.

Decididamente mientras la mujer no trabaje a placer sino obligada por las circunstancias,

a pesar del sufragio, del divorcio, de la absoluta igualdad civil y política de la mujer, estaremos a mil siglos del bienestar anhelado.

MALAS MUJERES

Eran cuatro lindas muchachas de más de veinte años. Tenían novio a plazo fijo: tres, cuatro años de espera. Es natural. Ellos debían — a costa de esfuerzos — reunir dinero para amueblar confortablemente la casa para la mujer. Solamente con esta condición ellas podían amarlos...

Un hermano de ellas enfermó "de malas enfermedades".

Y era de ver cómo las cuatro lindas muchachas protestaban indignadas contra esas malas mujeres que enferman a los pobres hombres.

Protestaban indignadas sin pensar — ni un momento — que ellas eran las verdaderas culpables de que existan malas mujeres y malas enfermedades.

Protestaban sin acordarse que ellas en su calidad de niñas bien — inútiles para los hombres mientras no les dispongan "una casa confortable" — son las únicas responsables de la prostitución.

Porque si cada mujer a los veinte años fuere útil a un hombre, éste no se vería obligado a buscar malas mujeres — en verdad, buenas — y se librarían del dolor vergonzoso de las malas enfermedades.

LAS UVAS

Hacia dos días que ella le había dicho a media voz, turbada, el secreto que el amado — sano de cuerpo y de alma — esperaba ansiosamente.

Esa tarde fría y ventosa la mujercita dijo:

—Tengo unas ganas de comer uvas...

¿Uvas? Había que conseguirlas a pesar de que el pueblo distaba más de cuatro leguas de la casa y era cercana la noche de viento frío. Era preciso sino... el hijo!

Y partió el hombre a caballo. Regresó de noche, ateridas las manos, con el paquetito de uvas que la mujercita apenas probó.

El hijo — un germen recién — dominaba desde el seno materno.

Dios vió eso y pensó que todo no se había perdido en la tierra, pues el hombre se deja dominar por el hijo que aún no vió...

Amor trompero: cuantas veo cuantas quiero.

Donde hay amor, hay dolor.

Las ropas y los amores, los primeros son los mejores.

En la feria del amor el que más gasta sale peor.

Amor loco yo por vos y vos por otro

Es una aventura juvenil de un pintor paisajista, hoy esclarecido, del cual en su ciudad natal conocen todos la cabellera negra, rizada, en la que apenas si asoma algún hilillo de plata, en la parte de las sienes, y los ojos grandes, azules, llenos de bondad y de tristeza, que pocos han visto reír.

Era entonces una de esas figuras con que soñaban las muchachas leyendo las baladas amorosas de Prati.

Su cabellera evocaba la imagen de los bosques y en sus pupilas había un reflejo de los cielos, que eran el asunto preferente de su pincel airoso. Y le hacía aún más simpático la despreocupación de la propia belleza, que demostraba en el vestir descuidado y en su andar frailuno, con la cabeza inclinada y a pasos largos, como hombre que no tuviese en cuenta los juicios de la mirada humana.

Dió ocasión a la aventura la escuela inesperada de un amigo, antiguo, compañero de colegio, el cual le decía:

“Mi buen amigo:

Desde hace tres meses soy vecino tuyo y desde hace uno me encuentro clavado en la cama a consecuencia de un innoble reumatismo articular. ¿No vendrás a fumarte un cigarrillo al lado del que en otro tiempo sacaba punta a tus lápices?”

El autor de la carta, en efecto, de profesión “ocioso acomodado”, como él se llamaba, y hombre de buen humor, había sido en el colegio uno de los más devotos admiradores del talento naciente del artista, y de esa admiración le solía dar pruebas a diario sacando punta admirablemente a los lápices: arte en el que, según decía, era el único en que esperaba “hacer un nombre”.

Desde hacía un año se habían perdido de vista, un poco por casualidad y un poco más porque el pintor era un trabajador asiduo, refractario por naturaleza a las compañías alegres, con las que chocaba su rostro pálido y triste, y se encontraba descentrado su espíritu grave de puritano, que no gustaba de las conversaciones licenciosas de la juventud. Pero el “sacador de puntas”, no obstante su índole ligera y su vida pecaminosa, le había sido siempre simpático por su franca cordialidad de buen muchacho.

Por eso, apenas leyó la carta, salió de su casa para ir a verle.

Vivía en la calle de Alberto Nota, cerca de él, en una casita elegante, habitada únicamente por algunas familias distinguidas.

Así que entró en el portal, al mirar hacia la

portería, que se hallaba a la izquierda de la escalera, con la puerta abierta, se detuvo maravillado. Sentada delante de una mesita de costura, con la cara vuelta hacia él había una muchacha que al principio le pareció una señorita del piso principal que hubiese bajado por alguna circunstancia extraordinaria. Pero estaba cosiendo: no podía ser más que la hija del portero.

Tenía la carita pálida, de carne nívea, encuadrada de ricillos castaños e iluminada por dos ojos celestes limpidísimos; cara admirable por la finura y armonía de las líneas, aunque algo pequeña en relación con la amplitud matronal de los hombros, la cual hacía parecer más fino estalle esbelto y gracioso, sobre el que se erguía como una amazona.

Todos, en nuestra juventud hemos visto uno de esos rostros de mujer que nos producen un sentimiento de estupor como si respondiesen a un ideal secreto, y los cuales parece que vemos que nos dicen, al encontrarnos con ellos: —Soy la que tú buscas, y tú el que yo espero.

El pintor se detuvo a mirar a la muchacha, como si se hubiese oído llamar por su nombre.

Los ojos de ella se clavaron en los de él, se dilataron y brillaron como expresando su mismo sentimiento; luego volvieron a fijarse en la costura.

El pintor encontró a su amigo en cama, ya más aliviado, y su cara alegre y bonachona, su charla explosiva de colegial, y más que nada el aspecto extraño de la alcoba, con todas las paredes cubiertas de retratos de mujeres, y sobre una mesa periódicos festivos, novelas eróticas, y cigarrillos por todos lados, le distrajo durante un cuarto de hora; pero luego

la carita que había visto en la portería aparecióse delante de los ojos como reflejada por un espejo.

Y habría querido hablar a su amigo de ella para averiguar algo, pero el temor de una broma intempestiva o de alguna noticia que pudiera empañar su simpatía triunfó de la curiosidad.

Volvió a la misma hora al día siguiente; volvió, con alegre asombro del enfermo, todos los días. Y al entrar y al salir, veía siempre a la porterita, sentada ante la mesita de costura, sola las más de las veces, y algunas en compañía de una mujer cuarentona, ya canosa, que tenía con ella un parecido delator — su madre, sin duda — y por la cual supo un día el nombre de la muchacha, a la que llamaba desde el patio: *Georgina*.

Y cada vez que pasaba encontraba la mirada



de aquellos hermosos ojos azules que, clavándose en los suyos, se dilataban, brillaban y luego volvían a inclinarse sobre el trabajo.

¡Cosa singular! En aquel rostro bellísimo, en que debían haber centelleado la alegría y la soberbia juvenil, había una expresión de melancolía que se adivinaba que no era pasajera, sino habitual y de origen no reciente; y no sólo de melancolía, sino como de quien se resigna, sin esperanza, a una desventura, de una soledad desconsolada del alma y casi de una humildad dolorosa.

El misterio alimentó la llama, que al cabo de pocos días fué llama devoradora.

Para tener un pretexto para hablarle escribió a su amigo cuatro líneas, diciéndole que, con mucho sentimiento, no podía hacerle aquel día la acostumbrada visita, pero que volvería al día siguiente. Con la carta en la mano llegó al portal, se asomó a la portería y dijo a la muchacha:

—Señorita, hoy no tengo tiempo de subir a casa de mi amigo... ¿Querría usted hacerme el favor de hacerle entregar esta carta?

Y entró para dejarla sobre el costurero.

La joven, que estaba sentada trabajando, como siempre, hizo, al aproximarse él, un movimiento de repulsión con la cabeza y con el busto, y le miró con zozobra, como si temiera que viesse en la habitación algo que tratase de ocultar.

—¿Un novio escondido! — pensó el pintor.

Y miró en torno. Pero no había nadie, ni mueble alguno tras el cual pudiese ocultarse alguien. Entonces, retrocediendo hasta la puerta, murmuró con voz tímida y acariadora:

—He cometido una indiscreción entrando sin pedir permiso... Perdóneme, señorita.

La muchacha se ruborizó, pero no contestó.

El joven repitió con mayor dulzura:

—Perdóneme.

Hizo ella un ligero signo de asentimiento y sonrió levemente, mirándole con ojos suavísimos, que casi en seguida se desviaron; respiraba con ansiedad, como si estuviera agitada por el deseo impaciente de verle salir y al mismo tiempo se hallase satisfecha de que hubiera entrado sin descubrir nada.

Esperó el joven que volviera a mirarle y entonces le dijo:

—¿Qué bonita es usted!...

Pero casi sin pronunciar las palabras, haciéndose comprender por el movimiento de los labios.

Oyó ella, no obstante; su semblante resplandeció, y luego inclinó la frente ensombrecida, como presa de una tristeza imprevista.

Tres días después volvió a recurrir al pretexto de la carta; pero esta vez fué más atrevido. Al entrar en el portal oyó un hilillo de voz armoniosa, una vocecilla de pajarito solitario, que parecía venir de lejos y que cantaba una canción melancólica, de la cual no consiguió coger la letra porque cesó de pronto al acercarse a ella.

Entrególe la carta, y después de un breve silencio le preguntó:

—¿Era la de usted la linda voz que he oído?...

La muchacha bajó la cabeza sin contestar.

Significó otro momento de silencio, que él rompió para decir con ternura:

—Trabaja usted demasiado, señorita..., y siempre aquí, sentada junto a esa mesa... Aún no la he visto una vez descansando.

Luego añadió, con un acento que la estremeció:

—Me da pena.

Ella respondió al fin, pero sin mirarle.

—Trabajo por necesidad... — dijo con voz de niña cansada — ...y por gusto.

—También descansar es una necesidad — replicó el joven. — Me gustaría verla paseando alguna vez. ¡Mire qué sol tan hermoso! Levántese y dése una vuelta por el patio... ¡Nunca la he visto de pie!

Al oír estas palabras, la muchacha tuvo un temblor visible y su rostro se turbó, como si hubiera sentido un pinchazo en el corazón.

—¿Le he dicho algo molesto?... — preguntó el pintor, estupefacto.

—¡Oh, no! — respondió ella prontamente, con acento dulce. — ¿Por qué?... Nada de eso...

Y quedó como afligida y avergonzada; pero, hasta en aquella turbación, las rápidas miradas que de vez en cuando le dirigía expresaban una simpatía tan cálida y una gratitud tan profunda, que al marcharse él iba con el corazón conmovido como por una explícita declaración de amor.

Y su pasión creció más todavía, estimulada por la curiosidad de un misterio que él vislumbraba vagamente, como en el aire, y tanta fuerza adquirió, que se sintió obligado a hacerla salir de una vez de su corazón, cualesquiera que fuesen las consecuencias que pudiesen sobrevenir por su acto. Era la suya una de esas naturalezas ardientes y sencillas, muy frecuentes entre los artistas y los estudiosos solitarios, sin experiencia del mundo ni aun en la edad madura, las cuales, cuando el amor las hiere profundamente por vez primera, pasan por encima de todas las razones de interés o conveniencia, y contraen esos matrimonios precipitados e increíbles que comentan las gentes de su mundillo y se clasifican de locuras escandalosas; de esos hombres para los cuales no hay ni alturas ni bajezas sociales; que ven en la criatura amada ni aun la más evidente indignidad moral; que se casan de golpe y porrazo, rebelándose a los consejos o impedimento de los parientes y amigos, con la hija coqueta de la patrona de su casa de huéspedes, con la costurera analfabeta, con la modelo aventurera; y no por impulso ciego del deseo sensual, sino por amor verdadero e indomable, porque su imaginación ingenua ve todas las virtudes del alma, todos los refinamientos de la educación, todas las seguridades de una felicidad completa en la persona de que se han enamorado.

El pintor quizás habría tardado aún algo en declararse, pero le obligó a hacerlo antes el hecho de que, habiéndose restablecido su amigo y teniendo el propósito de pasar el verano en el campo con su familia, ya no tenía pretexto, una vez ausente aquél, para volver a la casa, y quería, antes de entrar en ella sin excusa, tener la certidumbre de que no lo haría inútilmente.

El día antes de la marcha fué a visitarle por última vez, resuelto a declararse francamente a la muchacha, pero obligarla de ese modo, si guar-

daba algún secreto que la separase de él, a que lo descubriera.

Se hallaba Georgina en el sitio de costumbre, atenta, como siempre, a su trabajo; pero con un vestido nuevo de color violeta con puntitos blancos, sencillito y modesto, que realzaba aún más la gracia estupenda de su persona y que parecía que hubiese sido estrenado adrede, adivinando su propósito, para festejar su declaración amorosa.

Conmovidó como estaba, porque comprendía en su conciencia de hombre honrado a lo que podía conducirle aquel paso, la vió casi a través de una niebla, más bonita y más graciosa que le había parecido nunca, con los ojos más grandes y más claros, y como puestos en lontananza.

Se dirigió a la puerta resueltamente, y después de haber titubeado un poco, empezó con la frase más vulgar de este mundo:

—¿Cómo está usted?

No fué menos vulgar la contestación:

—Bien, gracias, ¿y usted?

Pero lo mismo en el semblante de él que en el de ella relampagueaba el preludio del drama.

El pintor saltó el foso.

—Permítame que le diga una cosa, — balbuceó con voz temblorosa, — y no lo tome a mal. No se lo digo obedeciendo a un capricho, sino con toda seriedad y con todo el corazón.

Georgina se puso pálida, y fijó en él una mirada que revelaba el presentimiento de un dolor; pero el joven no veía ya nada, y prosiguió:

—Permítame que le diga, señorita, que es usted muy bella; que es la gracia y la belleza en persona...; que he venido siempre, con la excusa de visitar a mi amigo, tan sólo por verla... y que me palpita el corazón cuando paso por delante de esta puerta..., y que ahora, mientras le estoy hablando, tiemblo como un chiquillo... — déjeme acabar... — y que si no temiese ofenderla, llenaría de besos esas pobres manitas blancas que tanto trabajan y esos ojos tan buenos y tan tristes, que me tienen hechizado...

El rostro de la muchacha se iluminó de placer y luego se contrajo en una expresión de dolor. Y respondió en voz baja:

—¡No me diga eso!

—¿Es que se figura que no hablo seriamente? — le preguntó el joven con ansiedad. — ¿No me considera un hombre honrado?

Esta última pregunta pareció que le oprimía a ella más fuertemente el corazón, y se apresuró a decir, con afán infantil:

—¡Oh, sí, sí!... Pero no me diga eso... No me diga nada, se lo ruego; no me haga sufrir... ¡por favor!

Y como aniquilada por la emoción, apoyó un codo sobre la mesita y dejó caer la cabeza sobre la palma de la mano; y así permaneció, anhelante y temblando, con el rostro demudado y con la mirada fija en el suelo, como aterrada.

El joven la miró por espacio de unos momentos, atónito, perplejo. Luego murmuró:

—Perdóneme, señorita... He sido demasiado... La dejo por algunos minutos... Repóngase... Volveré.

Sorprendido y confuso más que nunca, y vibrante todavía por la emoción amorosa, subió ca-

si corriendo la escalera, decidido esta vez a interrogar francamente a su amigo, al que encontró atareado en los preparativos de viaje, en medio de un gran desorden de trajes y ropa blanca y envuelto en una nube de humo de cigarrillos. Pero al verle tan alegre, con aquella cara resplandeciente de hombre feliz, en la que se revelaba el placer intenso por volver, después de dos meses de clausura, a su antigua vida de goces, de nuevo le contuvo el pudor altivo de su pasión, y también el temor, sentido ya antes, de averiguar algo que, descubriendo el misterio, humillase su amor propio y le arrancase brutalmente la ilusión querida.

Después de haber cerrado una maleta, sin cesar en su charla jovial, su amigo se sentó a una mesita donde había un montoncito de billetes de banco preparados para saldar las cuentas antes de emprender el viaje; y se puso a repartirlos, indicando con palabras de buen humor a quién estaba destinada cada cantidad.

—Esto para el caritativo comendador que me da albergue... Esto para el sastre que me viste... y que me desnuda... Esto para el médico que me ha conservado a la admiración de mis contemporáneos...

Y así sucesivamente.

Por último, tomó el postrer billete de veinticinco liras que quedaba, y agitándolo ante uno de sus ojos, que guiñó misteriosamente, añadió en voz baja:

—Y esto para la bella Georgina, por un motivo secreto... que la discreción me prohíbe decir.

El pintor sintió que la sangre se agolpaba a su cerebro, como si hubiese recibido un insulto.

—¿Georgina! ¿La hija de la portera?

—Ella misma, — respondió el amigo, que continuó sonriendo malicioso. — ¡Ah! ¿Tú también la conoces? Es extraño que no me hayas hablado de ella nunca. ¿Y qué es lo que te asombra? ¿Acaso que la cantidad te parece modesta para una muchacha tan bonita? Los otros no le dan más. Es la cifra convenida. ¿Y por qué no has de ser tú del número? Palabra de honor que nunca habrás empleado mejor tu dinero.

El pintor palideció; en poco estuvo que no se le escapara un grito. Con voz sofocado preguntó:

—¿Pero es posible?

El amigo se le quedó mirando, atónito.

—¡Ah! — exclamó luego, riéndose. — No, no es lo que te figuras... ¡Diablo!... Veo que no estás enterado... Se trata de una subscripción que hacemos los inquilinos de la casa para que el ortopédico Rota le construya una pierna artificial a la pobre muchacha, que hace tiempo la desea: doscientas liras, último modelo perfeccionado, con sus buenas articulaciones de acero y su pieccecito calzado; una maravilla que le servirá como una pierna viva... ¡Pero qué cara poner!... Seguramente no has advertido que no tiene más que una pierna, la pobre niña... ¿No?... ¡Claro!... ¡Como sólo has venido a las horas en que está sentada trabajando!... ¡Pobre Georgina!... Hace diez años, cuando tenía ocho nada más, se cayó de una ventana del primer piso... Hay quien dice que la caída fué de una escalera en la

de aquellos hermosos ojos azules que, clavándose en los suyos, se dilataban, brillaban y luego volvían a inclinarse sobre el trabajo.

¡Cosa singular! En aquel rostro bellissimo, que debían haber centelleado la alegría y la soberbia juvenil, había una expresión de melancolía que se adivinaba que no era pasajera, sino habitual y de origen no reciente; y no sólo de melancolía, sino como de quien se resigna, sin esperanza, a una desventura, de una soledad desconsolada del alma y casi de una humildad dolorosa.

El misterio alimentó la llama, que al cabo de pocos días fué llama devoradora.

Para tener un pretexto para hablarle escribió a su amigo cuatro líneas, diciéndole que, con mucho sentimiento, no podía hacerle aquel día la acostumbrada visita, pero que volvería al día siguiente. Con la carta en la mano llegó al portal, se asomó a la portería y dijo a la muchacha:

—Señorita, hoy no tengo tiempo de subir a casa de mi amigo... ¿Querría usted hacerme el favor de hacerle entregar esta carta?

Y entró para dejarla sobre el costurero.

La joven, que estaba sentada trabajando, como siempre, hizo, al aproximarse él, un movimiento de repulsión con la cabeza y con el busto, y le miró con zozobra, como si temiera que viesse en la habitación algo que tratase de ocultar.

—¡Un novio escondido! — pensó el pintor.

Y miró en torno. Pero no había nadie, ni mueble alguno tras el cual pudiese ocultarse alguien. Y entonces, retrocediendo hasta la puerta, murmuró con voz tímida y acariiciadora:

—He cometido una indiscreción entrando sin pedir permiso... Perdóneme, señorita.

La muchacha se ruborizó, pero no contestó.

El joven repitió con mayor dulzura:

—Perdóneme.

Hizo ella un ligero signo de asentimiento y sonrió levemente, mirándole con ojos suavísimos, que casi en seguida se desviaron; respiraba con ansiedad, como si estuviera agitada por el deseo impaciente de verle salir y al mismo tiempo se hallase satisfecha de que hubiera entrado sin descubrir nada.

Esperó el joven que volviera a mirarle y entonces le dijo:

—¡Qué bonita es usted!...

Pero casi sin pronunciar las palabras, haciéndose comprender por el movimiento de los labios.

Oyóla ella, no obstante; su semblante resplandeció, y luego inclinó la frente ensombrecida, como presa de una tristeza imprevista.

Tres días después volvió a recurrir al pretexto de la carta; pero esta vez fué más atrevido. Al entrar en el portal oyó un hilillo de voz armoniosa, una vocecilla de pajarito solitario, que parecía venir de lejos y que cantaba una canción melancólica, de la cual no consiguió coger la letra porque cesó de pronto al acercarse a ella.

Entrególe la carta, y después de un breve silencio le preguntó:

—¿Era la de usted la linda voz que he oído!...

La muchacha bajó la cabeza sin contestar.

Siguió otro momento de silencio, que él rompió para decir con ternura:

—Trabaja usted demasiado, señorita..., y siempre aquí, sentada junto a esa mesa... Aún no la he visto una vez descansando.

Luego añadió, con un acento que la estremeció:

—Me da pena.

Ella respondió al fin, pero sin mirarle.

—Trabajo por necesidad... — dijo con voz de niña cansada — ...y por gusto.

—También descansar es una necesidad — replicó el joven. — Me gustaría verla paseando alguna vez. ¡Mire qué sol tan hermoso! Levántese y dése una vuelta por el patio... ¡Nunca la he visto de pie!

Al oír estas palabras, la muchacha tuvo un temblor visible y su rostro se turbó, como si hubiera sentido un pinchazo en el corazón.

—¿Le he dicho algo molesto?... — preguntó el pintor, estupefacto.

—¡Oh, no! — respondió ella prontamente, con acento dulce. — ¡Por qué?... Nada de eso...

Y quedó como afligida y avergonzada; pero, hasta en aquella turbación, las rápidas miradas que de vez en cuando le dirigía expresaban una simpatía tan cálida y una gratitud tan profunda, que al marcharse él iba con el corazón conmovido como por una explícita declaración de amor.

Y su pasión creció más todavía, estimulada por la curiosidad de un misterio que él vislumbraba vagamente, como en el aire, y tanta fuerza adquirió, que se sintió obligado a hacerla salir de una vez de su corazón, cualesquiera que fuesen las consecuencias que pudiesen sobrevenir por su acto. Era la suya una de esas naturalezas ardientes y sencillas, muy frecuentes entre los artistas y los estudiosos solitarios, sin experiencia del mundo ni aun en la edad madura, las cuales, cuando el amor las hierde profundamente por vez primera, pasan por encima de todas las razones de interés o conveniencia, y contraen esos matrimonios precipitados e increíbles que comentan las gentes de su mundillo y se clasifican de locuras escandalosas; de esos hombres para los cuales no hay ni alturas ni bajezas sociales; que nacen en la criatura amada ni aun la más evidente indignidad moral; que se casan de golpe y porrazo, rebelándose a los consejos o impedimento de los parientes y amigos, con la hija coqueta de la patrona de su casa de huéspedes, con la costurera analfabeta, con la modelo aventurera; y no por impulso ciego del deseo sensual, sino por amor verdadero e indomable, porque su imaginación ingenua ve todas las virtudes del alma, todos los refinamientos de la educación, todas las seguridades de una felicidad completa en la persona de que se han enamorado.

El pintor quizás habría tardado aún algo en declararse, pero le obligó a hacerlo antes el hecho de que, habiéndose restablecido su amigo y teniendo el propósito de pasar el verano en el campo con su familia, ya no tenía pretexto, una vez ausente aquél, para volver a la casa, y quería, antes de entrar en ella sin excusa, tener la certidumbre de que no lo haría inútilmente.

El día antes de la marcha fué a visitarle por última vez, resuelto a declararse francamente a la muchacha, para obligarla de ese modo, si guar-

daba algún secreto que la separase de él, a que lo descubriera.

Se hallaba Georgina en el sitio de costumbre, atenta, como siempre, a su trabajo; pero con un vestido nuevo de color violeta con puntitos blancos, sencillo y modesto, que realzaba aún más la gracia estupenda de su persona y que parecía que hubiese sido estrenado adrede, adivinando su propósito, para festejar su declaración amorosa.

Conmovido como estaba, porque comprendía en su conciencia de hombre honrado a lo que podía conducirlo aquel paso, la vió casi a través de una niebla, más bonita y más graciosa que le había parecido nunca, con los ojos más grandes y más claros, y como puestos en lontananza.

Se dirigió a la puerta resueltamente, y después de haber titubeado un poco, empezó con la frase más vulgar de este mundo:

—¿Cómo está usted?

No fué menos vulgar la contestación:

—Bien, gracias, ¿y usted?

Pero lo mismo en el semblante de él que en el de ella relampagueaba el preludio del drama.

El pintor saltó el foso.

—Permítame que le diga una cosa, — balbuceó con voz temblorosa, — y no lo tome a mal. No se lo digo obedeciendo a un capricho, sino con toda seriedad y con todo el corazón.

Georgina se puso pálida, y fijó en él una mirada que revelaba el presentimiento de un dolor; pero el joven no veía ya nada, y prosiguió:

—Permítame que le diga, señorita, que es usted muy bella; que es la gracia y la belleza en persona...; que he venido siempre, con la excusa de visitar a mi amigo, tan sólo por verla... y que me palpita el corazón cuando paso por delante de esta puerta... y que ahora, mientras le estoy hablando, tiemblo como un chiquillo... — déjeme acabar... — y que si no temiese ofenderla, llenaría de besos esas pobres manitas blancas que tanto trabajan y esos ojos tan buenos y tan tristes, que me tienen hechizado...

El rostro de la muchacha se iluminó de placer y luego se contrajo en una expresión de dolor. Y respondió en voz baja:

—¡No me diga eso!

—¿Es que se figura que no hablo seriamente? — le preguntó el joven con ansiedad. — ¡No me considera un hombre honrado!

Esta última pregunta pareció que le oprimía a ella más fuertemente el corazón, y se apresuró a decir, con afán infantil:

—¡Oh, sí, sí!... Pero no me diga eso... No me diga nada, se lo ruego; no me haga sufrir... ¡por favor!

Y como aniquilada por la emoción, apoyó un codo sobre la mesita y dejó caer la cabeza sobre la palma de la mano; y así permaneció, anhelante y temblando, con el rostro demudado y con la mirada fija en el suelo, como aterrada.

El joven la miró por espacio de unos momentos, atónito, perplejo. Luego murmuró:

—Perdóneme, señorita... He sido demasiado... La dejo por algunos minutos... Repóngase... Volveré.

Sorprendido y confuso más que nunca, y vibrante todavía por la emoción amorosa, subió ca-

si corriendo la escalera, decidido esta vez a interrogar francamente a su amigo, al que encontró atareado en los preparativos de viaje, en medio de un gran desorden de trajes y ropa blanca y envuelto en una nube de humo de cigarrillos. Pero al verle tan alegre, con aquella cara resplandeciente de hombre feliz, en la que se revelaba el placer intenso por volver, después de dos meses de clausura, a su antigua vida de goces, de nuevo le contuvo el pudor altivo de su pasión, y también el temor, sentido ya antes, de averiguar algo que, descubriendo el misterio, humillase su amor propio y le arrancase brutalmente la ilusión querida.

Después de haber cerrado una maleta, sin cesar en su charla jovial, su amigo se sentó a una mesita donde había un montoncito de billetes de banco preparados para saldar las cuentas antes de emprender el viaje; y se puso a repartirlos, indicando con palabras de buen humor a quién estaba destinada cada cantidad.

—Esto para el caritativo comendador que me da albergue... Esto para el sastre que me viste... y que me desnuda... Esto para el médico que me ha conservado a la admiración de mis contemporáneos...

Y así sucesivamente.

Por último, tomó el postrer billete de veinticinco liras que quedaba, y agitándolo ante uno de sus ojos, que guiñó misteriosamente, añadió en voz baja:

—Y esto para la bella Georgina, por un motivo secreto... que la discreción me prohíbe decir.

El pintor sintió que la sangre se agolpaba a su cerebro, como si hubiese recibido un insulto.

—¿Georgina! ¿La hija de la portera?

—Ella misma, — respondió el amigo, que continuó sonriendo malicioso. — ¡Ah! ¿Tú también la conoces? Es extraño que no me hayas hablado de ella nunca. ¿Y qué es lo que te asombra? ¿Acaso que la cantidad te parece modesta para una muchacha tan bonita? Los otros no le dan más. Es la cifra convenida. ¿Y por qué no has de ser tú del número? Palabra de honor que nunca habrás empleado mejor tu dinero.

El pintor palideció; en poco estuvo que no se le escapara un grito. Con voz sofocado preguntó:

—¿Pero es posible?

El amigo se le quedó mirando, atónito.

—¡Ah! — exclamó luego, riéndose. — No, no es lo que te figuras... ¡Diablo!... Veo que no estás enterado... Se trata de una subscripción que hacemos los inquilinos de la casa para que el ortopédico Rota le construya una pierna artificial a la pobre muchacha, que hace tiempo la desea: doscientas liras, último modelo perfeccionado, con sus buenas articulaciones de acero y su piececito calzado; una maravilla que le servirá como una pierna viva... ¡Pero qué cara poner!... Seguramente no has advertido que no tiene más que una pierna, la pobre niña... ¿No?... ¡Claro!... ¡Como sólo has venido a las horas en que está sentada trabajando!... ¡Pobre Georgina!... Hace diez años, cuando tenía ocho nada más, se cayó de una ventana del primer piso... Hay quien dice que la caída fué de una escalera en la

que su padre le dió una patada estando borracho; el padre era un bruto que reventó. Pero yo soy optimista y quiero creer en lo de la ventana del primer piso... Total, una fractura horrible del fémur... Fué preciso amputarle la pierna por el muslo, a cuatro dedos de la articulación..., y por milagro se salvó.

Calló un instante. Luego, dando siempre vueltas por la habitación en busca de ropas que meter en las maletas, prosiguió:

—Hace diez años que se vale de las muletas. ¡Qué lástima! ¡Si vieras, aun con muletas, qué hermosa figura! Hasta que fué mayorcita, según dicen, soportó su desgracia valerosamente, hasta con alegría... Bajaba las escaleras corriendo, apoyando una muleta en los peldaños y haciendo correr la otra por el pasamanos, con una rapidez que aturdió, y se pasaba el día cantando como un pajarillo. ¿Has oído alguna vez su voccecita?... Pero, luego, con la pubertad le entró una tristeza que causa lástima. Entonces fué, por lo visto, cuando se dió cuenta de toda su desgracia. ¿Se puede imaginar una burla más cruel de la suerte? ¡Mutilar a una criatura tan hermosa y perfecta como esa! Y es buena como el pan, y trabajadora... Gracias a ella, que se pasa diez horas al día cosiendo con una habilidad poco común, se mantiene su madre. Hay que agregar que ha leído mucho, que ha estudiado ella sola y que sabe muchas cosas. Debido a la desgracia, se ha dado a sí misma una educación de señorita. ¡Pero qué desdicha la suya!...

Cerró otra maleta, encendió un cigarrillo y reanudó la tarea y la charla.

—Mucho más infeliz por ser tan bonita... porque precisamente la belleza le hace sentir con mayor intensidad la mutilación. Gustar a todos y no ser querida por nadie es una gran tristeza. No llora delante de la gente, pero la hace llorar una palabra, una mirada que le dirijan en la calle, cualquier nimiedad, a veces noches enteras, según dice su madre. Su único consuelo es engañar, cuando está sentada en la portería, a los desconocidos que pasan, y recibir de cuando en cuando una mirada de amor de los que ignoran... lo que le falta. Camina lo menos posible. Tiene escondidas las muletas en un rincón de la habitación, a la izquierda de la puerta, para que no las vean los que suben y bajan... ¡Una mártir!... Tendrá una juventud breve. ¡Pero es muy bonita, destino infame, muy bonita! Ya me tarda verla con la pierna de Rota, derecho como un huso, con su talle de reina. ¡Será una cosa espléndida! Y al menos tendrá el consuelo de engañar a la gente por las calles, de hacerse admirar por todos, sin mezcla de compasión, su belleza de ángel fulminado... con seguridad que cada vez que salga del brazo de su madre la seguirá una procesión de pretendientes.

Al oír las primeras palabras de su amigo, el pintor había sentido un estremecimiento de horror y de angustia, como si en aquel mismo momento hubiera visto caer la carne de la pobre muchacha bajo el hierro ensangrentado del cirujano. Luego quedó inmóvil y mudo, imposible en apariencia, como si aquel hierro imaginario hubiese cortado de un golpe su pasión también, y

nada ya lo pudiera conmover de cuanto se le dijese respecto a aquella desventurada. Y no profirió ya más palabras que las precisas para despedirse del amigo estupefacto.

Pero al hallarse en el descansillo de la escalera, asaltado por una multitud violenta de pensamientos opuestos, se detuvo asustado; y hubo de bajar lentamente, deteniéndose de vez en cuando, haciendo esfuerzos para esclarecer su conciencia, apaciguar el ánimo y componer el semblante antes de pasar por delante de la puerta. Su amor se había extinguido... ¿Y por qué? ¿Qué había sido entonces aquel amor? ¿Qué es lo que había amado? La causa que mataba su amor ¿no habría debido aumentarlo, si hubiera tenido un alma verdaderamente noble y buena?

Cruzó por su mente una idea sublime, que debería haber agitado su corazón; pero ni siquiera se atrevió a medir con el pensamiento aquella altura. Buscó, se representó en la imaginación la realidad secreta y material de la desventura, y se alejó de ella estremecido.

—¡No! — exclamó en su corazón. — ¡Es imposible!

Y con esta palabra impuso silencio a su conciencia, que se calló sumisa, pero más confusa que convencida. Luego sintió un consuelo al notar que su pasión se disolvía en un sentimiento tranquilo de ternura y piedad infinitas.

Una tentación vil, sin embargo, le asaltó en los últimos peldaños de la escalera: la de salir sin que le viera, furtivamente. Pero un impulso imperioso del corazón le condujo hacia la puerta, en la que se encontró casi apesar suyo, inconscientemente, con el sombrero en la mano, antes de haber pensado ni una sola palabra de lo que iba a decir.

Apenas le vió, pareció como si Georgina leyese en su semblante que *lo sabía*.

El joven la miró, leyó en sus ojos ese pensamiento, y comprendió que toda disimulación era inútil.

—Señorita — le dijo con voz angustiada y con una mirada vaga, errante, alrededor de su persona, — mi amigo se va mañana. Tal vez... por algún tiempo... no tendré ocasión de verla. Acuérdesse de mí alguna vez... Yo me acordaré de usted toda mi vida.

Si el significado de las palabras le hubiera podido dejar una sombra de duda, se la habrían disipado el acento y el temblor de los labios con que fueron pronunciadas. Eran una despedida.

Georgina palideció, dejó rodar dos gruesas lágrimas, que fueron a caer sobre la costura que tenía entre las manos, y le miró con una expresión de tan desconsolada tristeza que él se lanzó para aferrarle la cabeza y besarla en la frente; pero el ruido de pasos en el zaguán le contuvo. Entonces se volvió hacia el rincón de la izquierda de la puerta, se apoderó con ambas manos de las muletas, las besó por dos veces, y las volvió a dejar.

La muchacha se cubrió el rostro con las dos manos y se echó a llorar.

Y él huyó, perseguido por el eco del desesperado sollozo.

AMOR GAUCHO

Por NEMESIO TREJO

—Mirá, m'hijito, a mí no me vengás con agachadas de tero, porque soy viscacha vieja. No te vas a crér que porque me vés desarreglada como nido é curancho soy de las que se arrean a chillidos. A güenas soy más mansa que vaca tumbera, pero a malas soy como cerco e tenca, que el que quiere agarrar sale arañao.

—Pero, doña Tomasa, usté ha tomao otra vía o ha llegao en el segundo tren. Yo le he declarao mis relaciones con su hija porque quiero cair a su querensia por mis cabales y no aguaitándome detrás del rancho como sorro dañino. Quiero venir cortando el viento e la laguna en las mañanas coquetas de febrero y atar mi pingo reseloso en la tranquera, pa' que Petrona me al-

me que no te cráiga y apuntá pa otro lao porque aquí has errao el tiro.

—Pucha que había sido desconfiada, parece mula tuerta. Pregúntele a Petrona que está presente, sino le he dicho lo mesmo a ella, que la quiero con tuita la fuerza el querer; que si usté no se oponía, enlazábamos el cariño é los dos, rumbiábamos pal cevil, después a la capilla y por último a un rancho pa darle la alegría que necesita y vestirla con las galas de su hermosura pa envidia e los vecinos.

—Que gracia, cantar sabiendo. Es claro, qué va desir la muchacha, almariada con el rosío e las mentiras? seguirte el compás, agacher los ojos y frunsir la jeta. Pero en fin, mirá pa que



cance un amargo, que pa' mí será más dulce que la gloria, ande los angelitos se lamben de gusto. Quiero que tuito el pago sepa que yo no soy un gaucho pintor que vengo a gloriar el flete pa' cautivar corasones. No, doña Tomasa; vengo a dejarle empeñao mi cariño a esa prenda vengo a desirle que si anduvo mañeriando mi pasión al prinsipio, el juego é sus ojastos la castigó de tal modo, que aa quedao más mansa que el agua el arroyo y ansina se lo vengo a traír como reliquia santa pa' que la junte con la suya y la cuelgue en el altar de sus amores.

—Eso sí, pa refranar no hay quien te pise el poncho. Paresés el maestro é escuela, que cuando se pone a hablar hay que destender las camas. Mirá, Desiderio, a las moscas tiernas las podéis embolicar porque les falta un güeso, que es la última muela, pero a mí que tengo callo en una oreja de sentir retahilas amorosas, no, m'hijito. Vos te venís refalando como ternero en la berranca pa meter el ocico, y como te conosco el juego, porque traís la taba cargada, dispensá-

vías que no soy de casta de indio, te voi a decir lo siguiente: — la muchacha se ha levantao a mí lao inocente y güena como esos pollitos al lao e su madre. No tiene más malisia que la que le has despertao vos con tu babia; así es que si ella está conforme en atenderte que lo diga y te dejaré que en vez de rondiar el alambrao dentrés a matiar de cuando en cuando.

—Y qué desís, Petrona, vos a todo estof

—Que si mi madre quiere yo también quiero.

—Hay tiene, doña Tomasa.

—Es claro, porque l'has enseñao, pedaso e picaro. Bueno quiérnase. Pero mirá, Desiderio, no vengás a calentar mucho tiempo el nido, porque te voy a poner sal debajo el banco. La capilla no está lejos, el fraile hareganiando siempre está deseando que le caigan casorios, de manera que durasno pelao, caroso ajpera.

—Entonces nos casaremos después de la trilla.

—Güeno y ya ves como no soy tan mala.

—Sí ya lo sabía yo que amasando con güena levadura se iba a levantar la masa.

—Sí; fiate no más del santo y no le resés.

Están todos sentados en el patio de casa,
y todos en silencio piensan quizá en lo mismo;
los viejos en sus días de juventud, de novios;
los muchachos ¡quién sabe en qué amores!

Desde arriba la luna los contempla insensible
mientras los va bañando con sus rayos ambi-
[gnos;
y yo aquí, en mi cuartujo, hago—perdiendo el
[tiempo—
esas cosas que al viejo le disgustan: escribo!

Penetra en este instante por el zaguán, ginete
en un palo de escoba, mi hermano pequeño;
viene lleno de risas, de voces y de saltos...
Y yo aquí, en mi cuartujo, pienso mientras es-
[cribo:

Muchacho, nunca dejes ese palo de escoba;
tómame por ejemplo: soy serio y pensativo;
dejé el palo de escoba soñando en Clavileño,
¡Soñando en Clavileño! Y aquí me tienes, chi-
[co!

Mario Aristo.

SANTAS MANOS...

Dulces manos de otros días
Que al posaros en mi frente,
Ahuyentábais blandamente
Mis ideas más sombrías.

Santas manos hoy tan frías,
Tiernas manos de un ausente;
Si os amé tan hondamente:
¡Por qué huísteis de las mías?

Manos tibias y piadosas
Que sembrasteis albas rosas
En mi reino de ilusión:

Vuestra larga ausencia lloro
Y de hinojos, triste imploro,
¡Qué arranquéis mi corazón!...

Josefa Rossi.

POETAS JOVENES

CUADRO SIPNOTICO DE MI EXISTENCIA

Diez horas, diez horas de almacén,
Diez horas, diez!
Sacos de garbanzos, "Petit Pois extrafins"
y fardos de té!

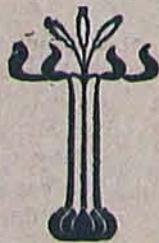
Rabia! rabia! veinte horas de rabia!
Rabia multiplicada!
La cabeza en Babia
y una mueca en la cara cansada...

Cuatro idiotas, calzados, vestidos,
y todavía vivos!
en fin...

Los pinte en su vida sin vida
esto: nunca tuvieron noticia
de la muerte de Lenin!

Monograma en el viejo escritorio
que eyacula tinta,
uniendo sus burocráticos poros
un nombre se pinta.
Rosa! Como en el viejo Colegio Nacional
también aquí tu cifra fué grabada,
pero allá era sentimental
aquí es una puteada...

El patrón: un mastodonte
cuello: cinco vueltas de grasa,
alma negra de polizonte,
chacal desfarretado
por el reumatismo,
tabla rasa
del mimetismo.



Llorando, la niña decía a la madre:
—Madre! ¡nunca vi fiestas!
Diez años tendría,
¡diez años, ¿te acuerdas?...
La casa en silencio, nosotras con hambre;
la nieve en la puerta
...Y nosotros llorando.
muy lejos, pidiendo limosna... ¿Te acuerdas?...
—Y aún estamos pidiendo...
¡Llorando, la niña decía a la madre:
—Madre! ¡nunca vi fiestas!

Yo no puedo concebir
que este hombre fué niño alguna vez,
lo ha debido parir
el espíritu precito de algún juez.

El odio es una cisterna
que me vuelve el alma negra
Con el odio y la rabia está la terna
que mi desesperación integra.

Como han mutilado mis ilusiones!
como han deseado a mi optimismo!
Han abierto el grifo oscuro de las cavilaciones
Y me han perdido de mi mismo.

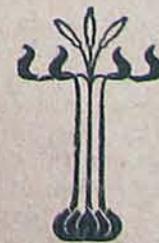
Mamá! mamá! mamá!
Oh! el grito tenaz, el grito húmedo
de lágrimas subterráneas... ya
estoy haciendo números...

No la poesía de las cifras aladas;
son números con la cola entre las piernas,
son números burgueses, no sirven para nada,
pero no insultan ¡no hablan no humillan...!
Oh, el firulete que les hago son tiernas
caricias!

Diez horas! diez horas de almacén!
Mamá, mamá, mamá!
como cuando me llevaron pupilo a la escuela
recuerdas? fuiste tan buena!
oíste mi grito infantil!
Ahora es ronco y comicamente varonil
pero es más triste... Mamá!
Sácame de aquí!

Nicolás Olivari.

LA NIÑA DECIA...



C. Delgado Fito.

MI HERMANA CELIA

Parlera es la negrita del hogar
y juguetona y llena de alegría.
Es como el sol de pródiga: a porfía
derrama luz su espíritu sin par.

Nadie queda en la casa sin gozar
de su carácter bueno; todo el día
tiene dispuesto un poco de alegría
para prestar y para regalar.

El hada Risa le donó sus bienes;
la diosa Juventud puso en sus sienes
sus besos de alegría y de bondad:

y el sol, cuando nació, bajó a su cuna
besó sus ojos, su cabeza bruna,
y le dejó en el alma, claridad.

Pascual Storino Raimondi.

LA MECANOGRÁFA

Pintarrajean su linda cara
mucha pintura, mucho optimismo:
flor sensitiva, la menos rara
de las florestas del feminismo.

A veces sufre, mas no concibe
su gesto dócil y claudicante
los mil apuros de la familia
con la avaricia del comerciante.

Habla con gracia y anda de prisa:
rie en sus ojos el optimismo!
Sólo en los trajes exterioriza
vagas tendencias al exotismo.

La lucha recia pone en su vida
un suave tinte de seriedad;
una luz grave tiene encendida
en su pupila la voluntad.

Pone con sabia filosofía
imperativo de subconciencia
más que sentido, coquetería
en sus ribetes de independencia.

No le disgustan sanos enredos
y se adormila su juventud
en tanto que hacen los raudos dedos
sus confidencias a la Underwood.

Dulce muchacha de la oficina,
tirano grácil y perentorio,
¡cómo transformas en paz divina
el hondo tedio del escritorio!

Pedro Sotillo.

⌘ LAS DOCTRINAS DE PROUDHON ⌘

BASES GENERALES

La suprema ley es la justicia. La justicia es la estimación inmediatamente sentida y recíprocamente prestada de la dignidad humana, sea quien sea la persona y sea donde quiera, en sitio en que la misma se halla en juego, y sea cual sea el peligro a que nos exponga su defensa.

La justicia es la medida intangible de todos los actos humanos. Gracias a ella, pueden determinarse y organizarse los hechos de la vida social, que son por naturaleza indeterminados y contradictorios.

Todo cuanto nuestra sabiduría conoce de la justicia se halla contenido en la célebre sentencia: haz a tu prójimo lo que quisieras que hiciesen contigo, y no te comportes con él como no quisieras que se comportaran contigo.

El Estado hace tantas leyes como intereses quiere proteger, y como los intereses son innumerables, de aquí que la máquina legislativa tenga que estar trabajando sin descanso.

Se quieren algunas leyes por sencillas y buenas, más ¿de qué manera es ésto posible? ¿No debe el gobierno tener en cuenta todos los intereses y decidir todas las contiendas.

EL ESTADO

El gobierno de los hombres por los hombres es una esclavitud. Todo aquel que ponga sus manos sobre mí para mandarme, es un usurpador y un tirano, yo lo declaro enemigo mío.

El poder de unos hombres sobre otros se halla en toda sociedad en relación inversa al grado de evolución social, y la probable duración de este poder, puede calcularse en atención al deseo más o menos general de una constitución verdadera, esto, científica.

Todos los partidos sin excepción, tan luego como pretenden hacerse dueños del poder, no son otra cosa que especiales formas del absolutismo; y los ciudadanos no tendrán libertad, ni habrá orden en la sociedad, ni unión entre los trabajadores, hasta que nuestro catecismo político no ocupe el puesto de la creencia en la autoridad, la renuncia y la abolición de esta: libertad absoluta del hombre y del ciudadano; en estas tres fases se contiene mi profesión de la fe política y social.

La libertad se halla exenta de todo vínculo, del de las supersticiones, del de los prejuicios, del de los sofismas, del de los regateos del poder; la libertad es recíproca e ilimitada; la libertad no es la hija, sino la madre del orden. La anarquía puede fácilmente presentárenos como el ápice del desorden y la expresión del caos. Cuéntase que en París había en el siglo XVII un ciudadano que al oír que en Venecia no había rey alguno, no salía de su asombro y hasta estuvo a punto de reventar de risa. De esta índole es nuestro prejuicio.

LA PROPIEDAD

La propiedad es el derecho de usar y abusar, esto es, el dominio absoluto e irresponsable del

hombre sobre sí mismo y sobre sus bienes. Si la propiedad no fuera el derecho de abusar, dejaría de ser propiedad.

Lo que yo pido para la propiedad es una balanza. No en vano el espíritu de los pueblos ha puesto en manos de la justicia este instrumento de precisión.

La justicia en sus aplicaciones a la economía, no es de hecho otra cosa que una eterna balanza; o para expresarme con más exactitud, la justicia, con respecto a la distribución de los bienes, no es otra cosa que la obligación de todo ciudadano y de toda comunidad a conducirse en sus relaciones patrimoniales conforme a las leyes del equilibrio que se manifiestan por doquiera en la vida económica, y cuya casual e intencionada evolución sirve de base a la miseria.

La reciprocidad tiene su expresión en el precepto: haz con tu prójimo lo que quieras que hagan contigo; la Economía política ha traducido este precepto en su célebre forma: los productos se cambian por productos.

MODO DE EFECTUACION

El cambio exigido por la justicia debe realizarse haciendo que los hombres que hayan llegado a conocer la verdad, persuadan a los otros de que tal cambio es exigido por la justicia misma y de que de esta suerte el derecho se transformará por sí mismo, desaparecerán el estado y la propiedad y se entronizará el nuevo orden de cosas. Este nuevo orden de cosas predominará "tan luego como la idea esté en circulación" y para que adquiera tal predominio es preciso que nosotros "pongamos en circulación la idea".

Pero, ¿de qué manera hemos de convencer a los hombres, de qué manera hemos de poner en circulación la idea, cuando la burguesía nos combate, cuando el pueblo embrutecido por la esclavitud, permanece indiferente con sus prejuicios y malos instintos, cuando el pulpito, la academia, la prensa nos calumnia, los tribunales montan en cólera contra nosotros y el gobierno nos impide hablar? Podemos estar tranquilos. Porque así como las mejores y más bellas empresas fracasan por falta de ideas, así también la lucha contra las ideas sólo sirve para el más rápido crecimiento de la revolución. Quién no ve que el estado de la tutela, de desigualdad, de concesión de gracias, de razón de Estado y de eterna felicidad, ha sido todavía más insostenible para las clases dominadoras, cuya consecuencia y cuya razón tortura ese estado, que no para la plebe, la cual no hace más que padecer hambre en tal situación?

El medio más eficaz de convencer a los hombres consiste en que dentro del Estado, y sin ofensa de su derecho, se ofrezca al pueblo un ejemplo de centralización voluntaria, independiente y llevadera en los detalles. Abrase camino la actividad común sin que el pueblo languidezca continuamente en la miseria y sea oprimido sin fruto y aprenda a preocuparse por sí mismo, y sin auxilio de la superioridad, el bienestar y el orden.



IMAGENES DEL AMOR ORIENTAL EN AFGANISTAN



ANTOLOGIA, COMENTARIOS Y REFERENCIAS

♦ Por ADOLFO THALASSO ♦

Versión castellana de Marcos FINGERIT.

En tanto que las poesías árabe e hindú se dirigen al alma, que las poesías armenia y persa se insinúan en el corazón, la poesía afgana no se refiere al corazón ni al alma, sino a la carne, a los sentidos y comunica a la piel una cómezón cantaridina. Árabes y persas, armenios e hindúes, todos los versos amorosos tiemblan con el deseo de la posesión o lloran sus desfallecientes éxtasis: siempre idealistas, parecen, aún en esta esperanza y esta pena, no considerar el beso de los cuerpos como la única manifestación física posible de la unión de las almas. En sus abrazos más delirantes y sus más voluptuosos deliquios, la espiritualidad domina. La carne no habla aquí más que para dar al corazón la felicidad suprema, y los poetas no la hacen gritar más que porque ella hace parte integrante del ser humano. Saben que ninguno de nosotros puede libertarse de ella y que la Naturaleza le ha confiado las llaves que abren el paraíso al alma. Aquí los sentidos son un medio, no un fin. Y si el gozo de los corazones es tanto más grande cuanto grande fué el gozo de los cuerpos, lo es por los delirantes abrazos que abren anchamente las puertas paradisíacas.

Muy otra es la poesía erótica afgana. Idealmente materialista y voluptuosa, se ofrece a los besos que muerden hasta sacar sangre, a los abrazos que matan las carnes y hacen crujir los huesos. Impaciente, autoritaria, aún brutal, no sabe, en su prisa de poseer, esperar. Así, no se demora en las exquisitas bagatelas de entrada, que metamorfosean el deseo en una posesión anticipada, llena de turbaciones encantadoras, de temores y de esperanzas renovadas. Sus ensueños mismos son carnales, tan febril es su prisa de dejar de ser ensueños. Y carnales son también sus recuerdos y sus pesares. El alma y el corazón no vibran en ella, o al menos sólo vibran bajo el yugo de los sentidos: sólo sufren y lloran porque la carne sangra y solloza. Estráñase, a veces, encontrar pudores e ingenuidades de un encanto sorprendente; pero observando de cerca, apercíbese que tales pudores e ingenuidades no son más que picantes servidos a placer para atizar aún más la sed de caricias.

Entre las tan numerosas y variadas poesías asiáticas, ninguna como la afgana sabe cantar los ardores del combate amoroso, los estertores que el placer multiplica en los gargantas crepitantes, el encorvarse de los lomos rotos, el enloquecimiento de las enervaciones repetidas. Sus versos se enlazan a los versos como los brazos a los brazos en el olvido de la vida, y sus rimas responden a las rimas como besos que se entrecocan sobre labios lujuriosos. Y para expresar estas sensaciones, físicas todas, inventa palabras de una delicadeza rara, emplea imágenes de una travesura quintaesenciada y de un refinamiento tal que se pregunta si, a través de los arrebatos

amorosos, no busca, sin saberlo, el camino del corazón, o sino considera al alma como el primero de los sentidos.

Hay Cantar de Cantares y Baudelaire, Mohallakhs árabes y Rollinat, cantos de Lais y Richépin, en esta poesía afrodisíaca, que no conoce las leyes de la censura, y de la cual ciertas metáforas producen en el espíritu el mismo efecto que en la carne un tábano.

Decir lo cierto es decir que esta poesía traduce, maravillosamente, el insaciable deseo de las mujeres afganas, cuya belleza, lo más a menudo, sensualmente perfecta, "penetra en la sangre", como dice tan pintorescamente el argot parisien.

En cuanto a la concepción del amor en sí mismo, el amor afgano es, — con el cambodgiano, — el que más se acerca al amor europeo.

MICRAS

I

Quando tu abrazo me enlaza, si tu me amas por amor, unes a mi vida otra vida.

Quando tu abrazo me enlaza, si no me amas por amor, unes mi vida a la muerte.

II

El amor es la más bella irradiación de Allah sobre la tierra, porque en esos momentos voluptuosos, aunque muy breves, encierran, cada uno, toda la eternidad.

Mirza Rahchan Kayil.

CELO DE AMANTE

Aunque tú seas bella como Kashmir (1), al levantarse el sol, no estoy en modo alguno celoso, ¡oh perfidísima "Kharo" (2), del amante que has escogido y que esta noche toma mi sitio en tu lecho. Así, puedes invitarme a tu francachela esta noche...

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

No temas; traeré qué beber y qué comer... Las caricias ahuecan el vientre y los besos secan la garganta. Y luego les cantaré mis más bellas baladas, las que pagaste a tu mendigo de amor con los diamantes de tus lágrimas, las perlas de tus sonrisas y los rubies de tus besos.

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

Les serviré todo palpitante, todo cálido, todo crujiente, mi corazón que tus desdenes han transformado en "kébap" (3). Y para vuestra sed serviré en una cántara, en vez de leche cuajada, toda la sangre de mis venas que has querido vacías de tu amor.

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

(1) País del autor. El más bello, según él, de toda el Asia. Circundado por altas montañas eternamente nevadas, el valle de Kashmir ofrece a las miradas un cuadro de prestigiosos colores, único en el mundo, a cada salida y puesta del sol.

(2) El ave maina, la bien amada del túti, el papagayo indiano.

(3) Cordero asado. Figura muy usada en la poesía afgana.

Y cantaré a tu "tuti" (4) las palabras que tu amas y que, destiladas al oído, te hace separar el "pechni" (5) de oro de los labios y tender la copa de los besos; palabras que te grita ba, ayer nomás, yo, el derviche de tu puerta, y que hoy tú deseas oír las gritar por otra boca.

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

Y luego le cantaré un ghazar para enseñarle la sabia manera de desnudar tus cabellos y desenmarañarte las gruesas y brillosas trenzas negras, grávidas de perfumes de "muhars" (6), de flores y de "tickas" (7). Grávidas sobre todo, del aroma de tu piel.

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

¡Oh! este aroma que flota sobre tu nuca, tu garganta y tus brazos, que revolotea alrededor de tu cintura y de tu halagüeño vientre; este aroma que alimentan sin cesar como dos frascos inagotables los espesos que sombreas tus húmedas axilas.

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

¡Oh! ¡Este aroma penetrante de que está impregnado mi deseo! Aroma hecho de miel, de sándalo, de leche, de agua de rosa, sobre la cual durante las amorosas orgías rezume el trasudor de tu piel, transpirando ámbar.

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

Y luego le cantaré la manera muy lenta de cortar sobre tus labios tus besos dulces como dátiles; de cortar sobre tus senos todas las flores abiertas, narcisos, claveles y rosas; de cortar sobre tu garganta todos los frutos perfumados: naranjas, melocotones y fresas.

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

Y de posar su cabeza sobre tu hombro firme, ¡oh Khara...! Donde, amplio y soberbio, se ostenta tu grano de belleza que semeja a un clavel negro en un desierto de nieve, que semeja a una estrella negra entre la claridad del día.

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

Mis cantos le dirán cuáles caricias te enloquecen de amor, le enseñarán cuáles abrazos prefieres, ¡oh, serpiente! Le murmurarán qué languideses rompen tus miembros felinos, le confiarán sobre todo el secreto de ser amado por tí.

Llevo en mí la fragancia de tu cuerpo.

Quiero encender en su corazón el incendio de amor que arde en mí, para verle sufrir, a su vez, mañana, cuando tú le abandones para volverme a recoger, todos los tormentos del infierno que yo sufro hoy. Así, puedes invitar a Rahehan a vuestras francachelas, esta noche. Rahehan llevará qué beber y qué comer.

Mirza Rahehan Kayil.

EL QUINTO ELEMENTO

Después de haber creado el fuego, el agua, la tierra y el aire, Allah quiso crear un elemento

(4) Papagayo indiano. Figuradamente: amante, y en general, todo lo que es bello.

(5) Anillo que los afganos llevan en la nariz.

(6) Monedas de oro y plata pequeñísimas que se desparraman como extréllas entre los cabellos.

(7) Joyas de oro incrustadas de perlas y turquesas.

que los resumiese a todos. Hizo el Amor.

Más veloz que el aire el pensamiento de un amante alcanza el objeto de su deseo, así se halla al cabo del mundo.

El cuerpo de "Khara" encierra todos los tesoros de la tierra: flores son sus labios y frutos son sus senos; su vientre es el día, sus trenzas en la noche. Rubies y perlas tienen por cofrecillo su boca, y brillan diamantes en sus ojos. La voluptuosidad de las caricias es más profunda que los mares y el amante en los brazos de su bien amada se hunde en un océano de felicidades, como una llama el deseo enciende los sentidos, como el fuego los celos arden los párpados, como una hoguera la separación transforma los corazones amantes en "Satis" (8).

Y como todos los otros hombres, Rahehan Kayil lleva en su corazón este elemento que los resume a todos.

Mirza Rahehan Kayil.

LAS TRENZAS NEGRAS

La noche última mis caricias se han hundido en la abundosidad de las trenzas negras, y mis besos, como abejas, han libado en la abundosidad de las trenzas negras; la noche última, mis manos se han hundido en el misterio de las trenzas negras, y mis besos, como abejas, han libado en la dulzura de las granadas y en los perfumes de la garba que florecía el cuello de mi reina, la garba de sus trenzas negras. Y con mis dientes he mordido la piel dorada de su oreja.

La noche última mis caricias se han hundido en la abundosidad de las trenzas negras y mis besos, como abejas, han libado en la abundosidad de las trenzas negras.

—Tus besos han libado en los perfumes de mi garba, ¡oh amigo mío!, ¡y estos perfumes te han embriagado, y ha caído ebrio perdido! Y como el sueño ganó a Bahran (9) sobre el lecho de Sarasyá, el sueño te ha sorprendido en mi lecho. Sé de alguien que ha jurado tu pérdida por haber robado todas las rosas de mis mejillas, y ahora te odia a muerte el "caukidar" (10) de mis trenzas negras!

—La noche última, mis caricias se han hundido en la abundosidad de las trenzas negras y mis besos, como abejas, han libado en la abundosidad de las trenzas negras.

¡El ha jurado mi pérdida, querida mía! ¡El cielo me guardará!

Bella entre las más bellas te ha hecho el Señor. ¡Oh reina mía, soy tu esclavo! Arroja una mirada sobre tu esclavo. Esta mañana, al alba, te envié la mensajera de amor. Siento mi corazón mordido por una serpiente, la serpiente de tus trenzas negras.

La noche última, mis caricias se han hundido en la abundosidad de las trenzas negras y mis besos, como abejas, han libado en la abundosidad de las trenzas negras.

(8) Nombre dado a las mujeres del Indostán que condenan a la hoguera a la muerte de su marido.

(9) Héroe de un romance: en tanto que descansa junto al hada Sarasya, es sorprendido por Saifur, hermano de la Peri.

(10) El guardia, es decir, el marido.

—¡Nada temas, dulce amigo! ¡Soy la Encantadora! Encantaré con mi soplo la serpiente que te ha mordido el corazón. Pero, ¡ay! ¡quién encantaré la serpiente que ha mordido la honra de una pobre desdichada! Si tú me amas, ven, abandonemos a Paklí, mi brutal marido me causa horror. Desde este instante, te doy poder absoluto sobre las trenzas negras.

besos, como abejas, han libado en la abundancia de las trenzas negras.

Muhammádji.

CANCION DE AMOR

Quando la noche desciende, mi reina comienza a aderezarse, y el deseo se enciende en mi corazón.



—La noche última mis caricias se han hundido en la abundancia de las trenzas negras y mis besos, como abejas, han libado en la abundancia de las trenzas negras.

“Muhammádji” tiene poder absoluto sobre los poetas de Paklí, levanta impuesto sobre los Amires de Delhi, reina sobre su imperio, le gobierna con un cetro de trenzas negras.

La noche última mis caricias se han hundido en la abundancia de las trenzas negras y mis

Quando la noche desciende, mi reina pasa alrededor de su cuello un bello collar, y numerosos grupos de muchachas van a pozar el agua de los estanques.

Quando la noche desciende, mi reina perfuma de aceite negro sus aterciopeladas trenzas, y mi corazón semeja un criba, y mi reina semeja un botón de rosa y está aderezada como una garza real de Kaboul. El deseo se enciende en mi corazón.

Mi reina es un botón de rosa, pero resplandece como un sol cuando orna su frente con su rojo velo. La mensajera de amor alcanza a las muchachas. Va de una a otra y las agrupa todas en torno suyo. ¡Ah!, qué tortura para un enamorado ante esta terraza de rosas...

El deseo se enciende en mi corazón.

Las muchachas descienden los tramos del estanque. Charlan dulcemente la una con la otra; luego, las bellas y lozanas muchachas lavan sus largos cabellos en el agua, cantando canciones. Pero mi reina, apenas vuelta a su casa, se pone a sollozar.

El deseo se enciende en mi corazón.

Apenas vuelta a su casa, se pone a sollozar y dice a su madre: "No tengo un hermoso vestido, ni afeités, ni babuchas, ni espejo, ni joyas, ni sobre el cuerpo un delicado grano de belleza, y cuando voy a pozar agua al estanque, las muchachas se mofan de mí".

El deseo se enciende en mi corazón.

Y su madre le responde: "Hija mía, estoy desolada, mira los pingajos que llevo. Nos falta lo indispensable. Aguarda a que la cosecha llegue. El Señor pagará nuestras deudas. ¡Y te prometo para hacerte bella dispensar entonces hasta cien rupias!".

El deseo se enciende en mi corazón.

Y mi reina dice: "No. No cavaré más la tierra para tí, ni penaré, no sufriré más. Adiós, parto. Todo acabó entre nosotros. Una "salaria" (11) no me conforma. "Muhammadji" vierte lágrimas cada vez que viene a ver a su desolada amiga".

El deseo se enciende en mi corazón.

"Muhammadji" desafía a los mil poetas del Afghanistan. Pueden todos ellos ligarse contra él solo. ¡Mi cólera se enciende contra todos ellos! Los haré pedazos o les obligaré a huir como los lobos que viven en la selva huían ante Divaña Ghaz Sardar (12).

El deseo se enciende en mi corazón.

Muhammadji.

ZACKME

¡Qué afligida está mi alma! Los adioses fueron como otras tantas puñaladas para mí. Al partir hoy, ¡Kharo se ha llevado mi corazón entre sus garras, dulcemente, muy dulcemente!

Y la sangre fluye de mi pecho, y sin embargo, lúcho. ¡Oh Kharo, soy tu mendigo! Mi vida no es más que sufrimientos. Sé mi médico, ¡cúrame de mi daño, dulcemente, muy dulcemente!

Tu garganta la manzana, tu boca azúcar, tus dientes la perla; tú tienes todas estas lindas cosas. ¡oh, mi bien amada!, y me has arrancado el corazón. ¡Por esto es que mis ojos vierten lágrimas, dulcemente, muy dulcemente!

Soy el último de tus esclavos. ¡Oh amor mío!, haz que jamás tu pensamiento se ausente de mí. Soy el primero de tus devotos. ¡Día y noche ¡é

a extenderme ante tu puerta, dulcemente, muy dulcemente!

El hombre que cante versos míos sobre el aire de otra canción, es un ladrón. Cualquiera sea el tema de tus versos, ¡oh Mira!, canta eternamente las alabanzas de Dios y sabe arrebatar a tus calumniadores sus medios de acción. (13).

Mira.

¡VEN, BIEN AMADA!

—¡Ven, bien amada! Te repito: ¡ven, bien amada! Los "tutis" se lamentan y lloran, inconsoladamente. ¡Ven, bien amada!".

—Las "péris" (14) me han escogido por reina, el amor se mira en mi corazón. Y más dulce que azúcar son mis rojas encías y mi boca roja.

—¡Ven, bien amada!

¡Quieres? Para defenderme, aguardando, trenza y haz un garrote de tus espesas trenzas negras, ¡quieres? Y dame también la blancura de tu rostro; tengo hambre como un "tuti". ¡Quieres?

La noche última mis caricias se han hundido en la abundosidad de las trenzas negras y mis besos, como abejas, han libado en la abundosidad de las trenzas negras.

—Mi dulce amigo, apartaré la cortina de las pesadas trenzas negras y te haré entrar en el jardín de mi blanca garganta. Pero temo que me desprecies en seguida y te vayas sin volverte a verme... ¡Soy bella sin embargo y tan blanca que la luz de la lámpara desaparece ante mi blanco rostro! Y además el Señor me ha dado por aderezo las pesadas trenzas negras.

—La noche última, mis caricias se han hundido en la abundosidad de las trenzas negras y mis besos, como abejas, han libado en la abundosidad de las trenzas negras.

El jacinto ha dado su perfume a tus trenzas y a tu cuello el tallo recto de su flor. Se abren rosas en tu rostro y tu grano de belleza verde renne en arco tus dos cejas. ¡Ven, bien amada!

¡Como la de Medjnoun (15), mi vida sólo es ruinas y escombros! La separación me pesa, hace brotar de mis ojos lágrimas de sangre. ¡Ven, bien amada!

Con tus negros y profundos ojos, Gul Nisa me interroga, y su mirada penetra en mí y me hace verter amargas lágrimas. Khanum Jan le acompaña siempre. ¡Ven, bien amada!

Muhammad-Din no te pertenece ya, está ebrio, está loco, se muere desde hace un año. Envía pronto el médico. ¡Ven, bien amada!

Muhammad-Din.

(13) En un país donde la poesía no se edita y se transmite simplemente por tradición, es fácil a los mal intencionados apoderarse de las plumas del pavo real. Así, cofrades poco escrupulosos, después de haber hecho pasar por propias canciones de Mirá, le acusaron de plagiarlo. En el último verso del "ghazae", el poeta, recordando el hecho, se defiende públicamente de la acusación y hace justicia con sus calumniadores.

(14) Las hadas de los cuentos persas.

(15) Héroe de un célebre idilio: "Medjnoun y Leila".

(11) Vestido de estopa rayada.

(12) Uno de los santos más venerados de Crát.

LOS GRANDES MUSICOS

SU VIDA Y SUS OBRAS

Henri de Curzon ha dado una definición magistral del arte de Mozart. Ha dicho: con Mozart ha entrado la Poesía en la Música.

No haría falta agregar una sola palabra a esta breve frase. En ella se ha querido decir que todo lo que en Bach es serenidad, equilibrio y ciencia contrapuntística, en Mozart es pura intuición, esto es: pura poesía. Lo más natural, lo más sencillo, lo más espontáneo, lo más infantil que se conoce en todas las artes, se encuentra resumido en la música del genial salzburgoés. Si es cierto que el genio es un milagro, Mozart es un genio, es decir, el más grande genio que se conozca, puesto que su obra es hija de lo sobrenatural y de lo inconsciente.

Pero si el genio no es cosa de encantamiento ni de milagro, Mozart no es tal porque le faltó conciencia de lo que hacía. Siempre fué un niño. Hasta en las obras maestras de su triste madurez, tronchada al iniciarse, se ve asomar al niño precoz. Gracia, melancolía, elegancia y sencillez son las cuatro columnas que sostienen su templo, al cual acude amorosa la posteridad. El no nos tortura como Wagner ni nos exalta como Beethoven; nos gusta tan solo. Nos gusta mucho, nos deleita, nos acaricia, nos hace llorar y reír nerviosamente, nos saca de nosotros mismos y nos sumerge en el agua lustral de esa loca correntada de melodías. Y es por esta razón, y es a causa de este encanto, que la Poesía se ha metido en casa de la Música.

Wolfgang Juan Crisóstomo Amadeo Mozart nació en Salzburgo el 27 de enero de 1756, hijo del matrimonio de Leopoldo Mozart y Ana María Pertl. El daba lecciones de violín y fué el primer profesor de su hijo. Ella amaba mucho el sublime arte.

El pequeño Wolfgang adquirió algunas características de sus progenitores y heredó en parte el carácter de ambos. "A los tres años — dice H. de Curzon — cuando oyó que su hermana María Ana empezaba a estudiar el clavecín, se sintió en seguida atraído por aquel instrumento encantado, al que se le podían hacer repetir tantas tocatas. Cuando su padre le propuso, sonriendo, que le enseñaría música, empezó a verse en el niño una increíble transformación; ningún juego le divertía ya, ni tampoco distracción alguna, como figurase en ellos la música, y aún

había más: a menudo lo encontraban ensimismado, absorto, como atontado; parecía asistir, en sí mismo, a algún misterioso fenómeno. Las lecciones que recibía y los ejercicios que su padre le señalaba para estudiar, nada significaban: practicábalos asiduamente, dócilmente, pero sin placer. Lo que veía en sí, como un impulso secreto e irresistible, era el deseo de crear".

Leopoldo Mozart fué un padre codicioso y brutal. Viendo las extraordinarias aptitudes que tenía su hijo para tocar el clavecín, pensó en sacar partido de ellas y preparó una tournée por Europa. Huelga decir que se opuso tenazmente a que su hijo se dedicase a la composición, y apenas si le permitía improvisar en el

clave, obligándole a soportar los rigores de una dura disciplina musical, con el objeto de sacar de él un virtuoso brillante. Las pocas composiciones que de esta época se conservan fueron escritas a escondidas, son páginas alegres que revelan la alegría de la escapatoria, son un canto de pájaro como ha dicho Mr. de Wyzewa.

Su infancia fué una infancia triste de niño prodigio que tenía que soportar los elogios, los estrujones y los besos de las damas y los caballeros que se acercaban para ver al fenómeno de cerca. Por último el trajín de los viajes le enfermó, y a la edad de seis años el pobre pequeño cayó en cama postrado por exceso de trabajo... En tanto, estudiaba y conocía cada vez mejor los secretos de la técnica

del clavecín como asimismo iba adquiriendo mayor seguridad para la composición. En Bruselas, después de haber conocido los magníficos modelos de Domenico Scarlatti, compone su primera sonata para clavecín, a los siete años de edad.

A pesar de la oposición de su padre, el pequeño Mozart componía cada vez con más entusiasmo y siempre obras más completas y homogéneas; y ya no sólo piezas para clave sino también para violín, voces y orquesta.

Viajó por Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica y otros países, pero sus viajes más provechosos fueron los tres realizados a Italia en 1769, 1771 y 1772. Aquí conoció al P. Giambattista Martini, cuyas enseñanzas fueron las más fecundas de cuantas recibió en su vida.



MOZART

fons y no polifons, y en ella el canto tiene preponderancia absoluta sobre la armonización que se reduce, generalmente, al acompañamiento formado por acordes. Exactamente lo mismo que en la música italiana. Sin dejar de conservar su carácter sajón, las sinfonías de Mozart acusan esa preponderancia lírica de la melodía principal; en sus cuartetos y óperas se notan también las influencias de la escuela italiana. Posiblemente Mozart se dejó llevar por el ambiente. En aquel tiempo no se distinguía la música profana de la religiosa: el "bel canto" triunfaba con sus acrobacias vocales en el teatro como en el templo y se iniciaba la decadencia que había de llegar tan abajo con Mercadante. Pero la amistad del P. Martini lo salvó. Este sabio sacerdote, poseedor de un riquísimo archivo de música italiana de los grandes del pasado: Palestrina, Corelli, Vivaldi; orientó al discípulo salzburgoés y lo profundizó en la ciencia del contrapunto, ofreciéndole el ejemplo de los antepasados gloriosos. A partir de este período son notables todas sus realizaciones de música religiosa y profana de cámara.

Mozart, entre infinidad de obras de distintos géneros, compuso la música de las siguientes óperas: *Idomeneo*, que no pasó de un ensayo. *El rapto del Serrallo*, *Las bodas de Figaro*, *Don Juan*, *Così fan tutte* y *La flauta encantada*. En estas obras hay un derroche de melodías inconcebible. Son sus obras maestras, producidas entre horas de dolor y de angustia, soportando las humillaciones de sus despóticos mecenas y los reproches de su padre, desconfiado y sordido.

En 1791, casado con Costanza Weber desde hacía ya nueve años, enfermo e indigente, agotado por el exceso de trabajo y por la miseria que le amenazaba, compuso su obra mejor y más perfecta: *La flauta encantada*. Su amigo Schikaneder, un empresario teatral que poseía un barracón situado en los arrabales de Viena, le pidió la música para una comedia de magia, especie teatral que interesaba a los vieneses de entonces. Desfallecido, sin voluntad, agotado, aceptó el trabajo. Componía para entretenerse, sin esforzarse mayormente, dejando que sus ideas musicales brotasen espontáneas. ¡Qué música la que salió de esa alma enferma! Jamás la alegría y la felicidad han recibido forma musical más perfecta que en esta ópera. Y nunca jamás la felicidad y la alegría han estado más lejos de hombre alguno. Esos días de Mozart son dignos del mártir peor lacerado.

Un día, en tanto el maestro sentado frente al clavecín compone *La flauta encantada*, siente llamar a la puerta. Su mujer y él se sobresaltan. Es de noche, afuera sopla un viento huracanado que hace temblar los vidrios de la ventana, y adentro reinan la miseria y el frío. Mozart va a abrir. Se encuentra con un hombre vestido de negro que tiene un aspecto sombrío y que mira con una profunda y terrorífica mirada. Es un mensajero misterioso que viene de parte de un no menos misterioso personaje a encargarle una misa de "Requiem". El hombre habla en voz baja, todo en él infunde miedo y hace helar los huesos del músico quien, vacilante y sin acertar a responder otra cosa, acepta el

ofrecimiento. El desconocido se marcha. Mozart cae desvanecido.

A las pocas semanas se estrena la ópera en el barracón de Schikaneder, obteniéndose un éxito singular. Por fin va a ser rico, en su hogar no faltará ya la hoguera donde calentarse y podrá descansar tranquilo. Pero, no. Un recuerdo fatal le estremece y es el compromiso de componer una misa de difuntos. Sus ojos no ven otra cosa que un hombre vestido de negro que tiene un aspecto sombrío y que mira de un modo que da miedo.

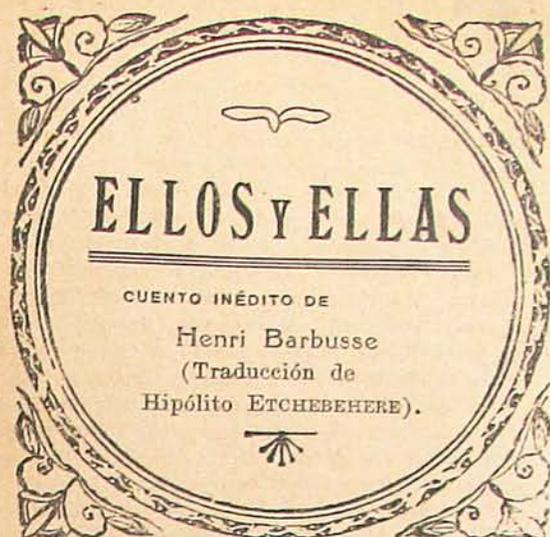
El terrible trabajo avanza. La misa de "Requiem", su canto de cisne, brota de su inspiración produciéndole los dolores de un parto. Ya presiente él que ese "Requiem" se cantará durante sus funerales... Tiene todo el aspecto de un aparecido: está pálido, ojeroso, canijo, y los pómulos amenazan salirse perforando la piel. Tose y escupe. Recostado en la cama sigue componiendo con verdadera febrilidad; así llega hasta el "Lacrymosa", ante el horror de Costanza que no acierta a dar un paso. Un día queriendo oír la ejecución de la misa requiere la presencia de cuatro íntimos amigos suyos. Estos sollozan, en tanto el cuarteto llena la habitación de sublimes melodías. Costanza se abraza al cuello del esposo y llora desconsoladamente. La blancura del rostro de Wolfgang se confunde con la blancura de las almohadas.

El 5 de diciembre de 1791 por la mañana, nieva abundantemente. Mozart se siente mejor. Llama a su esposa, la sienta a su lado y le tararea el "aria" de "Papaghen", de *La flauta encantada*: "Soy el alegre pajarero..." Costanza abre los ojos despavorida; en los ojos de su amado hay algo anormal: miran el techo fijamente, sus brazos se levantan convulsivos, sus dedos se crispan... "Soy el alegre pajarero..." toma a canturrear. Después su cabeza cae pesadamente para no moverse más.

En los funerales de Mozart no se cantó el "Requiem". Algunos amigos y unos pocos curiosos que acompañaron el féretro hasta la iglesia, apenas si oyeron rezar un breve responso: el párroco negó honores al cuerpo de su maestro de capilla porque había muerto sin recibir la extremaunción. Cuando el cortejo salió de la iglesia tuvo que disolverse: el viento y nieve arrojaban los cielos encolerizados. Sólo los cuatro íntimos que conducían el ataúd hicieron frente al huracán y llegaron al cementerio. Allí no pudieron dar con ningún sepulturero ni hallaron abierta fosa alguna; entonces echaron el cuerpo de Mozart en la fosa común.

Cuando Costanza quiso, después de algunos días, llevar al esposo difunto un piadoso homenaje de recuerdo, no pudo dar con la tumba del autor de tantas obras inmortales. Preguntó a los enterradores y ninguno sabía nada. Estos se quitaban la gorra, y rascándose la cabeza en tanto miraban fijamente al suelo como para recordar, respondían:

—¿Mozart? ¿Mozart? No lo hemos oído ni nombrar...



Todas las noches, en este ángulo de las dos Avenidas, se estacionaba, no lejos del pico de gas alumbrado, un joven melancólico, estrecho y negro, como un pico de gas apagado.

Venía cotidianamente al mismo lugar y a la misma hora, y esperaba mucho tiempo, arriesgando vistazos de un lado y del otro, buscando alguno, por todas partes, observando los transeuntes, los árboles, las paredes.

Un paletó bronceado, enverdecido, colgaba de sus hombros flacos como perchas. A la claridad que caía del reverbero sobre él, se entreveía un poco de barba triste sobre un saliente de mejilla amarilla, o un rincón de frente a la que la luz de alguna lámpara de escritorio había acabado por comunicar una palidez de papel. Aún cuando la noche estuviera hermosa y el aire amigable, este paseante enjuto, tímidamente encallado entre el vaiven de los otros, en el cordón de la vereda, parecía un naufrago que interrogara todo entero.

Pero, en un momento dado, se le notaba, enderezarse, alumbrarse con un reflejo. En efecto, una mujer caminaba hacia él, delicadamente, de calle en calle. Se detenía bajo su nariz, como una rosa. Le mostraba sus dientes de luz, sacudía su cuello en su gola de plumas, cantaba un dulce buenas noches. El, se ponía a sonreír, con una gran sonrisa lenta que no acababa más. Se balanceaba sobre ella, temblaba como un ahogado sacado del agua y repuesto de pie... Ella brillaba, exquisita y linda, aunque humildemente vestida; había un extraordinario contraste entre la riqueza de lo que era y la pobreza de lo que llevaba. Parecía disfrazada, como un hada en los cuentos. Sus ojos, sus labios hacían pensar en joyas perdidas.

El, colmado por esta llegada, se reponía al fin de su éxtasis, reaprendía a hablar; algunas palabras volvían a su boca. Tomaba el brazo de la joven y se alejaban, ella gentil, y él descarnado, tan delgados los dos que se hubiera dicho, de lejos, un solo ser desgarrado.

Ahora bien, a cien pasos de allí, inmóvil también en el flujo y reflujo tumultuoso de la muchedumbre, una joven esperaba a alguno cada noche.

Llegaba siempre con adelanto, pues no buscaba nada al comienzo, y empezaba por dar vuelta despiadosamente alrededor del kiosco de diarios.

Tenía una chaqueta y una pollera gris desteñidas, de un tinte de duelo anónimo. Por único adorno, llevaba una cinta azul en su sombrero. A la brusca claridad cruda del tranvía que rozaba la acera, mostraba una cara irregular y marchita, agujereada por ojos demasiado chicos, deformada por una nariz demasiado larga, rajada por una boca demasiado ancha.

Por veces bostezaba, el aire feroz a causa de los largos dientes, luego el párpado terroso batía, lagrimeando la fatiga. De tiempo en tiempo se enderezaba, con un envión seco, como despertada y con un esfuerzo renovado, se paseaba más energicamente, balanceando su mano derecha crispada sobre el mango escueto de un paraguas, su mano izquierda en la que se incrustaban los cordones de su saco.

Y luego, he aquí que súbitamente se transformaba: sus ojos se ponían a estrellar su rostro, sus labios a hablar solos, como los de las devotas.

Es que, allá, un hombre desembocaba en la plaza. Atravesaba, se acercaba sin prisa: un magnífico muchachote, ancho, velludo, la mejilla roja, grandes bigotes rubios, sólidos, macizos, en oro.

Se le juntaba, hacía un signo con la cabeza. Ella, al comienzo, no se movía, el cuerpo transportado; sin embargo sus manos palpitaban como pequeños extremos de a'a. El no decía nada; ella no podía hablar... Se decidía, avanzaba la mano, le asia el brazo, con precaución, a causa de su potencia, de su enorme prestigio. Se iban. Ella se apretaba contra él, con todas sus fuerzas, débilmente, como una abuela. El caminaba con una tan firme seguridad que no parecía notarla.

Tal era el doble encuentro de que era testigo todas las noches, teniendo precisamente que hacer en esos parajes en los momentos en que las dos parejas se formaban, se juntaban y se ahogaban en la masa.

Como una especie de folletín angustioso, leía cada vez la continuación de estas dos historias de amor sobre los rostros, abatidos, luego triunfales, del hombre del tapado bronceado y de la mujer de la cinta azul.

Los dos habían encontrado un compañero para iluminar sus vidas, un rostro para transfigurarse. Por tan feos, por tan desagraciados que fueran ambos, habían llegado a retener, en la multitud de los hombres y de las mujeres, alguno que valía más que ellos.

Y me decía yo que esos dos idilios no durarían, que eran frágiles y como enfermos, porque en cada una de esas parejas, el uno tenía demasiada necesidad del otro, estaba demasiado desligado y demasiado socorrido.

No podía ser más que por débiles razones pasajeras — un poco de piedad o de azar — que el destino prestaba a la lamentable trabajadora el hombre de bigotes rutilantes, y a la floreciente muchacha el desgraciado fantasma masculino cuya vecindad la ridiculizaba casi.

Sin duda, el mozo juzgaba, por el momento, oportuno y útil, ser adorado por un gran corazón esclavo — pero era espionado por las bellas y

generosas mujeres del mundo; sin duda, la empujaba todavía tan joven, todavía tan pura, obedecía a un primer deseo ciego de amar — pero estaba hecha para preferir, no importa quién, al ser que la mendigaba, la noche, en la esquina de la calle.

Tales eran las reflexiones que el espectáculo del regular randevus sugería a un espíritu observador como el mío.

Y bien, tenía razón: esa historia estaba mal hecha, como en la vida, en la que todo sucede tan lastimosamente como es posible, o como en los malos folletines, que dejan desde el principio, adivinar el desenlace.

¿El desenlace? No fué tarde en presentarse... Un día — al regreso de una corta ausencia en provincia — andaba por la vereda en cuestión, mucho más tarde que de costumbre... El hombre de bronce esperaba, solo... En el otro sitio, la mujer recubierta por un harapo de seda azul estaba abandonada también a ella misma.

Al día siguiente, cruzaba igualmente esas dos soledades. El, los ojos errantes a través del dispersamiento de la gente, la miraba infinitamente no venir... En medio de los extraños apurados y vivientes, parecía con su sobretodo de reflejos metálicos, su espalda triste, sus hombros fugitivos en forma de apagador, la sombría estatua de la maternidad castigada.

Ella, ella no miraba más a la altura de los rostros; su mirada, vencida, se arrastraba por tierra y contemplaba el arroyo correr — estrecho río de barro, tan lúgubre como el grande (El Senna), pero en el que uno no puede ahogarse... Despaciendo mi andar distinguía, de perfil, su fisonomía vacía de expresión, arruinada, su pecho chato como una baldosa, su gran boca inutilizada, estéril.

Instintivamente, me detenía a igual distancia de ambos desconocidos cuya llaga se veía.

Demasiados desamparados para cesar de esperar, pero no sabiendo más cómo esperar, se alejaron cada uno un poco del lugar de la cita. Ella se separó, a retrocesos de la sombra del kiosco, en seguida se dió vuelta y descendió a pequeños pasos por la avenida. El la remontó maquinalmente, después de haberse alejado, al sesgo, del cordón de la vereda.

Con una lentitud desesperante, iban el uno hacia el otro. Entonces, me pareció extraño, pero emocionante, que la fatalidad empujara así hacia el mismo sitio esas dos mitades de amor. Sobre las piedras sombrías de la vereda casi desierta, estaban destinados a encontrarse... ¿Quién sabe si esos dos duelos, extraños pero tan sangrantes, no se dulcificarían reconociéndose?... ¿Quién sabe si esos dos sobrevivientes no reemplazarían el uno por el otro los dos desaparecidos, elegidos otros en un relámpago de demasiada bella locura!...

Llegaban el uno delante del otro, exactamente. Levantaron los ojos, se vieron, pero rápidamente, volvieron la cabeza.

Ah! se reconocieron, en efecto; pero reconocieron su pobre fealdad imperdonable, su crimen de fealdad.

Y no olvidaré nunca la mirada cambiada, llena de un odio feroz y de una espantosa maldición!...

LOS GRANDES PENSADORES

S O C R A T E S

Sócrates, llamado "el padre de la filosofía", nació en Atenas 470 años antes de J. C. Se opuso a la retórica de los sofistas y creó un sistema filosófico asentado sobre una base profundamente moral. Los jóvenes de Grecia acudían en tropel para oírle, pues su palabra cálida y elocuente y su natural bondad atraían con irresistible poder. Sus doctrinas habíanle hecho sospechoso ante el gobierno de Atenas, se le acusó de ser enemigo de la religión y de las instituciones ciudadanas, se dijo que no creía en los dioses y que corrumpía a la juventud, y por último fué condenado a beber la cicuta. No ha dejado ningún escrito, y sus ideas se conocen a través de los libros de sus dos mejores discípulos: Platón y Jenofonte. Murió 400 años antes de nuestra era.

El hombre que no piensa sino en vivir, no vive.

* * *

Lo que mejor sienta a la juventud es la modestia, el pudor, el amor a la templanza y a la justicia. Tales son las virtudes que deben formar su carácter.

* * *

Debemos procurar ser virtuosos y sabios, por ser la sabiduría y la virtud los dos únicos bienes positivos de la vida, puesto que uno y otro son igualmente eternos, como eterno es Dios de quien ambos proceden.

* * *

A las riquezas mal adquiridas prefiere una pobreza intachable.

* * *

La multitud, cuando ejerce la autoridad, es más cruel aún que los tiranos de Oriente.

* * *

Si cometieres alguna acción vergonzosa, no creas que ella pueda quedar absolutamente ignorada. Porque aunque pudieras ocultarla a los demás, siempre la conocerás tú mismo.

* * *

Podrá vivir sin pasiones el que viva bien, es decir, el que viva con su conciencia tranquila.

* * *

El amigo ha de ser como el dinero, que antes de haberle menester, se sabe el valor que tiene.

* * *

La hermosura es una tiranía de corta duración.

* * *

Vaso de la fortuna es la verdad.

* * *

Sólo sé que no sé nada.

* * *

Habla para que yo te vea.

* * *

El camino más corto y fácil para la gloria es el trabajar uno por ser tal como quiere ser juzgado.



El castillo al cual me condujo mi criado, más bien a la fuerza que por mi gusto, pues yo me hallaba gravemente herido, se alzaba vetusto y fuerte en medio de un abrupto bosque en las solledades de los Apeninos. Era una de esas construcciones medioevales, cuya arquitectura majestuosa y melancólica a la par ha existido siempre tanto en la fantasía como en la realidad, y que recordaba mucho a los imaginados por Mrs. Radcliffe. Aquel castillo de altas y sombrías almenas había sido, al parecer, temporal y recientemente abandonado por sus señores.

Como mi estado de salud lo reclamase urgentemente, fui instalado sin dificultades mayores por parte de la persona encargada de custodiarlo durante la ausencia de sus dueños, en una de sus más pequeñas estancias. Su ornamentación, sin embargo, era rica y casi lujosa, aunque antigua y un tanto envejecida. Los muebles eran severos y sólidos, según el *confort* de otros siglos. Las paredes estaban adornadas con tapices, heráldicos trofeos de toda especie y una nutrida colección de cuadros que se distinguían por su buen estilo y que se encerraban en marcos dorados de formas múltiples y caprichosas. Sentí por aquellas pinturas un interés grandísimo, quizás porque yo comenzaba a delirar por la fiebre. Los cuadros se hallaban repartidos no sólo en los testeros de la estancia, sino en varios rincones, teniéndoseles que ver fácilmente y admirar gracias a la singular arquitectura del castillo.

Con el objeto de poder contemplarlos más a mi gusto, ordené a Pedro, mi criado, que encendiese un gran candelabro de bronce que se hallaba junto a la cabecera de mi lecho y que recorriera completamente sus cortinas de ennegrecido terciopelo que pendían rodeándolo. Ya que me era imposible dormir, me distraería así, en la contemplación de aquellos lienzos admirables y en la lectura interesantísima de un pequeño libro que encontré por casualidad sobre una mesa al alcance de mi mano, y en el cual se describían y se daban detalles curiosos, a modo de catálogo anecdótico, de todas aquellas obras pictóricas bajo el concepto de su mérito artístico.

Leí en aquel libro durante mucho tiempo, mientras contemplaba una y mil veces los cuadros. De este modo me sorprendió insensiblemente la media noche. La posición en que se hallaba el candelabro me disgustaba, y por no despertarlo a mi criado, extendí con indolencia la mano a fin de ponerlo de manera que iluminara plenamente las páginas del libro.

Pero aquella variación de luz produjo de repente para mis ojos un efecto tan inesperado como agradable. Los resplandores de sus numerosas bujías proyectáronse, al cambiar la posición del candelabro, sobre un hueco que había en la pared de la estancia y que yo no había podido ver hasta entonces porque una de las columnas de mármol lo envolvía con su sombra. En aquel hueco hallábase colgado un cuadro que yo no había visto antes. Era un retrato de forma oval, a modo de medallón, pintado al óleo, y representaba a

una doncella hermosísima y ya casi mujer. Lo contemplé con una rápida mirada y después cerré los ojos. ¿Por qué? Obedecía aquel impulso inconsciente a un movimiento involuntario para ganar tiempo y pensar en la pintura que tan de repente había visto; los cerraba para calmar y preparar mi espíritu a una contemplación más fría y más segura. Transeurridos unos instantes, volví a mirar el retrato con atención completa. Fue entonces cuando lo ví de un modo límpido y claro. La luz del candelabro, acariciando con su reflejo aquel lienzo singular, disipó el sueño liento estupor de mis sentidos y me condujo a la realidad.

Como ya he dicho, aquel retrato era el de una joven de medio busto sobre un fondo obscuro, en el que resaltaban los hombros y la cabeza, a la manera de los retratos que con tanta predilección pintaba Sully. Los brazos, la garganta y la cabellera brillante se confundían esfumados en la sombra vaga y profunda que servía de fondo al conjunto. Como obra de arte aquel cuadro era perfecto; pero ni su admirable ejecución, ni la immortal belleza de aquel rostro juvenil, fué lo que me impresionó tan hondamente; porque en verdad que, fuera de esto, yo no debía creer que mi imaginación, saliendo casi de un sueño, pudiese tomar aquella cabeza de mujer por la de una persona viva. Los detalles del dibujo correcto y fácil, su estilo natural y el carácter del cuadro, hubiesen disipado inmediatamente todo el encanto y hubiesen alejado de mi mente cualquier ilusión momentánea. Es decir, que había en la *vitalidad* de aquel rostro de mujer algo que no era puramente imaginativo de mi parte, sino propio y exclusivo de la misma pintura.

Permanecí incorporado en mi lecho cerca de una hora, con los ojos fijos en el lienzo y haciéndome estas y otras reflexiones sobre el misterio encantador que de él emanaba. Por fin, después de haber descubierto en qué estribaba su irresistible encanto, volví a recostarme sobre la almohada de mi lecho, necesitado de algún reposo. Había adivinado que su *atracción* singular consistía en una expresión vital inefable, adecuada a la vida misma en toda la plenitud de su realidad. Este milagro conseguido por el artista era lo que me había hecho estremecer desde el primer momento que vi el cuadro, y lo que al fin concluyó por confundirme, subyugarme y asustarme del modo que he relatado. Lleno de respetuoso temor volví a colocar el candelabro en su sitio.

Comprendida y explicada la causa de mi profunda agitación, volví a incorporarme en el lecho ya con el ánimo tranquilo, y busqué con ansiedad el volumen que contenía la historia de aquellos cuadros. Busqué el número que correspondía al retrato ovalado, y, una vez que lo encontré, leí este extraño e interesante relato:

“Esta era una joven de extraordinaria belleza y tan amable como alegre. ¡Triste hora aquella en que conoció al artista, y maldito el momento en que se enamoró de él y se casaron! El pintor

era un hombre de carácter apasionado, aunque austero y estudioso, pero que amaba su arte más que a su esposa; ella, risueña y espléndida hermosa, lo amaba y acariciaba todo, odiando solamente al arte, que era su rival, y siempre triste ante la paleta, los pinceles y los demás utensilios de la pintura, que era la que absorbía constantemente la atención y todo el amor del esposo a quien adoraba. Cuando éste, cierto día, le habló de hacer su retrato, el corazón de la joven se oprimió tristemente. Pero como era una eriarata celestial, de condición amable y bondadosa, se prestó obediente a servirle de modelo, sentándose tras el lienzo en actitud dulce y apacible. Durante muchas semanas, en la sombría y elevada estancia de la torre del castillo que servía de taller al pintor, y en la cual la luz filtrábase cenitalmente por una claraboya acristalada que se abría en lo alto del techo, el artista cifraba toda su gloria trabajando infatigablemente en la ejecución de su obra, que iba adelantando de día en día y de hora en hora.

Pero como era un hombre pensativo, extraño, apasionado por el arte, y cuya imaginación soñaba siempre no más que en perfeccionar su obra, no quería comprender, y casi no llegó a sospechar, que la luz tan triste y lúgubremente filtrada por aquella alta claraboya, iba robando por grados la salud y la fuerza de su modelo, que languidecía visiblemente para los ojos de todo el mundo, excepto para los suyos. A pesar de su agotamiento, la joven sonreía, sonreía constantemente, sin quejarse jamás, y guardando la expresión más alegre para que su esposo continuara felizmente la obra emprendida con tanto entusiasmo y en la cual trabajaba abstraído de día y de noche. Las personas que contemplaban el cuadro hablaban en voz baja admirados de su gran semejanza con el original y del genio del artista.

Pero cuando la obra iba llegando a su término, el pintor dió órdenes para que no se dejara subir a nadie a su estudio, y pintaba con tanto ardor, que parecía loco, sin separar la mirada del lienzo y del rostro de la joven, que se tornaba cada vez más lánguida y más débil. Y el artista no veía que los colores que ponía en su retrato iba extrayéndolos de la mujer que tenía enfrente, y cuando hubieron transcurrido muchas semanas y sólo quedaba muy poco que hacer para terminar la obra, nada más que un pequeño toque en los ojos y una suave pincelada en los labios, el alma de la joven, ya exangüe, aun palpitó como se anima momentáneamente la llama de una lámpara próxima a extinguirse. Y cuando aquella pincelada en los labios cálidos y aquel toque en los ojos brillantes fueron dados por el artista, permaneció durante un momento extasiado ante su obra; pero, un instante después, se estremeció asustado de la perfección del retrato, y tornándose pálido como un difunto, gritó con voz indescriptible: —¡Ah, he retratado la vida!— ¡Y volviéndose bruscamente hacia su esposa, vió entonces que ésta había muerto!

Hamlet a los cómicos

(Palabras que, casi siempre, cortan los actores al representar la gran tragedia.)

Habla Hamlet.—Ruégote pronuncies este pasaje tal como lo he recitado, con soltura y naturalidad, pues si lo declamas a voz en grito, como hacen muchos actores, tanto valdría que hiciera recitar yo mis versos por el pregonero. Guárdate también de drenar demasiado el aire, así, con la mano; hazlo todo con mesura, pues hasta en el mismo torrente o tempestad y, aún diría, torbellino de la pasión debes tener y poseer suficiente templanza para darle suavidad. ¡Oh! me hirió el alma el oír a un robusto mocetón, con su enorme peluca, desgarrar una pasión hasta convertirla en girones y verdaderos guiñapos, hendiendo los oídos de la gentecilla del patio, que, por lo general, es incapaz de apreciar otra cosa que incomprendibles pantomimas y barullo. De buena gana haría yo dar de azotes al tal mocetón por parodiar de este modo a Termogante. Esto es ser más herodista que Herodes...

No seas tampoco demasiado tímido; mas en esto tu propia discreción debe ser tu maestro. Acomoda el gesto a la palagra y la palabra al gesto, poniendo un especial cuidado en no traspasar los límites de la natural ponderación; porque toda cosa llevada a tal extremo se aparta del propio fin del arte dramático, cuyo objeto, tanto en su origen como ahora, ha sido y es presentar, como quien dice, un espejo a la naturaleza humana; mostrar a la virtud sus propios rasgos, al oprobio su misma imagen y a cada edad y creación del tiempo su real impresión. Ahora bien; si se exagera la expresión, o si ésta languidece, por más que ello haga reír a los ignorantes, no puede menos de enojar a los discretos, cuyo criterio, aunque se trate de un solo hombre, debe pesar más en vuestra estima que de los otros un teatro lleno. ¡Ah! Cómicos hay a quienes he visto representar y los cuales he oído elogiar, y en alto grado, que, para no decirlo, en malos términos, no teniendo ni acento ni traza de cristianos, de paganos ni tan siquiera de hombres, se pavoneaban y ahullaban de tal suerte, que he llegado a pensar que tal vez si algún vil jornalero de creación, tratando de hacer hombres, no hubiera logrado sino hacer tales engendros, tan abominablemente imitaban ellos la humanidad...

No permitáis que los que hacen de graciosos digan más de lo que hay en su papel; porque algunos hay entre ellos que empiezan a dar risotadas para hacer reír a unos cuantos espectadores imbéciles, aun cuando en aquel momento algún punto esencial de la pieza reclamaba atención. Esto es indigno y revela en el insensato que tal hace la más deplorable pretensión...

Shakespeare.

(De la edición Seguí, traducida por C. Montaliu).

:: FRASES DE RENAN ::

En estos días en que comienza un nuevo año, cuando todos son proyectos, planes futuros, ideas para lo porvenir, conviene leer unos pensamientos, inéditos hasta ahora, de Ernesto Renan.

En ellos desborda el idealismo. Oigamos la voz del que escribió la poética *Vida de Jesús* :

“Tengo tanto apego a la vida, quiero vivir tanto, que no tengo tiempo para la vida externa. No quiero que nada se me escape, ansío recogerlo todo. Tan pronto quiero lanzarme en la vida política, como absorberme en la Ciencia, como vivir para el amor tan sólo, o en una choza perdida en los campos, desconocido, o en medio del barullo mundano.

“¡Ola infinita de mi corazón, tema eterno de toda poesía, oh, misterio de las cosas, amor, dios oculto, fuerza universal que siento en mí! Cuando se piensa que todo esto no es más que un fenómeno aislado en el inmenso seno del infinito, fenómeno de un día, entonces una santa tristeza, que es alegría, me invade; las palabras ya no son nada, todo es verdadero, todo quimera, todo se borra”.

* *

“Creo en la obra de los tiempos modernos. Acaso es esta mi mejor profesión de fe, la más exacta a la que con más frecuencia me refiero”.

* *

“Todo lo que es bello encanta a mi alma; todo lo que es santo hace latir mi corazón”.

* *

“Harto corta es la vida. Sería preciso una vida para amar, una vida para saber y otra para obrar rectamente. Pero, ¡ay!, si se quiere amar, es necesario renunciar a saber, y si a saber se aspira, es necesario renunciar al amor. Esto es cruel”.

* *

“La inmortalidad del ama ha sido más bien funesta que útil al progreso humano. Porque, admitida la inmortalidad, ya no vale tanto la pena de ocuparse en restablecer la equidad en esta vida; eso es cosa de lo alto. Los católicos obstinados tienen entonces razón.

“Nuestra teoría es la de que debe obrarse como si no hubiera vida futura, exista o no. Predicar al pueblo la no vida futura es hacerle un favor, porque es excitarle a esforzarse en el presente. Predicarle la vida futura es adormecerle y tal vez engañarlo, hacérselo perder todo para obligarle a correr tras de una quimera”.

“Quisiera transformar la moral. Se ha hecho de ella algo negativo: no robar, etc. Luego el hombre que únicamente fuese moral de este modo sería el más pálido, el más triste, el menos bello de los hombres. El más moral sería el hombre frío y sin vida. Esto es precisamente lo inmoral. No; el hombre moral es el hombre bello, el hombre que, no preocupándose por estas pequeñas y reglas vulgares, aspira lo bello por todos sus poros. Lo capital es que sienta alta-

mente, que se eleva sobre este pálido horizonte que limita la vida vulgar, que sea noble y hermoso. El inmortal es aquel que sólo ve lo finito, que, fiel acaso a estos pequeños deberes, no tiene ímpetus ni amor. Al que habita en Dios, todo le está permitido”.

* *

“Antiguamente los grandes hombres vivían a expensas de los demás.

“Alejandro y Napoleón fueron grandes despreciando al género humano. La cosa ha cambiado. La grandeza consistirá en ser puro, moral, intelectual. Antes, para ser grande, se requería despreciar al género humano. No comparto los lugares comunes que se dicen en contra de los conquistadores. Los que han tratado a Alejandro como un simple loco, que incendió Asia por gusto, son unos necios. ¿Dónde estaría el espíritu humano si Alejandro no hubiera hecho su maravillosa expedición? No; las guerras y las conquistas han sido instrumentos de progreso. No pasará lo mismo (en tiempos más lejanos) cuando esté racionalizado todo el mundo”.

* *

“En la Historia no hay que buscar lo estable. En cuanto un desarrollo llega a su madurez la putrefacción. El régimen de julio se hallaba en sazón en 1840. Desde entonces el mal que contenía se fué haciendo cada vez más intolerable. Hasta entonces había permanecido oculto por el lento crecimiento. Mientras éste dura, el mal no aparece; pero al llegar a la madurez se descubre”.

* *

“Cuando se desciende por un río, se encuentra uno de pronto, en un recodo, ante un horizonte nuevo e inesperado... Así ocurrió en la revolución de febrero. La burguesía caminaba dulcemente. El socialismo se presenta; ella reconoce que le ha traído, y se asusta de sí misma. ¡El maldito siglo XVIII realizó esta obra! Paciencia. hay que tragar la píldora”.

* *

“La civilización triunfa siempre de los incivilizados, no resistiéndoles y excluyéndoles, sino aceptándoles. Atenas venció a los macedonios, puesto que veinte años después Alejandro recorría el mundo por el placer de desalojar a los burgueses de Atenas. Grecia venció a Roma, puesto que cien años después Roma era completamente griega. Roma venció a los bárbaros, puesto que en cuanto forzaron su entrada trataron de hacerse romanos, de hablar latín, de apropiarse sus usos y costumbres. El imperio, la autoridad, vienen de Roma”.

* *

“Concibo una novela sin ningún incidente exterior, una historia exclusivamente interna. Cinco o seis almas, unas enfrente de otras, en posiciones exteriores invariables, agitadas interiormente por la inteligencia y el sentimiento”.

* *

“Muero en la religión de lo porvenir”.

ORIGEN DE UNA AUTORIDAD

Por MULTATULI

Thugater ordeñaba las vacas de su padre y ordeñaba bien, porque la leche que ella llevaba a la casa producía más manteca que la leche conducida por sus hermanos. Te diré las razones, y atiende, Fanny, para que te des cuenta... por si eres alguna vez ordeñadora. Te digo esto no para incitarte a ordeñar como Thugater, sino para edificarte con el ejemplo de sus hermanos, quienes, por ordeñar menos bien, obraban mejor, ¡por lo menos con más inteligencia!

Antes de la llegada de los ordeñadores al prado, mucho antes aún, las vacas esperan ante la barrera, desconsu de ser libradas de la abundante leche que encierran, en realidad, para sus terneros. Pero los hombres comen esos terneros por ser propios para ello. Y entonces se acumula la leche en las ubres. Ahora, ¿qué sucede mientras las vacas esperan en la barrera?

Durante esta espera la parte más ligera de la leche: crema, grasa, mantequilla, sube, se aleja del pezón.

Así, pues, el que ordeña con paciencia hasta el fin, conduce a casa una leche grasa. El que está apurado deja la crema.

Y ahí tienes: Thugater no estaba apurada de ninguna manera, sus hermanos sí.

Porque estos pretendían tener otros derechos más que ordeñar las vacas del padre. Ella, en cambio, no se preocupaba de ello.

—Mi padre me ha enseñado a arrojar flechas con el arco,—decía uno de los hermanos.—Puedo así vivir de la caza y quiero rodar tierra y trabajar por mi cuenta.

—El me ha mostrado cómo se hace un bote—exclamaba el tercero.—Derribo un árbol, y me siento encima, en el agua. Quiero saber lo que hay del otro lado del lago.

—Quisiera cohabitar con la rubia Guna—declaraba el cuarto,—y tener una casa con ordeñadores que ordeñen para mí.

Así cada hermano tenía una aspiración, un deseo, una voluntad. Y estaban de tal modo obsesionados por sus proyectos que no se daban tiempo para recoger la mantequilla que las vacas, melancólicamente, guardaban sin provecho para nadie.

Pero Thugater ordeñaba hasta la última gota.

—Padre—dijeron los hermanos un día—nos vamos.

—¿Y quién ordeñará?—preguntó el padre.

—¡Pero... Thugater!

—¿Y si a ella también le da la loca por navegar, pescar, cazar, ver el mundo? ¿Si se le ocurre cohabitar con un rubio o un moreno, tener para sí una casa y todo lo demás? ¡Puedo pasarme sin vosotros; pero no sin ella... porque la leche que ella ordeña, es tan gorda!

Entonces los hijos, después de reflexionar, respondieron:

—Padre, no le enseñes nada, así continuará ordeñando hasta el fin de sus días. No le muestres cómo una cuerda tendida arroja una flecha al extenderse; ella no pretenderá cazar. Hazle ignorar que los peces fragan un anzuelo de acero

cuando está disimulado por la carnaza, y no pensará ni en el anzuelo ni en las líneas. No le enseñes cómo se socava un tronco sobre el cual se puede atravesar el lago; no se preocupará por ver la otra orilla del lago. Y no le hagas saber nada de esto, y ella quedará cerca de ti, y la leche de tus vacas seguirá siendo grasa. ¡Pero deja partir a tus hijos según su voluntad!

Así hablaron los hijos. Pero el padre, que era hombre avisado, respondió:

—¿Y quién impedirá que ella sepa lo que yo no le enseñe? ¿Qué sucederá cuando vea a la libélula blanca flotar sobre una rama vacilante. ¿Cuando, por acaso, un hilo tendido de su bastidor, aflojándose de repente, arroje con fuerza la aguja? ¿Cuando al borde del arroyo observe al pez que, con inhábil glotonería, queriendo tragar el gusanillo tembloroso, se prende en las nudosidades espinosas de las cañas? ¿Y, en fin, cuando encuentre el nido que las alondras construyen en el árbol en el mes de mayo?

De nuevo los hijos reflexionaron, y después:

—¡Todo esto no le revelará nada, absolutamente, padre! Es demasiado necia para que su saber le sugiera un deseo. Nosotros mismos nada sabríamos si nada nos hubieses dicho.

Pero el padre replicó:

—¡No, ella no es necia! Temo que aprenda sola lo que vosotros no hubieseis aprendido sin mí. ¡Necia, Thugater no lo es!

Los hijos, después de una meditación—esta vez más profunda—dijeron:

—Padre, dile que saber, comprender, desear, son pecados en una joven.

Esta vez el prudente padre fué satisfecho. Dejó partir a sus hijos a la pesca, a la caza, a las aventuras y al matrimonio.

Pero prohibió, saber, comprender y desear a Thugater, quien, en su ingenuidad, continuó ordeñando hasta la muerte.

Y las cosas han quedado así hasta nuestros días.

No dudes, ¡oh, poeta! Dí: está en mí y ello saldrá.

Emerson.

Mientras vivimos está sobre el yunque nuestra personalidad.

Rodó.

Y de improviso comprendí que no hay felicidad comparable a la de ser artista y crear.

Wagner.

Audacia, audacia y más audacia.

Dantón.

Diluye en tu prudencia un grano de locura.

Horacio.

La humanidad es harina que quiere ser amasada: hazla pan.

Almafuerte.



El retrato

— UN CUENTO —
SOBRE LOS EQUIVOCOS
IMPULSOS DEL AMOR

— POR —
MANUEL BUENO

—Yo no me explico eso de que se enamore uno de un retrato; vamos, que me parece absurdo aceptar que una imagen sin alma, impresa en una cartulina, pueda conmover a nadie... Si nuestra personalidad fuese únicamente corporal, lo visible, si nos hiciéramos un lugar en las simpatías o en el afecto de los demás, sólo por nuestras hechuras físicas, pase; pero como ello no sucede, sino que suelen ser nuestro pensamiento, nuestra voz y nuestra mirada los que nos aseguran el dominio de un corazón, he ahí por qué niego la posibilidad de esos amores fulminantes. ¡Enamorarse de un retrato! El que sea capaz de tamaña bobería, demuestra que no ha conocido, que no ha tratado íntimamente a una mujer de carne y hueso... Los que hemos querido una vez con pasión, los que aun conservamos en la sangre el fogoso latir de un amor que no se resigna a la muerte, no podemos comprender esas pueriles exaltaciones... Nos consta que el amor no es la efímera adoración de un poco de carne bien modelada, ni el fugitivo hechizo de unos ojos, ni el encanto sensual de una boca, ni el garbo del andar, ni la elegancia del arreo. Claro está que todo eso entra por mucho en el germinar de un cariño; pero, creedme, sin el trato íntimo de alma a alma, sin el franco abandono con que dos seres, un hombre y una mujer, se hacen cesión de sus vidas, inmolándolo todo: interés, tranquilidad, egoísmos y vanidades, el amor no cuaja, no se afirma.

—Estás haciendo una pintura de la pasión amorosa y no del amor—exclamó uno de los presentes, mozo que aparentaba tener unos treinta años, bajito, flacucho, y en cuyo rostro moreno lucían dos ojos azules y traviosos,—y por de contado, te sales de la cuestión—añadió, accionando con viveza.

—Bueno—repuso el primero, que le llevaba a su contradietor ostensibles ventajas físicas, pues sobre ser alto, de recia armazón muscular, le recomendaban a la atención de las mujeres dos ojos negros, de límpida mirada, y una barba en punta que añadía a su semblante la gracia fan-

farrona del reto, —bueno: yo declaro que no comprendo más amores que los profundos, los durables, los que aun después de apagados dejan en el corazón la huella de un desconuelo y en el recuerdo la nostalgia de la dicha perdida... Por lo visto, tú llamas amor a la aproximación casual, pasajera, de una mujer y un hombre que hablan ocho o diez veces juntos y se separan luego de haberse prometido las ternuras de un cariño eterno... Yo, con tu permiso, lo llamaría capricho, aventurilla, que empieza entre bromas y risas y concluye con un rasguño de la vanidad de ella o con un bostezo de cansancio de él.

—Permíteme que te reconozca la superioridad pasional de un Otelo o de un Marco Antonio, y te cito estos personajes porque sé que lees a Shakespeare—concluyó el pequeño, deslizando en sus palabras un poco de socarrona malicia.—Hablas de amor doctoralmente, como hablan los médicos de las enfermedades que han estudiado con asidua prolijidad. Pero, en fin, tú no te enfadarás si sostengo aquí que hace algún tiempo me enamoré yo de un retrato, no con la pasión de que sois capaces los temperamentos fogosos, sino de un modo más vulgar y menos vivo. De todos modos, te juro que pasé entonces muchas horas de inquietud...

—Y como no quiero que dudes de la verdad de lo que digo—añadió Barral, mientras liaba un cigarrillo,—allá va la historia. ¿Os acordáis de Jiménez Bareño?...—preguntó en seguida, enchufándose el cigarrillo entre los labios.

—¿Aquel cubano gordito que hablaba por los codos y acabó en la insurrección?—interrogó Villares, reteniendo la punta de su barba con la mano izquierda.

—El mismo. Pues bien: en casa de aquel tipo me enamoré yo de un retrato.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—Os aseguro que aquello empezó con ciertos visos de seriedad y con sus exterioridades novelescas, pero por lo visto la suerte no me tiene reservadas a mí tales empresas, porque aquello concluyó en sainete... Una vez, de las muchas

que estuve en casa de Jiménez Bareño, el criado hubo de introducirme en su alcoba, porque el señorito estaba enfermo y se había acostado.

Mientras él hablaba—ya recordaréis lo largo que era de palabra—yo me di a curiosear con la mirada, poseído de ese instintivo recelo que nos comunican las personas y las cosas que no nos son familiares. ¿Lo habéis notado alguna vez? Yo respondo de que soy tardío en la adaptación a un medio desconocido. Y no es medrosidad, sino desconfianza. Es que busca uno a su alrededor esa simpatía que parece que nos dispensan las cosas que tocamos diariamente y en cuya intimidad vivimos...

—Bien, bien: al grano—interrumpió Alvaro Villares bruscamente.—Te pierdes en un dedalo de digresiones que no nos interesan.

—Ya sabemos que eres un espíritu sagaz para la observación—añadió Fresno con insidioso tono.

—Bueno, pues, allá voy—continuó Barral, sin atender a sus interruptores.—Mientras el cubano vaciaba delante de mí un costal de majaderías, contándome sus cuitas por el sesgo de la insurrección, y deplorando que le hubiesen quemado su ingenio los mambises, yo no hacía más que fijarme en uno de los retratos colgados de la pared, a la cabecera de su cama. Representaba a una mujer en plena lozanía de la juventud, bien proporcionada de carnes, aunque sus hombros estuviesen más cerca del exceso que de la escasez; morena, con ojos negros, inmensos, que se abrían vorazmente como para tragarse al hombre que los afrontara. Y aquellas pupilas quietas mostraban tal intensidad de vida, aun en la cartulina, que parecían invadir el alma del que los miraba. Yo me quereé absorto y con una interrogación suspensa de los labios. Jiménez Bareño debió advertirlo, porque me preguntó:

—Miraba usted a esa señora?...

—Sí—le repuse.—Es muy hermosa...

—Y viuda—añadió él, como si me quisiera sugerir un deseo.

—¿Es pariente de usted?

—No; amiga de mi familia. Y vea usted qué casualidad: ahora se encuentra en Madrid.

—Eso quiere decir que no vive habitualmente en España.

—No: en Cuba. Tiene allí grandes propiedades y una renta muy crecida que le permite pasearse por Europa cuando quiere.

—Envidiable mujer—añadió yo, poniendo otra vez los codiciosos ojos en el retrato...

—¡Phs!... Regular, nada más—dijo el cubano con espontáneo desdén.—Le prometo a usted presentársela...

—Hombre, se lo agradeceré mucho. No me atreva a pedirselo...

Nos despedimos, y durante los cuatro o cinco días que tardó mi hombre en reponerse le hice dilatadas visitas. No por él, ni por lo que me interesara su salud, sino por el retrato.

Y en aquellos días, señores, se entregó mi espíritu a las más temerarias conjeturas. ¿Qué efecto causará a esa mujer? ¿Cuáles serán nuestras relaciones? ¿Influirá en mi vida? Declaro sin sombra de rubor que se me despertó ese obscuro

instinto de fatuidad que late en todos nosotros y que nos pierde siempre que no logramos distmularlo delante de las mujeres. Se nos figura que apenas se nos acerca una de esas criaturas bellas y astutas la vamos a volver loca de amor. Y luego, pasado el tiempo, se convence uno de que ha hecho el tonto sin la más pequeña utilidad...

—Al grano, al grano—tornaron a decir Villares y Fresno con impaciencia...

—Pues, señor, el cubano me hizo víctima de una broma cruel...

—¿Es que la mujer había fallecido presintiendo tu visita?—interrumpió festivamente el crítico.

—No: fué algo peor. A los pocos días, Jiménez Bareño me escribió una tarjeta invitándome a almorzar.

—Venga usted—me decía,—y luego nos iremos al hotel de París, donde está hospedada mi amiga.

Ya comprenderéis que fuí puntual. Me vestí con toda la elegancia compatible con mi tipo, me zampé en un simón y... adelante.

Jiménez me recibió muy contento. ¿Es que se recreaba de antemano a mis expensas? Después de almorzar le acompañé hasta la Peña, donde volvió a obsequiarme con aquel rumbo que era su cualidad más simpática. Yo estaba impaciente.

—A las cuatro — me dijo — nos espera la señora de Samocilde...

De allí a poco, a la hora señalada, nos encaminamos a pie hacia el hotel. Joménez dió su tarjeta, fuimos introducidos interinamente en la sala de visitas, y cinco minutos después llegaba a nosotros una voz de mujer, una voz agradable y fresca, invitándonos a pasar. Yo estaba cohibido como un chiquillo ante un tribunal de exámenes. Me rehice como pude y avancé acompañado de mi amigo. Entramos en las habitaciones, y casi en el umbral se nos adelantó una señora como de cincuenta años, gruesa, aunque ágil todavía, ni alta ni baja, y cuyo rostro encarnado le daba un vivo parecido con una langosta. Se expresaba en ese castellano desmayado y zalamero que usan los americanos, y que tanto me carga a mí.

—Tengo el gusto de presentarle a mi amigo el señor Barral—dijo con llaneza Jiménez Bareño.—Hace días que mostraba deseos de saludar a usted...—añadió sin inmutarse.

Saludé como pude, tomamos asiento y la conversación rodó sobre mil asuntos diversos, ninguno de los cuales me interesaba.

Transecurrida una hora larga de talle, salimos.

—¿Pero es esta señora la del retrato?—le pregunté a Jiménez Bareño apenas pisamos el zaguán.

—La misma—repuso con flema.—¿Qué? ¿La encuentra usted un poco cambiada?

—Sí, eso es: un poco cambiada—contesté, alagando mi indignación.

—El retrato es de hace veinte años, y ya ve usted, no pasa el tiempo en vano...

No he vuelto a ver a Jiménez Bareño, pero me consta que los insurrectos me vengaron fusilándole.



MAHATMA GANDHI

ESTE HOMBRE DE FISICO ASPECTO POCO ATRAYENTE ES EL *HOMBRE-DIOS* DE LA INDIA. LO SIGUEN CUATROCIENTOS MILLONES DE ALMAS EN EL INMENSO DOMINIO ORIENTAL QUE EXPLOTA LA TETRICA ALBION.

GANDHI, CUYAS DOCTRINAS TIENEN CONCEPTOS SUPERIORES A LOS DE CRISTO, ES LA FIGURA MAS INTERESANTE DE ESTA EPOCA. SUS SACRIFICIOS POR LA LIBERTAD DE LOS HINDUES NO TIENEN LIMITES. SOLO ROMAIN ROLLAND HA SIDO CAPAZ DE EVOCAR LA MAGNITUD DE ESTE HOMBRE.

SED COMPASIVOS CON LOS ANIMALES

POR
M. GIMENO.



ES INDUDABLE,
QUE LAS BUENAS FAMILIAS
DE NUESTRA METROPOLI
CUMPLEN CON EL PRECEPTO
TAN
HUMANITARIO DE "SED
COMPASIVOS CON LOS ANIMALES"



HE AQUI A UNA
CARINOSA
NINA CON SU
FAVORITO.



EL REY DE LA
CASA, QUE GOZA LA
ESTIMACION DESUS
DUEÑOS COMO SI FUERA
UN HIJO



LA MILLONARIA
SEÑORA SPAGETTI
QUE EN CASO QUE
MUERA ANTES QUE
SU PERRO LO HARA
HEREDERO DETODOS
SUS MILLONES



LA NIÑA "FIFI"
Y SUS DOS
DEBILIDADES



SOCIEDAD PROTECTORA
DE ANIMALES.

TIENE LA PUERTA SIEM-
PRE ABIERTA, PERO SOLO
PARA LOS ANIMALES.

EL PRELUDIO DE LA LUCHA

La nueva guerra será más grande que todas las pasadas.
Tétrica y fantástica la India se levanta contra la tiranía
de Inglaterra. — Las grandes huelgas. — La no-
cooperación. — La no-resistencia.

ARTICULO INEDITO DE MAHATMA GANDHI

Se han compilado en un volumen que lleva prólogo de Romain Rolland, una serie de artículos de Mahatma Gandhi, traducidos al francés. El primero, que damos en este número, en castellano, apareció en el "Nava Jivan", el 29 de octubre de 1919, primer día del año en la provincia de Gujerate.

Es difícil realizar un balance del año que termina. La guerra concluyó, pero sin beneficio alguno, y las esperanzas que ella había hecho nacer, están ya muertas. La paz, que debía ser una paz duradera, no lo es sino de nombre: se tiene la certeza que esta guerra, más importante que la guerra del Mahásháhat, es el preludio de otra más grande aún. Un descontento general se ha extendido por Francia, América e Inglaterra. Parece un enigma monstruoso lo que ha seguido. En lo que respecta a la India, vemos desesperación por todos lados. Se creía que después de la conflagración, la India obtendría por fin algún resultado serio; mas ha sido defraudada de nuevo — y es muy posible que las reformas esperadas (1), por lo que sabemos, no se realizarán. Mas: en caso de que las tengamos, ellas no nos servirán para nada. El congreso de Delhi, y todo aquello que se le ha agregado, en el presente son únicamente palabras al aire.

Pendjah fué teatro de escenas terribles, y seres inocentes fueron sacrificados, bajo el reinado del terror. El abismo que separa a los administradores de los administrados se ha ensanchado.

El 6 de abril se levanta sobre la India entera el sol del Satyágraha (2). Las nubes de dispersan y se ven distintamente los rayos. Solamente hay en Pendjas y en Anumedabad un eclipse, cuyas tinieblas nos atormentan todavía. A pesar de todo, se ve al Satyágraha renacer en la mayoría de los espíritus. El 17 de octubre una huelga se hizo en diversas partes del territorio, en medio de una calma y una paz absolutas. Los adictos pasaron todo el día de rodillas y orando. Los hindúes tomaron parte en el duelo de los musulmanes, compartiendo la esperanza de estos últimos y al mismo tiempo estrechando los lazos que les unen a ellos, lazos que actualmente serán muy difíciles de romper.

Si alguien preguntase cuál fué el acontecimiento más importante del año pasado, responderíamos sin la menor vacilación: "Fué la acogida dispensada al Satyágraha, por ínfima que haya sido para los dirigentes como para los adictos.

En el Satyágraha está toda la esperanza de la

India. ¿Pero qué es el Satyágraha? Muchas veces fué descrito; mas así como el sol no puede serlo por la serpiente Sheshagh (3) de la misma manera en los distintos idiomas, así el sol del Satyágraha no puede describirse en forma completamente satisfactoria. Nosotros vemos siempre el sol, y sin embargo no sabemos gran cosa de él. Lo mismo nos parece percibir sin cesar el sol del Satyágraha, pero en realidad lo conocemos muy poco.

Las esferas de la actividad, son los Swadesgh (4), y las reformas políticas y sociales de duración tendrán que apoyarse sobre el Satyágraha. El camino que lleva al Satyágraha es distinto del camino trillado, y, por otra parte, no es muy fácil descubrirlo. Pocas gentes se han aventurado; las huellas de los pasos son raras, distintos, esparcidos, lo que explica que se le tema. Y además, por él hay que andar muy lentamente.

Aquel para quien el Satyágraha no es sino que Desobediencia Civil no lo ha entendido nunca. Sino únicamente aquel que sabe construir después de destruir. El poeta ha cantado:

"El sendero de la verdad es el camino de los
(bravos,
El es inaccesible a los débiles."

Los espíritus débiles no pueden entenderlo. Le es imposible a un débil de espíritu, aceptar la unión hindú-musulmana, exponerse al profundo dolor hindú, o viceversa, y conservar su equilibrio moral. Si unos y otros alcanzan a llegar a un poco de tolerancia, se obtendría inmediatamente el Swarraj (la autonomía). Como el svadeshi y la Unión Hindú-musulmana son ambos por esencia, religiosos, la India cumplirá un acto de religión.

He aquí, entonces, cuál es la plegaria que elevamos en el nuevo año:

"Señor, guía a la India hacia el camino de la verdad, enséñale al pueblo la religión del Swadeshí, y afirma la unión de los hindúes, de los musulmanes, de los persas, de los cristianos y de los judíos que viven en la India".

(1) El gabinete británico prometió a la India importantes reformas constitucionales.

(2) Satyágraha, etimología Satya Justo, derecho. Agraha tentativa. Tentativa Justa. Se aplica especialmente a la no aceptación de la injusticia por dignidad a sí mismo.

(3) La gran serpiente sobre la que está acostado el dios Vishnu.

(4) Swadeshi, etimología, Swa, Delf. Por sí mismo, Deshi, país. Uso exclusivo de los productos del país.

LA PAJA HUMEDA DE LOS CALABOZOS

● POR JUAN RECHIPIN ●

Pasó los diez primeros años de reclusión sin hacer nada; necesitó todo este tiempo para habituarse a su nueva existencia, para instalarse, para amoldarse a las costumbres de la casa.

Como aún le quedaban veinte años de vagancia, una mañana, al levantarse, pensó que era una vergüenza llevar aquella vida de ocioso y que se hacía necesario que buscara una ocupación, alguna labor, si no digna de un hombre libre, ya que estaba preso, por lo menos propia de un ser humano.

Empleó todo un año para reflexionar e inquirir cual sería el objeto definitivo de su existencia. Ideas diversas cruzaban por su mente.

¿Educar a una araña? Eso era una cosa vieja y vulgarísima. ¡No; eso sería imitar a Pellison! ¡No quiero plagios!

¿Contar con los dedos las sinuosidades de las paredes? He aquí una ridiculez, un entretenimiento tonto y sin provecho ninguno.

Un día se dijo a sí mismo:

—Debería hallar algo que fuera interesante y útil a la vez, y que además resultase un acto de venganza. Debería encontrar un traba que además de ayudarme a matar el tiempo, proporcionándome algún bienestar, tuviera el valor de una protesta.

La celda del preso era un verdadero calabozo, en la que el sol tan sólo la visitaba media hora durante el día, y, aún, reducido, como puede suponerse, a una radiación tenue, cual un fino hilito de luz. El montón donde descansaban los doloridos miembros del desgraciado estaba hecho de paja húmeda.

—¡Cosa resuelta! — exclamó enérgicamente. — ¡Ahora sí que haré burla de los guardianes y voy a reirme de los jueces! ¡Haré secar la paja!

Comenzó por contar las pajuelas que formaban el montón. Había mil trescientas siete. Un hecho ciertamente, bien pobre. Inmediatamente hizo un ensayo para saber el tiempo que necesitaba para secar una pajuela. Emplearía en ello tres cuartos de hora.

De modo que las mil trescientas siete pajuelas exigirían un total de novecientos ocho horas y quince minutos, o sea, contando media hora de sol cada veinticuatro horas, mil novecientos sesenta y un día. Suponiendo que el sol no brillase, término medio, más que un día por cada tres, se llegaba a la suma de diez y seis años, un mes, una semana y seis días.

Era, con la diferencia de unos seis meses, todo el tiempo que tenía por delante. Comenzó la labor.

Cada vez que entraba el débil rayo luminoso, exponía a su paso una pajuela y aprovechaba, de esta manera, todo el hilo de sol que recibía. Las pajas que iba secando las conservaba, después, al calor de su cuerpo, bajo la mísera ropa que le cubría.

Pasaron diez años. El preso ya no se echaba más que encima de una tercera parte de la paja húmeda, y llevaba el cuerpo repleto con las otras dos terceras partes, hechas secar tan pacientemente.

Pasaron quince años. ¡Qué alegría! Ya no quedaban más que ciento treinta y seis pajuelas húmedas. Con cuatrocientos ocho días que pasaran, podría ya alzar la cabeza, orgulloso de su obra, vencedor de la sociedad, podría gritar con acento de venganza y con la risa satánica de los rebeldes:

—¡Ah, ah! ¡Me habíais condenado a la paja húmeda de los calabozos! Pues, bien, ¡llorad de rabia! Me echo en paja seca.

Una noche que el preso soñaba con su futura felicidad, loco de alegría, con la borrachera de ver completado su deseo, volcó el cántaro y el agua le cayó encima del pecho. ¡Toda la paja se había mojado!...

¿Qué tenía que hacer? ¿Volver a empezar el trabajo de Sísifo? ¿Volver a emplear otros quince años secando briznas de paja en briznas de sol?

Le faltaban ánimos. Vosotros, los que sois afortunados, los que renunciáis a un placer cuando son necesarios dar cuatro pasos para alcanzarlo, ¿os atreveríais tirarle la primera piedra? Diréis:

—¡Pero, si ya no tenía que esperar más que un año y medio para cumplir!

Sin embargo, os olvidáis del orgullo herido y de sus esperanzas defraudadas? ¡Pues qué! ¿Aquel hombre había trabajado quince años para poder dormir encima de un montón de paja seca e iba a resignarse abandonar a el calabozo llevando enredadas en sus cabellos las pajuelas húmedas? ¡No! Somos o no somos dignos.

Ocho días y ocho noches se revolcó, desanimado, luchando con su desesperación, y buscando hallar consuelo. Acabó rindiéndose y declarándose vencido. Había perdido en la lucha.

Una tarde cayó de rodillas, desesperado, dolorido. Lágrimas de hiel surcaban su rostro descompuesto. Exclamó:

—¡Dios mío! ¡Perdóname si me siento sin ánimos y sin fuerzas, hoy. He sufrido durante treinta años; he visto adelgazar mis miembros, arrugarse mi piel, debilitarse mi vista, empobrecerse mi sangre, caérseme mis cabellos y mis dientes; he resistido el hambre, el frío y la soledad. Para sostener mis fuerzas poseía una esperanza, la realización de la cual era el objeto de mi vida. Ahora, el objeto se ha borrado para siempre; ahora, estoy deshonorado. Perdóname si dejo mi lugar, si abandono el campo de la lucha, si huyo como un cobarde. No puedo más!

Después, se apoderó de él un acceso de indignación.

—¡No! — gritó — ¡No! y mil veces no! ¡No podrán decir que yo he malgastado mi vida de cualquier manera! ¡No, no estoy vencido! ¡No desertaré! ¡No soy un cobarde! ¡No, no me echaré ni un minuto más encima de la paja húmeda de los calabozos! ¡No, la sociedad no ha de contar de mí!

Y el preso murió aquella noche, vencido como Bruto, grande cual Catón. Murió de una indignación heroica: habíase comido toda la paja.

(Trad. de J. Serra.)

AGUAS ABAJO

por ELÍAS CASTELNUOVO

Estoy en la bodega del barco, tirado en un rincón, donde nadie me ve ni nadie me mira. En verdad os digo, me gusta que esto suceda: quiero estar solo, completamente solo...

Arriba, el sol quema... Sobre la borda un gendarme de facciones duras y soberbias, de ojos saltones y de piel cobriza, lleva a un loco amarrado con un chaleco de fuerza, confeccionado con lona gruesa y cruzado de correas sólidas y amplias. En el cuello tiene una que mide, por lo menos, cuatro dedos de espesor, con hebillas reforzadas que brillan como espejos. El loco está sentado en un banco y no se puede mover. A cada rato pide agua.

Ya contrajo cierta inteligencia con el gendarme que le conduce y cuando siente sed, alza la cabeza, le clava sus ojos inexpresivos y vidriosos y le dice arrastrando la voz:

—Más...

Me senté a su lado y entablamos conversación. A todas mis preguntas responde con calma, no poniendo ningún interés en lo que dice. Mira con absoluta desconfianza, está sucio, demacrado y despidió un olor fuerte y desagradable que parte, sin duda de sus ropas impregnadas de grasa y aserrín.

Le he preguntado al gendarme:

—¿Qué tiene este hombre?

El me respondió:

—Está loco.

—¿Cómo sabe usted que está loco?

—Dicen así... El capitán del puesto me manda llevarlo pa San Fernando... Hay ocho días que no come ni güerme... Se ha querido cortar una pata...

En efecto, el loco presenta un machetazo en la pierna izquierda. La herida quizás sea muy profunda, porque a través de la venda sucia que la cubre cuela un hilo de sangre que se pierde entre la mugre de sus pies descalzos. Tiene la barba crecida y el cabello desordenado. Su aspecto, en líneas generales, es trágico, realmente trágico...

Hace un calor sofocante. El Chaná arrastra lentamente sus aguas tibias y barrosas. El barco se mueve con pesadez constreñido por el remolque de doce chatas cargadas de leña. De rato en rato, la quilla tropieza con algún tronco y el casco de la nave se estremece.

El río está en descenso, baja y baja. Acá el aire se palpa, mientras allá en la lejanía los campos arden...

Los mosquitos presas de una irritación genésica abandonan los charcos y lagunas que interceptan el camino y se precipitan como cuervos sobre la osamenta del barco que pasa. El loco, dentro de su prisión de lona gruesa se fatiga mucho... Los mosquitos se ensañan en su cuerpo torturado, indefenso; si nadie se los apartara le devorarían vivo. Uno de los más feroces se le detuvo en mi ausencia en el pabellón de la oreja y allí estuvo escarbando, escarbando. Cuando lo sorprendí el loco tenía

la oreja bañada en sangre.

Le pregunto si fuma y me contesta que "chica". Luego se encarga de contarme que chupa y chupa bastante. Estuvo de farra y se excedió; él mismo lo confiesa:

—Me emborraché siete días seguidos. Hice mal, me siento mal, muy mal...

La huelga está perdida... la perdimos... por eso...

En este momento empiezo a precisar algunos recuerdos. Sin duda, el loco se refiere a la huelga del aserradero, un movimiento subversivo que la gendarmería ahogó en sangre. Recuerdo que el mismo día que estalló la huelga, atravesó el Paraná Miní un lanchón repleto de obreros que agitaban banderas rojas y gritaban como demonios. Entre los más exaltados me parece haber visto al loco que aullaba de alegría.

Le hago una serie de preguntas al respecto, pero, el infeliz, mira al gendarme con recelo y guarda un silencio estúpido y cobarde.

Me pide invocando a Dios que le espante un mosquito que le está mortificando la pierna herida. Cada vez que solicita algo lo acompaña con un "por amor a Dios" o "todos somos hermanos". Además, pone simultáneamente una cara de sufrimiento, conmovedora.

El sol lo baña completamente y el pobre, suada y suada. El sudor se le desliza por el rostro a través de unas arrugas que parecen grietas. Chasquea su lengua reseca y dice con voz desfalleciente:

—Más...

La tierra, de calor se abrasa...

El gendarme le alcanza agua y permanece luego mudo y silencioso. Tiene una mano apoyada sobre la bayoneta y me mira de reojo. Le propuse desatar al loco, explicándole previamente que no ofrecía ningún peligro. El me dijo:

—Si se tira al agua, ¿usted se hace responsable?

Yo le contesté:

—Si el barco se va a pique y este hombre amarrado se ahoga, ¿de quién será la responsabilidad?

—El capitán me manda... Yo no sé nada...

—El capitán del puesto debía haberse cerciorado si este hombre está en realidad loco, mediante el médico de la zona. Pongamos por caso que no estuviese loco como aparenta, ¿sobre quién recaería la responsabilidad de llevarlo atado?

—El médico de la zona — advierte un escribano — también está loco. Hubo necesidad de meterlo preso por hacer propaganda de subversión entre los isleños.

—El capitán — insisto — ¿sabe distinguir un loco de un cuerdo?

Parte de la tripulación nos rodea, parte de los pasajeros hace otro tanto.

El gendarme responde como si fuese un deber impuesto por la disciplina:

—Sí...

—El capitán — dice un marinero — sabrá meter preso al médico, pero en cuestiones de medicina puedo asegurar que no sabe un pito.

Una mujer que tiene un hijo preso a raíz de la huelga, exclama:

—El capitán es un perro...

Se encara con el gendarme y le dice a quema ropa:

—Sí, es un perro, perro, perro...

—No, no — contesta éste, acorralado — el capitán sabe...

—El capitán sabe tocar la guitarra y disolver a sablazos las reuniones de los campesinos... ¡Eso es lo que sabe!

Entre tanto, el loco, el verdadero, el que tengo a mi lado, sigue mudo e impenetrable.

—Me querían matar — me dijo en secreto — soy huelguista, por eso... Hace tiempo que no como porque sentí decir que me querían dar veneno...

Tengo hambre...

El hachazo que presenta en la pierna izquierda sigue manando sangre.

Hay una muchacha que lo mira con ternura. Le digo:

—¿No le da lástima?

Un niño pregunta:

—¿Por qué llevan a ese hombre atado?

Yo, le digo al gendarme:

—¿No le da lástima a usted?

El gendarme baja los ojos y me dice:

—La responsabilidad, amigo...

Le acaricié la frente y el loco quedó tieso, se puso rígido. Tomé entre las mías una de sus manos callosas que sale fuera del chaleco de fuerza y en esta actitud permanecemos largo rato sin decirnos nada.

El loco sigue como una esfinge bañada de sudor y envuelta en una lona gruesa cruzada por una red de correas sólidas y amplias. He tenido ganas de pedirle perdón, pero sentí vergüenza de los que me rodean, del gendarme que lo conduce, del loco y de mí, mucha vergüenza...

Bajé aquí para no verlo. Ya le propuse diez veces al gendarme que lo suelte y diez veces me respondió la misma incongruencia:

—La responsabilidad, amigo...

Ahora subiré y le diré sencillamente:

—Póngame a mí el chaleco de fuerza que yo soy más loco que él y más malo y más peligroso, pero en nombre de Cristo, suelte a ese hombre, suéltelo que no lo puedo ver así...

En verdad oigo digo: no lo puedo ver así... no... no...

Hemos llegado al canal de San Fernando. Los pasajeros descienden en tropel. Hay grupos de obreros aquí y allí, grasientos y sudorosos. Por el camino que bordea al canal, se levantan nubes de polvo envolviendo a una multitud compacta de trabajadores que se acerca como una majada triste y taciturna.

Parace que hay huelga en los diques. Soldados armados a máuser envían los astilleros.

calor contribuye a exacerbar los ánimos y se oye un sordo rumor de protesta que pasa bajo el puente.

El loco baja penosamente y se resiste a seguir marchando. Tiene miedo, tal vez, porque tirona y pregunta como un niño:

—¿Adónde se me lleva, adónde, adónde?...

El gendarme perdió la paciencia y lo empuja hasta que cae en tierra, donde rueda como una barrica abandonada a los declives del camino. Los grupos de obreros quedan consternados. El conductor de la diligencia, asoma la cabeza por el pescante y pregunta pálido de espanto:

—¿Qué es eso?...

Yo me aproximo y le digo:

—Es un huelguista que traen preso de las islas.

Todos los rostros se contraen asombrados. El sol sigue caldeando la tierra con el fuego de sus rayos plutonianos. Las aguas de los diques hacen burbujas de vapor contra el casco embreado de las barcas.

Por el camino seco y polvoriento el loco avanza y retrocede, dando saltos y tumbos, mientras el gendarme lo empuja y lo levanta.

La multitud compacta que venía ha llegado frente al embarcadero. Estamos todos juntos y mezclados. Uno que otro obrero, grita, débilmente:

—¡Viva la huelga!...

Yo empiezo a abrirme paso sin saber por qué y sin saber por qué, comienzo a gritar como ninguno:

—¡Que viva la huelga!... Sí, sí... ¡Que viva la huelga!...

El esclavo pierde la mitad de su alma desde el día que cae en la servidumbre.

Homero.

* *

Yo he conocido cantores que era un gusto escuchar; más no quieren opinar y se divierten cantando; pero yo canto opinando que es mi modo de cantar.

Hernández.

* *

La vida de un hombre oscila como un péndulo entre el dolor y el hastío. Y después de haber hecho del infierno la morada de todos los tormentos, ¿qué ha quedado para el cielo? El aburrimiento precisamente.

Schopenhauer.

* *

De todas nuestras virtudes se puede decir lo que un poeta italiano ha dicho de la honradez de las mujeres, la cual no es frecuentemente más que el arte de parecer honradas.

La Rochefoucauld.

* *

La instrucción primaria obligatoria es el derecho del niño.

Hugo.

* *

Para inspirar confianza a la mujer es preciso, ante todo, tener confianza en sí mismo.

Malditos

Por Elías Castelnuovo

El hecho de que este segundo libro de Castelnuovo haya sido editado por nuestra casa, no nos exime de juzgarlo.

Parecería redundancia escribir unas líneas acerca de la personalidad literaria de Castelnuovo, después de todas las cosas que la prensa ha dicho. Pero no es así porque, salvados algunos justos comentarios a su obra, lo demás, si bien sinceramente inspirado, no es muy exacto que digamos.

Por ejemplo: dicen de él que es "el Gorky americano" y a renglón seguido afirman que su literatura es nueva. Surge de esto una flagrante contradicción: ¿es "el Gorky americano" o es un escritor sin orígenes literarios? Esto último es lo que creemos. Castelnuovo es un escritor sin preceptores, un escritor de instinto. Su prosa es sobria y espesa. De ese fondo salvaje vemos surgir, andar, vivir en suma, a una pobre gente desgraciada y maltrecha. Y a medida que leemos vemos realizarse el milagro de que los personajes, en cuanto trabamos relación con ellos, ya son como antiguos conocidos nuestros, que nos siguen gritándonos sus dolores sin remedio. Y odiamos a los malos y a los desgraciados quisiéramos haberlos conocido en vida para atenuarles sus hondos dolores.

Sí; abrimos este libro y avanzamos en la lectura con la curiosidad de los que descubren una faz del mundo, desconocida.

Y esta faz es la más oscura y tétrica que el mundo tiene.

Toda esa gente miserable que desfila por los libros de Castelnuovo estaba allí, a dos pasos de las avenidas, a dos pasos de los palacios, y nadie lo sabía. Creíamos todos que se trataba de una pobre gente sin historia, una gente de ojos torvos, de manos huesudas como garras y he aquí que aparece este escritor y toda esa cacería de harapientos se levanta entre la mugre y se empieza a conocer la historia de este que es ciego, de aquel que es loco, de aquel otro que escribe a la abuela antes de morir...

Los escritores elegantes han dicho que Castelnuovo crea personajes de mala salud, que cultiva un pesimismo afligente. Algunos se quejan de que en este libro no haya mujeres exquisitas y de que los personajes no se traten de tu. Esto es todo. Paparruchas y paparruchas. Aquí, lo que hay es que Elías Castelnuovo es un escritor del pueblo con un corazón grande como una casa, con una pupila fresca, húmeda, tímida, quemada, al fin, por la visión horrenda de los grandes e irreparables dolores humanos. Castelnuovo siente estos dolores más que los cuidados que desfilan por las henchidas páginas de su prosa.

Es un pintor maravilloso; siente, comprende, ama y concierta el hombre y la naturaleza. Una ternura sólo comparable a la ternura maternal,

que es siempre para el hijo más feo, para el más malo, le hace hurgar en las vidas opacas de los arrastrados, de los que sólo aguardan la absolución divina por el criminal pecado de haber nacido.

Todos sus cuentos son comentarios cálidos, vehementes, apasionados de esas vidas, y detrás de sus punzantes palabras se advierte una enorme piedad. Una piedad que debe haber anudado su garganta en noches de soledad como él sólo conoció, una piedad que debe haber inundado su corazón de hombre permanentemente angustiado por la vida de los otros.

Esto creemos de Castelnuovo y nuestra amistad con él no nos hubiera impedido, pensar de otra manera, porque somos de aquellos que sostenemos que en la vida literaria hay que sacrificar los afectos personales en provecho de la verdad.

A propósito de las agua-fuertes de Guillermo Facio Hebequer.—

Mi querido amigo: Yo le pedí un libro que me hiciera sufrir y usted me envió un libro que me atormentó.

Usted me previno al enviármelo, que no era un libro para mujer. Y está usted muy equivocado. Con esa visión tan clara, tan brutal de las cosas del mundo, nosotros saldríamos ganando en bondad.

¡No sabe usted lo que he llorado por esas mujeres del libro de Castelnuovo! ¡Ah! Yo hubiera querido regenerarlas, remediar en la medida de lo posible sus dolores, mejorarlos moralmente para que el solo espectáculo de sus vidas trágicas, no empañaran la belleza natural del mundo.

Ya se que usted me va a llamar egoísta; pero la verdad es esa. Queremos el bien de todos para mejor gozar nosotros, sin remordimientos ni escrúpulos.

Ahora que he escrito esto me parece que me he medido en una hondonada de la que no sabré salir. Pero, adelante...

Después que terminé de leer "Malditos" perdí la voluntad de comer, de dormir. Se lo confieso... todo me daba vergüenza. Mi comida limpia, mis limpios vestidos, mi casa...

Lloré y lloré por ese pobre muchacho tuberculoso que quiere legarle a la abuela las memorias de sus últimos días de vida... ¡Pobre!

Después que leía un cuento, miraba las figuras largo rato. Usted medijo que conocía al pintor que ilustró esos cuentos. Yo pienso que ha de ser un hombre reconcentrado en sí mismo, triste y piadoso. Debe tener algo de misántropo y ama seguramente la soledad. Si yo le tuviera en este momento al lado mío no sabría qué decirle. Creo que le estrecharía la mano y nada más. Pero él comprendería. Porque su obra no es de las que absorben el elogio. Está muy por encima del elogio corriente. Hay que mirar y callar. Ahora que, si miramos mucho, se nos van a saltar las lágrimas sin remedio.

Yo me he pasado una noche entera mirando la lámina titulada Malditos. Mis ojos, como una carnicía, han recorrido mil veces el rostro innoble del hombre, los cuencos negros de sus ojos, su pelo hirsuto. Y ella — ¡pobrecita! — arrebuñada en sus harapos y caída y resignada, mientras que el hombre es una imprección.

Y Paulín, el monstruo. ¡Con qué espanto le miré en los ojos! Y Carola, — ¡pobre, pobre también ella! — que es como la desdicha misma. Yo miraba esta cara puesta de perfil y me parecía que la pobre vieja hablaba, monótonamente, mirando al suelo, avergonzada y contrita ella misma del destino que le cupo sin culpa.

Si, mi querido amigo, estas figuras del pintor Facio Hebequer me han conmovido. Hasta el momento de conocer este trabajo yo creía que la ilustración de un libro era algo meramente decorativo. Ahora veo claro que el pintor puede entrar en el alma del escritor y completar y aún engrandecer la obra literaria.

¿Quiere que le confiese una cosa? Cuando terminé el libro y vi la última lámina, me eché al suelo copiando la postura del dibujo. Así estuve llorando largo rato. ¿Por qué hice esto? No lo sé.

Mi buen amigo: cuántas cosas podría decirle todavía acerca del libro y de los dibujos; pero estoy segura de que si usted me pusiera frente al escritor y al dibujante yo no sabría más que estrecharles la mano.

No hable de esto con sus amigos.

Su amiga que le quiere. — Olga.

Inmoralidades actuales

por Enzo Aloisi.

Estamos en presencia de un escritor que aborda por primera vez el cuento, género literario el más difícil, al decir de los avisados en estas ramas del arte.

El cuento ha de ser antes que nada, entretenido. Enzo Aloisi es un escritor que sabe escoger el material literario que emplea, que lleva las situaciones ya dramáticas, ya grotescas, de sus personajes de muy desenvuelta manera; pero todas sus buenas cualidades de narrador se estrellan contra una prosa sonora, retumbante, que malogra sus historias en la simplicidad de fondo que ellas tienen.

Nosotros no somos críticos de oficio. Tal vez por esto nuestra opinión pese, sin agravio a pesar de lo adversa, como la advertencia amable de un amigo.

No sabe Enzo Aloisi lo que perjudica a sus cuentos un lenguaje brillante como el que emplea. Pudiera él decirnos sus historias en lengua corriente, llana, menos pomposa, más elegante y sobria, y entonces el relato con ser más íntimo sería más emocionante, la tragedia de las vidas que nos presenta en desgracia, más intensa; la ridiculez de sus personajes grotescos más acentuada y el libro todo más del lector.

Además debiera despojarse de cierto localismo que encierra en estrecho marco sus inteligentes opiniones. En el segundo cuento presenta

un anarquista y le llama Kiejow, nacido "en el corazón de la Rusia grande". Hay en esto un excedente de ingenuidad. Lo mismo ocurre con el último cuento del libro y con "Los aciertos de un ministro", que es un cuento demasiado largo. La extensión le quita la eficacia de la sátira sintética.

Hemos apuntado así, a la carrera, los defectos de conformación que encontramos en el libro; ahora hemos de referirnos a sus cualidades.

Hay en Enzo Aloisi un propósito. Todos sus cuentos revelan una intención moral muy plausible. El título mismo que ha dado al conjunto, aunque no muy acertado para una obra de imaginación, es, sin embargo, muy sugestivo.

Miseria es un hermoso cuento, de honda raíz emotiva. ¡Cuánta tragedia en esa pobre mujer campesina a quien la adversidad doblega.

La historia es cruda y desgarradora en su simplicidad.

En los cuentos finales campea una eguda ironía.

El conjunto es discreto y permite señalar la obra futura de este escritor.

Las ilustraciones de Juan Hoffmam en nada benefician al libro.

"Verdad"

órgano de "pueblo y escuela".

Los maestros y el pueblo en general, pocas veces tienen ocasión de sostener un periódico como el que terminamos de leer. Se nota aquí el puño firme y el gesto decidido de hombres empeñados en un nobilísimo ideal: el de la instrucción pública.

Y, entiéndase bien; no la educación que la sociedad actual exalta, que es un curso preparatorio de la esclavitud en que va a someter el estado al futuro ciudadano, sino la "educación integral del pueblo"... "que fermentará en nobles entusiasmos y en generosas rebeldías".

Algunas cosas que desentonan se han deslizado en este primer número; pero, en cambio, las restantes, compensan el error.

Un comentario aparte merece la primera conferencia radiotelefónica de la Asociación Pueblo y Escuela, dictada por Julio R. Barcos, justamente, querido y recordado en nuestro ambiente intelectual.

La conferencia de Barcos "La gallina de los huevos de oro", es una pieza de fondo poco común. La exposición es tan clara, tan sencilla y terminante, que ratifica positivamente la manifestación del conferencista de instruir al pueblo.

EL PROXIMO NUMERO DE "LOS PENSADORES" APARECERA EL MARTES

10 DE FEBRERO

TRES SONETOS CRIOLLOS

A M O R O S A

Evocando los encantos de una tibia primavera
en que un mozo se adueñara de su ingenuo corazón,
se apoyó sobre el añoño ñandubay de la tranquera
donde más de una calandria modulara su canción.
Y alisando las arrugas del percal de su pollera
enclavó sus ojos negros, con porfiada obstinación,
en la quinta de naranjos, donde oyó por vez primera,
entre el vago son de un triste, frases llenas de pasión.
Grandes nubes, como naves con las velas desplegadas,
por el viento de las Pampas suavemente acariciadas,
resbalaban silenciosas por el vasto cielo gris.
Mientras que, como una prenda de cariño hacia el ausente,
los dos labios de la criolla se apretaban locamente
sobre un ramo fragancioso de jazmines del país.

E L T A N G O

El silencio del suburbio se interrumpe de repente
por la voz de un organillo que inicia un tango sensual,
y el compadrito que pasa con el chambergo en la frente
hace ondular las caderas en un corte magistral.
Y de pronto ve a la "mina;" la llama amorosamente
y ésta responde al reclamo con un gesto sin igual,
en tanto que los curiosos forman rueda velozmente
deshojando mil cumplidos en su jerga de arrabal.
Y entre guarangos decires que pican como alfileres
se ponen como amapolas las caras de las mujeres
y un cosquilloso hormigueo sienten bajo de la piel.
Mientras la esbelta muchacha, en voluptuosas quebradas,
va barriendo con el ruedo de sus polleras planchadas
el polvo fino asentado en medio del redondel.

E L G A T O

Dos velas de sebo, puestas sobre una mesa de pino
alumbran el pobre rancho con un tenue resplandor,
y del brazo de un paisano de chiripá de merino
ya una moza con pollera de zaraza de color.
Y el mentado guitarrero, toca un gato correntino
que los criollos de otro tiempo cepillaban con amor
bajo la ardiente caricia de nuestro sol argentino
y entre el capitoso aroma de los naranjos en flor.
Y mientras se oye un desgrane de frases halagadoras
que acompañan la armonía de las cuerdas vibradoras
e incita a los que recuerdan nuestro baile nacional,
ondea la negra mata de las sedosas melenas
y abren surcos las rodajas de las férreas nazarenas
que domaron altiveces en la lucha colonial.

Anibal Marc. Giménez.

DESAGÜE...

Israel Z Ciudad — Agradecidos por los conceptos elogiosos de su carta y por su ofrecimiento. Pero antes de aceptar su colaboración es preciso que Vd. nos dé cuenta de la autenticidad de sus traducciones y que nos pruebe la existencia de esos poetas rusos "absolutamente desconocidos para el público lector". Somos un tantico desconfiados, señor Israel. Se trata de desconocidos que Vd. tiene la suerte de tratar mediante los "libros y revistas nuevas de Europa, donde tiene varios amigos". Nuestros amigos no viven tan lejos, señor Israel; y apenas si nos dan a conocer a sus compañeros de oficina que, generalmente, son menos poetas que el de "Las trompas de Falopio...". Aclárenos Vd. la existencia de esos desconocidos y disponga de nuestras páginas.

Manuel Martín F. Santiago del Estero—Agradecemos los conceptos de su carta. Su "historia" no puede ir. Cuando la producción inédita no está a la altura del material transcripto, preferimos la reproducción de páginas de buenos autores. Haga otro ensayo.

Orfeo J. Chascomús—

"¡Ay, el pajarillo
de la Primavera!
Pobre, Pobrecillo
el animalillo
que canta a mi vera."
Pobre, pobrecillo
yo, que me leñera
todo su versillo...

Juanita P. Catriló — Ay, señorita Juanita P., ¡sí Vd. supiera lo que le han hecho! Figúrese que le han plagiado íntegramente sus interesantísimas páginas. ¡Es una verdadera calamidad! Y el autor de tamaño robo es una mujer llamada Herminia C. Bramana, y el cuerpo del delito se encuentra en un libro publicado por ella hace más o menos un año, que se titula: "Cabezas de mujeres". ¡Procésela Vd. por robo!

A. J. S. Ciudad — Aceptamos la colaboración espontánea. Pero como que en nuestra revista los colaboradores "espontáneos" no son amononados en una sección especial que ninguno lee, se requiere que esa colaboración sea de calidad. No olvidar que la nuestra es una revista de selección artística y literaria.

M. Llinar V. Ciudad —

"El bruto ha pasado indiferente
y al pasar a pisado la rosa.
Pero el bruto es inocente,
ni la ha visto el bruto a la rosa
¡Sabía el bruto el mal que hacía
pisando la rosa?
¿Qué vale para un bruto
una rosa hermosa?"
¡Qué bruto, Dios mío, qué bruto!

David M. Ciudad — "¡Venid!" no puede ser publicado.

Francisco R. Martínez F. C. C. A.— "El do-

lor de ser madre" adolece de dos defectos que lo hacen impublicable: es muy extenso y bastante prosaico. Para decir las cosas que Vd. piensa no se debe emplear el verso, sino la prosa. Vd., piensa en prosa y escribe en verso. Y hace Vd. muy mal.

Rafael R. C. — Sus tres composiciones son de escaso valor por culpa de la forma que les ha impuesto: el soneto. Incurre Vd. en el error de la mayoría que cree más fácil de realizar un soneto, cuyo número de versos es limitado, que otra composición de forma menos tiránica. De los tres el mejor es "Idisinerasia" porque el concepto es claro y tiene menos ripios que los otros. Pero no lo podemos publicar. Y verá Vd. las razones. Primero la realización: "que me hablaban del Arte y de la Ciencia" es un endecasílabo perfecto y de ningún modo puede admitirse en una composición formada por dodecasílabos de 7 y 5.

En los tercetos Vd. dice:

Conciencia de lo bello del panorama,
de la carne morena, luciente y santa

formando una inadmisibile asonancia entre estos dos versos, pertenecientes a una composición de rima consonante.

Luego, Vd. abusa de la diéresis, licencia extrema que sólo debe usarse en el último caso:

enarbolo este...
mè aísló...

y abusa mal. El último verso:

y me aísló en mi vasto reino interior...

es dodecasílabo, porque "me aísló" forma dip-tongo. Y al romperlo Vd. con la diéresis lo hace de 13 sílabas.

Segunda razón:

La adjetivación es arbitraria, Vd. habla de las portentosas colinas de la vida y del sagrado perfume que da la flor, todo lo cual es mala literatura. Trate de bajar la voz y de adquirir el sentido de la realidad, porque dentro de Vd. hay un poeta. No podrá Vd. quejarse de nosotros, suponemos...

Isaac K. Ciudad — Es preciso que Vd. aprenda a versificar. En poesía hay leyes de ritmo que son inviolables como la ley de gravedad, por ejemplo. No se ponga contra la ley, que es peligroso...

José Juan C. Buenos Aires — Gracias por su carta. A través de ella, y también al trasluz de sus versos se ve que es Ud. una persona inteligente. Dice tener sólo 15 años, lo cual nos hace esperar mucho. Y hace Vd. versos. ¿Buenos o malos? Mal hechos, en una palabra. Se ve que carece Vd. de conocimientos técnicos, que son imprescindibles para la poesía. Apréndalos y escribirá bien, ya que ideas no le faltar.

Renato T. L. Est. Las Heras F. C. S.— Agradecemos por su alentadora carta. Su soneto no puede ir. Trate de hacer cosas más modestas, esto es: menos trascendentales...

Domingo F. T. Capital. — Su carta se la agradecemos. Pero su "soneto" no puede ir, a pesar de nuestra buena voluntad, porque su realización es defectuosa.





A Vd. LE CONVIENE

conocer las condiciones liberales que ofrecemos a todos los hombres de trabajo para otorgarles un

CREDITOS EN 10 MESES

Pida informes y en pocas horas podrá efectuar sus compras en la acreditada casa Muro y Cía.

Nuestra numerosa clientela obrera es una garantía de seriedad y corrección en nuestro sistema de ventas.

MURO y CIA
BME. MITRE - ESQ. MAIPU